GLENDALE COMMUNITY COLLEGE LIBRARY, CA
3 2324 0053001 N

DISCARD

88
V

TEATRO COMPLETO

TOMO XI

676

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ALVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEATRO COMPLETO

TOMO XI

COMEDIAS Y DRAMAS

LA ESCONDIDA SENDA.—EL ÚLTIMO CAPÍTULO.
LAS DE CAÍN.—SIN PALABRAS

GLENDALE JUNIOR COLLEGE LIBRARY
GLENDALE JUNIOR COLLEGE LIBRARY

MADRID
1925

862.62
A473t
v.11

Es propiedad de los autores
Copyright, 1925, by S. y F. Álvarez Quintero

MADRID.-IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

LA ESCONDIDA SENDA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro de Lara el 24 de marzo de 1908.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA LUZ	Nieves Suárez.
DOÑA ANICETA	Balbina Valverde.
JULIANA	Leocadia Alba.
OLIMPIA	Mercedes Pardo.
VICENTA	Rosario Toscano.
ROSITA	Mercedes Latorre.
EMILIO	Ricardo Puga.
DON LAUREANO	José Rubio.
DON MANUEL	Ricardo Simó Raso.
RICARDO	Ramiro de la Mata.
ACUÑA	Salvador Mora.
BENJAMÍN	Alberto Romea.
EL CARTERO	Antonio Suárez.

LA ESCONDIDA SENDA

ACTO PRIMERO

Salita de entrada en la casita de campo de don Laureano Peñaflor, situada en Valle Sereno, al Norte de España. Tres puertas de diferentes proporciones: una a cada lado y otra a la derecha del foro. Junto a ésta, y ocupando casi por entero la pared, un gran mirador de cristales. A través de ellos se descubre en parte el jardín de la casita, y a lo lejos se ven las montañas cubiertas de verdura. Pocos muebles, de caña y de mimbre todos ellos. Un perchero. En el mirador, persianas verdes, recogidas. En las paredes, pintadas de un solo color, de tono suave, algunos cuadros de escenas campestres. Es al mediodía.

Doña Aniceta y Juliana colocan sobre una mesita un servicio de café para dos personas.

Doña Aniceta es la suegra del dueño de la casa. Lleva el manejo de ella, en su opinión, de un modo irreprochable. Juliana es la criada de confianza. Se va a casar muy pronto, cosa que no esperaba nunca, y tiene ciertas pretensiones.

DOÑA ANICETA. Ayer, agua de castañas, y hoy, tinto chino. ¡Cuándo te quedarás en el justo medio!

JULIANA. Cuando usted me enseñe a hacer café. ¿No ve usted que no lo he hecho nunca?

DOÑA ANICETA. Mal se conoce, si lo has hecho. Avisa a don Manuel y al señor.

JULIANA. ¿En dónde están?

DOÑA ANICETA. En el jardín. ¿O es que quieres que yo les avise? No puedo con las rendolonas. ¡Ay! ¡Había que verme a mí a tu edad!

JULIANA. Pues si yo llego a la de usted, puede ser que no gruña tanto.

DOÑA ANICETA. ¿Cómo se entiende?

JULIANA. *Asomándose al jardín por la puerta del foro, y llamando.* ¡Señor! Ya está el café servido. *Espera a que lleguen y pasen don Laureano y don Manuel.*

DOÑA ANICETA. Vamos a zurcir medias y calcetines. Estos nietos míos tienen un pincho en cada pie. *Se sienta junto al mirador a hacerlo. Coge un calcetín y asoma un dedo por la punta.* ¿Eh, qué tal? ¡Eche usted tarea! Consecuencias del andar por el campo y de las alpargatas.

Salen por la puerta del foro don Laureano y don Manuel.

DON LAUREANO. Pasa, hombre, pasa; déjate de cumplidos.

DON MANUEL. Chico, la costumbre. Dispensa.

JULIANA. Aquí está el servicio completo. *A don Manuel, con mucho agrado.* No le he puesto a usted el azúcar, porque ayer no vi si lo toma dulce o amargo. Lo que sí he procurado es que

esté cargadito; como le oí decir que le gusta.

DON MANUEL. Muchas gracias, mujer.

DOÑA ANICETA. Anda, anda a tu obligación y no charles tanto.

JULIANA. ¡Jesús! Hasta luego. *Le hace un mohín a la vieja y un gesto de afabilidad a don Manuel, y se va por la puerta de la derecha.*

DOÑA ANICETA. Si el hablar fuera pecado, al infierno iba ésa.

DON LAUREANO. ¡Je!

Don Manuel y don Laureano se han sentado a tomar su café. Ambos camaradas pasan ya de los cincuenta años. Don Laureano es un hombre bonachón, calmoso; de aspecto saludable. Don Manuel es un infeliz, nerviosillo e inquieto. El uno viene de camisa floja, sombrero de campo y alpargatus; el otro viste con traje corriente de americana y gorra.

DON MANUEL. ¡Ay, doña Aniceta! ¡Qué bien viven ustedes! ¡Qué bien se está aquí! ¡Qué hermoso es esto!

DON LAUREANO. Ya, ya te irás enterando. Aún no has empezado a tomarle el gusto. Si llegaste ayer por la mañana, ¿qué sabes tú dónde has caído? Ya verás, ya verás. Manuel, esto es la gloria.

DON MANUEL.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido...!

DON LAUREANO.

¡Y sigue la escondida
senda por donde han ido...!

DON MANUEL.

¡Los «muchos» sabios...!

DON LAUREANO. Los pocos sabios, hombre.

DON MANUEL. ¿Son muchos o pocos?

DON LAUREANO. Pocos, pocos. Los sabios son pocos.

DOÑA ANICETA. Y los tontos, muchos.

DON MANUEL.

¡Los pocos sabios que en el mundo han sido!

DON LAUREANO. ¡Qué contento estoy! Me has dado con venir el alegrón más grande de mi vida.

DOÑA ANICETA. Sí es verdad: puede usted creerlo. Soñaba este hombre con tenerlo a usted aquí siquiera quince días.

DON LAUREANO. Como que no es pasión de propietario, Manuel: pero te aseguro que no hay en todo el Norte de España, ni lugar como este de Valle Sereno, ni casita como mi casita, con ser tan modesta.

DON MANUEL. A decir verdad, de todo cuanto yo conozco, y he viajado mucho por estas provincias, nada he visto más pintoresco.

DOÑA ANICETA. Es una bendición de Dios.

DON MANUEL. ¡Dice usted que soñaba su yer-

no con que yo viniera!... Yo sí que soñaba con este par de meses aquí, en medio del campo; junto a un amigo de toda la vida, probado mil veces, hasta pidiéndole dinero, que es la piedra de toque; lejos de Madrid, aquella Babel, aquella gran charca, capaz de envenenar con su aliento a los hombres más puros.

DON LAUREANO. Mucha, mucha verdad.

DOÑA ANICETA. Cuéntemelo usted a mí: allí se me enredó mi marido—Dios lo tenga en su gloria—con una... con una... a quien Dios no tenga en su gloria. Y no por rencor, ¿eh? sino porque sé que en seguida vuelve a buscar a mi marido.

DON LAUREANO. Mamá suegra, por Dios, ¿celos de ultratumba? Yo no he visto nada más gracioso. Y a ti ¿qué te pasa, que te has quedado de pronto serio como un poste?

DON MANUEL. *Mirando alternativamente al yerno y a la suegra.* ¡Ay! Voy a abrirles a ustedes mi pecho.

DON LAUREANO. Me alarmas, tú. ¿Es que tienes algún pesar?

DON MANUEL. Uno, que me llega muy hondo.

DON LAUREANO. ¿Hola? *Bajo, aparte.* ¿Te la ha pegado la Remedios?

DON MANUEL. *Lo mismo.* ¡No, hombre! ¿Ni cómo iba yo a contar delante de tu suegra...?

DOÑA ANICETA. Le advierto a usted que yo no me asusto de nada.

DON MANUEL. ¿Se ha enterado usted?

DOÑA ANICETA. Sí, señor: tengo un oído muy fino.

DON LAUREANO. Sigue, sigue tú.

DON MANUEL. Laureano: señora: lo que tanto me preocupa es muy serio. Ustedes conocieron ayer a mi sobrino Emilio.

DOÑA ANICETA. Tuvimos ese gusto.

DON MANUEL. Si yo me hubiera casado alguna vez, y hubiera tenido un hijo varón, no lo querría tanto como a él lo quiero. Es hijo de una hermana mía muy desgraciada: vive conmigo desde que era así; yo lo he criado; yo le he dado carrera; yo lo he enseñado a trabajar; yo lo he hecho hombre... Mi bufete será para él cuando yo me canse... Es mi debilidad, mi único cariño, en una palabra.

DON LAUREANO Y él adora en ti; ya lo he podido ver.

DON MANUEL. Ciertamente: me quiere y me respeta mucho. Pues bien: este muchacho, listo, guapo, de excelentes condiciones morales, con un gran porvenir en la vida, adolece de un defecto gravísimo: el de poner su corazón, que es de lo más sensible que he visto nunca, al alcance de cualquier mujer que lo mire dos veces con los ojos tiernos. Hasta ahora, mal que bien, había escapado con fortuna de las muchas aventuras galantes en que se ha metido; pero ¡ay! al fin y al postre, como les ocurre a todos estos maripo-

sones volanderos, le han echado la zancadilla, y ha venido a caer en lo más malo: en mitad del barro de la calle.

DON LAUREANO. ¿Pues?

DON MANUEL. ¡Se me ha enamorado neciamente de una mujerzuela!

DON LAUREANO. *Bajo, como antes.* ¿De tu amiga?

DON MANUEL. *Lo mismo.* ¡No seas majadero!

DOÑA ANICETA. ¡Qué cosas preguntas, Laureano!

DON MANUEL. ¿También ha oído usted eso, señora?

DOÑA ANICETA. Yo lo oigo todo: tengo esa desgracia.

DON LAUREANO. Sigue.

DON MANUEL. Esa mujerzuela juega con él: con su corazón y con su bolsillo. Y lo que es más grave todavía: con su dignidad. Le saca cuanto dinero quiere, lo trastorna, no lo deja vivir... ¡y lo engaña! Me consta que lo engaña.

DON LAUREANO. ¡Ave María Purísima!

DOÑA ANICETA. ¡Las hay... las hay!... Yo no sé en qué piensa el gobierno.

DON MANUEL. Lo peor de todo es que él lo sabe, y le falta voluntad para romper con ella. Horrible, horrible. Yo he visto a mi sobrino llorar y decirme que no puede olvidarla. Un espanto. Por eso, querido Laureano, cuando una vez más me ofreciste ahora tu casita del Valle para

pasar en ella unos días, con la autoridad que indudablemente ejerzo sobre él, le dije: «Prepara tus cosas, que nos vamos al campo.» «¿Al campo? ¿Mucho tiempo?» «¡El que a mí se me antoje!» Y obedeció como un doctrino. ¡Quiera Dios que esta vida tranquila, esta paz bienhechora, estos aires puros, lo alivien, lo curen, y me lo devuelvan tal cual era!

Don Laureano. ¡Oh! Ten la seguridad absoluta. No hay medicina como la naturaleza para todos los males. Ella cura el cuerpo... y el alma. Mira: cuando se murió mi mujer—es otra cosa, vamos; pero al fin de un dolor se trata—, yo no hallé consuelo ni reposo más que aquí. Mi pedacito de jardín, mi trozo de huerta, estos aires, estos panoramas... Nada, chico: aquí sólo me sentía bien.

Doña Aniceta. Verdaderamente.

Don Laureano. Tú lo has de ver: Emilio será otro hombre dentro de ocho días.

Don Manuel. ¡Ay, Laureano! ¡Dios te oiga! Me anima la esperanza, ¿sabes? porque si hay algún enamorado del campo, ése soy yo. Ni a ti te cedo el primer puesto.

Don Laureano. ¡Je!

Don Manuel. Y eso que tú bien predicas con el ejemplo el culto que le tienes. ¡Lo menos pasas aquí la mitad del año!

Don Laureano. En invierno, voy y vengo a Madrid; pero desde mayo hasta octubre, aquí

vivo. Mis hijos, Olimpia y Ricardo, se desesperan. Por eso, así que entra más el verano, los mando a San Sebastián con su tío Gregorio, para que allí se bañen a la moda y se distraigan.

DOÑA ANICETA. Es natural: son jóvenes; les gusta llevar otra vida... Pongámonos en su pellejo.

En la puerta del foro aparece la gentil figura de Vicenta, linda vendedora de pescado. Trae una banasta a la cabeza, y viste pobremente. La falda le llega al tobillo, y usa media negra y alpargata blanca. Habla el castellano con graciosa dificultad. Las eses en su boca cortan como navajas barberas.

VICENTA. ¿Hay permiso?

DOÑA ANICETA. ¿Quién? ¡Ah! Vicenta. Pasa.

VICENTA. Buenas tardes.

DON LAUREANO. Buenas tardes.

DON MANUEL. *Principiando a ver los encantos de Valle Sereno.* Buenas tardes.

VICENTA. Llamé por la cosina: no respondieron. Dispensen.

DOÑA ANICETA. Siempre estará aquella marmota escribiéndole al novio. *Se levanta.* Ven por aquí.

VICENTA. Con permiso.

DOÑA ANICETA. ¿Qué pescado traes a estas horas?

VICENTA. Corrocones traigo, señorita. Y agujas también traigo.

DOÑA ANICETA. ¿Y sardinas, no?

VICENTA. Sardinas no pescaron, señorita. Mañana pescarán.

DOÑA ANICETA. *A don Manuel.* ¿Le gustan a usted los corrocones?

DON MANUEL. *Atribuyéndole a los corrocones el mismo sabor que a la pescadora.* No sé lo que son corrocones; pero apuesto cualquier cosa a que me van a gustar... los corrocones.

DOÑA ANICETA. Es pescado bastante sabroso.

DON MANUEL. ¡Cuando le digo a usted!...

DOÑA ANICETA. Ven conmigo, Vicenta.

VICENTA. Sí, señorita. Con permiso.

Doña Aniceta se va por la puerta de la derecha y Vicenta la sigue, contoneándose.

DON MANUEL. *Cogiéndose el labio inferior.* ¿De manera que tú te pasas aquí seis meses del año?

DON LAUREANO. ¿Lo dices por la pescadorcita, eh? ¡Tunante!

Por la puerta de la izquierda sale Ricardo del interior, como disparado.

DON MANUEL. ¡Hola, pollo!

RICARDO. ¿No estaba aquí Vicenta?

DON LAUREANO. ¿Qué te parece?

DON MANUEL. Estaba, estaba; pero ya voló a la cocina, señor don Ricardito.

DON LAUREANO. Como que éste no sale de su cuarto en todo el día, leyendo versos y novelas; pero apenas oye una voz de mujer, ya lo tienes aquí.

DON MANUEL. Hombre, eso no debes censurárselo.

RICARDO. Don Manuel, hágase usted cargo de las cosas. Hace ya un mes que estamos en Valle Sereno; y el campo es muy hermoso... ¡muy hermoso!... todo lo que quiera papá, pero se aburre uno como una almeja en estas soledades. ¿Usted cree que es posible vivir sin hablar con una muchacha en tres y cuatro días?

DON MANUEL. Es bastante desagradable, por lo menos.

RICARDO. ¡Para mí es la muerte! Mire usted: yo, en Madrid, compro los pitillos en un estanco donde hay una estanquera muy guapa —ya metidita en carnes, pero muy guapa—; la cerveza, la copa de coñac, el café, todo eso lo tomo en una cervecería servida por camareras, y, naturalmente, me siento en el rincón de la más bonita; me viste un sastre que prueba la ropa junto al taller donde están las oficialas —¡ay, qué oficialas tiene!—; me calza un zapatero, con una hija... —¡ay, qué hija tiene mi zapatero!—; voy al teatro a ver las caras bonitas del escenario y de la sala... En fin, don Manuel, estoy perdido entre hombres solos. ¿Le sorprende a usted ahora que cuando sienta aquí una voz femenina salga de mi cuarto como una flecha?

DON MANUEL. No, señor, no; y hace usted al pelo... Y haces al pelo. —Yo voy a hablarle a éste de tú.

DON LAUREANO. ¡Claro, hombre!

RICARDO. ¡Pues no faltaba más!

DON LAUREANO. Cualquiera que lo oiga, pensará que estamos en un desierto. Se queja de vicio. En la casita de las malvalocas, que tanto te ha gustado, vive una muchacha como unas perlas.

RICARDO. ¡Ah! sí: María Luz Sevilla. Pero no hay manera de hallarla nunca a tiro. Anda siempre del valle al monte; del monte al llano... No se cansa de andar; se mete por los atajos más peligrosos; trepa por las pendientes más difíciles; salta arroyos cubiertos por la maleza .. ¡qué sé yo! Imposible seguirla, don Manuel. Además, ¿para qué seguirla? En Madrid tiene un novio con las barbas hasta la cintura.

DON MANUEL. ¡Ja, ja, ja! Ya pareció el defecto grande.

RICARDO. Y descartada ésa, pare usted de contar. Aquí no viene alma viviente lo menos hasta entrado julio...

DON MANUEL. Pues ya poco te queda, hombre. Total, un mes escaso. Ten calma. Estás en el mejor terreno. Mientras te gusten las mujeres así por docenas, en la gloria. El día que te guste una sola, agárrate.

RICARDO. ¿Cómo que me agarre? ¿Adónde?

DON MANUEL. A la barquilla de un globo que no sea cautivo. A ver si caes en alta mar; que te tiene más cuenta.

DON LAUREANO. ¡Je! Aquí vuelve la de los corrocones.

En efecto, sale Vicenta por donde se marchó. El calor de la cocina la ha puesto más guapa.

VICENTA. Hasta mañana, pues.

RICARDO. ¡Adiós, Vicenta!

VICENTA. Hasta mañana, pues, señorito.

RICARDO. Oye.

VICENTA. Mande usté, señorito.

RICARDO. ¿Dónde vas tan de prisa?

VICENTA. De prisa no voy, no. Voy a repartir.

RICARDO. ¿Qué nos has traído: chipirones?

VICENTA. No, señorito; chipirones, no.

RICARDO. ¡Pero, mujer, sabiendo que yo sueño con ellos!

VICENTA. No han pescado, señorito. Ya pescarán. Si no hoy, mañana; este mes, el otro... Ya pescarán, ya.

RICARDO. Me da el corazón que hasta que yo no flete un barquito y me vaya mar adentro a pescar en tu compañía, no vamos a comer chipirones.

VICENTA. Se mearía, pues, el señorito.

RICARDO. ¡No aseguro yo que no me mease, pues!

VICENTA. Bromear, ya bromea, ya.

RICARDO. No es broma, no: en serio te lo digo.

VICENTA. Sí, en serio, sí. Hasta mañana, pues.

RICARDO. Adiós, lucero.

DON MANUEL. Adiós, pimpollo.

DON LAUREANO. Adiós, Vicentita.

Vase Vicenta por la puerta del foro.

RICARDO. *A don Manuel.* ¡Una tontería! Déme usted a mí a elegir entre esa chiquilla y la higuera que le encanta a papá, y ya verá usted qué pronto me voy con la chiquilla y dejo a mi papá en la higuera. ¡Hasta luego!

DON MANUEL. ¡Ja, ja, ja!

Vase Ricardo por la puerta de la izquierda.

DON LAUREANO. *A su amigo, picarescamente.* Los pocos años: el afán de separar las cosas. No sabe él que lo mejor es la chiquilla... y la higuera.

DON MANUEL. Ya lo aprenderá

DON LAUREANO. *Concibiendo de repente un plan de recreo.* ¡Oué! ¿Nos vamos a ver los conejitos? Los tengo aquí muy cerca: apenas pasaremos sol.

DON MANUEL. ¡Aunque tuviéramos que atravesar el Sahara!

DON LAUREANO. Dices bien: ¡si aquí no hay que hacer otra cosa! Ver cómo pintan los tomates; ver cómo maduran las peras; ver cómo corren los conejos; ver cómo vuelan los palomos...

DON MANUEL. ¡Pues a ello, a ello!

DON LAUREANO. Aguarda. Voy a buscarte el sombrero que te ofrecí. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

DON MANUEL. ¡Ay, qué delicia de vida! Creo

que lo vamos a pasar a pedir de boca. *Mirando hacia el jardín.* ¡Oiga! Allí viene mi señor sobrino, en guisa de hombre pensativo, además. Todo sea por Dios. Tiempo al tiempo.

Sale Juliana por la puerta de la derecha a recoger el servicio de café.

JULIANA. ¿Estaba bueno el café, señor?

DON MANUEL. ¡Estaba inmejorable!

JULIANA. ¿Es ese el punto que le agrada? Ya lo sé para todos los días. ¿Y el pescado, cómo lo prefiere? Porque lo puedo guisar con tomate, lo puedo cocer para aliñarlo, lo puedo freír... Como más le guste al señor.

DON MANUEL. A tu iniciativa lo dejo. Yo tengo buen diente.

JULIANA. Gracias por el favor. Ya procuraré que me sople la musa. Servidora de usted. *Se va por donde vino, sonriéndole.*

DON MANUEL. ¡Qué amable es esta fámula! Da gusto.

Llega Emilio por la puerta del foro, con cara de pocos amigos. Viste de americana y sombrero flexible.

DON MANUEL. Hola. ¿De dónde vienes?

EMILIO. *Sentándose con abatimiento.* ¡Qué sé yo! De vagar por ahí, aburrido. ¿Es muy hermoso todo esto, verdad?

DON MANUEL. ¡Pero muy hermoso! No te burles.

EMILIO. Lo que hace es un calor que marea.

DON MANUEL. ¿Que hace calor, dices?

EMILIO. Sudo como un pato. Usted dirá si estamos bajo cero.

DON MANUEL. ¡Válgate Dios, hombre, válgate Dios!

Pausa.

EMILIO. Tío Manuel.

DON MANUEL. ¿Qué hay con tío Manuel? Lo primero que quiere el tío Manuel es no verte mustio.

EMILIO. Pues vámonos esta misma tarde.

DON MANUEL. ¡Jesús, qué desatino!

EMILIO. Desatino, ¿por qué? Desatino es haber venido; y usted perdone.

DON MANUEL. ¡Qué equivocado estás, Emilio!

EMILIO. Sí, sí; a un hombre que lo que necesita es distraerse, olvidar, lo mete usted en un campo solo, para que por fuerza haya de pensar en su desventura.

DON MANUEL. Te diré, te diré... Aquí también hay distracciones... Lo que tiene, que hemos llegado ayer. Aún no hemos tomado la tierra. Eres impaciente; impresionable. Te imaginas a lo mejor que toda la vida está en un día, en una hora. Calma, hombre, calma.

EMILIO. Mucha voy a necesitar si se obstina usted en que nos quedemos.

DON MANUEL. ¡Ni que te hubiera encerrado en una cárcel!

EMILIO. Para mí, tanto monta. Yo no sé apreciar, no siento como usted lo que se llama la poesía de estos campos. No me interesan; no me atraen. Lo mismo se me dan llanos que montañas, manzanos que ciruelos, que salga el sol o que se ponga. Además, su amigo de usted, el amo de la casa, es pesadísimo.

DON MANUEL. ¿Quieres callar?

EMILIO. Bajaré la voz: pesadísimo. Cree que sus conejos son un prodigio de la naturaleza y que su higuera es un monumento nacional. ¡Pesadísimo!—no quito una sílaba.

DON MANUEL. Te repito que calles.

EMILIO. ¿Y la niña? ¡Ay, qué niña de mis pecados! ¡No me deja ni a sol ni a sombra, contándome siempre majaderías y chiquilladas de colegio!

DON MANUEL. ¡Bah, bah! estás empecatado. Te saqué del cieno en que te revolvías, y la misma contrariedad que experimentas te lleva a desbarrar así. Pero, óyelo bien: seguiremos aquí junio y julio, y si nos vamos a otra parte, no será ciertamente a Madrid. A menos que por perder todas tus buenas cualidades, hayas perdido ya también la obediencia y el cariño a tu tío.

EMILIO. Eso, ya he probado que no, con sólo estar aquí como estoy. Pero no sea usted conmigo demasiado cruel: no apriete usted mucho

los tornillos... que temo hacer una locura, aunque luego me pese. Bien sabe usted el dolor por que estoy pasando. Hay en mi alma desencanto y vergüenza... pero hay pasión por encima de todo.

DON MANUEL. ¡Pasión!...

EMILIO. Pasión, sí. ¿Cómo se ha de llamar a esto, que despierto y dormido no me deja un pensamiento libre? ¡Ay, tío! No emprendo por estos campos un camino que no se me antoje que pueda ser vereda que me lleve a su lado.

DON MANUEL. ¿Para ver cómo te engaña otra vez?

EMILIO. Para estar allí. Para verla.

DON MANUEL. Bien, Emilio, bien. Por este camino sí que no hemos de seguir tú ni yo. Si necesitas hablar con alguien de esa mujer, habla con los árboles y con las fuentes: conmigo, no. Y doblemos la hoja.

EMILIO. Sea como usted quiera. No hablemos más.

Vuelve don Laureano con un sombrero de campo para su amigo.

DON LAUREANO. Oye, Manuel: ¿tú no has visto nunca un conejo enamorando a una coneja?

DON MANUEL. Nunca.

DON LAUREANO. Pues te vas a reír. Toma este pavero. ¿Qué hay, Emilio? ¿Qué dices?—porque yo voy también a apearle el tratamiento a éste.

DON MANUEL. ¡Es natural!

DON LAUREANO. ¿Qué hay?

EMILIO. Nada: he dado por ahí una vuelta...

DON MANUEL. ¿No me está esto un poquillo grande, tú?

DON LAUREANO. ¡No, hombre! ¿Vas a presumir en el campo?

DON MANUEL. Eso, sí.

Suena la bocina de una bicicleta, que se acerca a la casa a más andar.

DON LAUREANO. ¡Adiós! ¡Ahí viene Acuña!

DON MANUEL. ¿Quién?

DON LAUREANO. Acuña: aquel pelmazo que pasó ayer aquí la tarde.

DON MANUEL. ¡Ah, ya! ¿Qué casta de pájaro es?

DON LAUREANO. Ni él mismo te sabría contestar. Es un ser anónimo. Yo lo que sé es que tiene casa en el pueblo y se ha creído que vive en la mía. Por más que en todas las del contorno se quejan de lo mismo.

DON MANUEL. ¡Ja, ja, ja! A mí esos tipos me divierten mucho.

DON LAUREANO. Y a mí también. Pero vámonos por el corralillo.

DON MANUEL. Vamos por donde digas.

DON LAUREANO. Emilio, ¿no nos acompañas?

EMILIO. ¿A ver enamorarse los conejos? No, señor. Estoy algo cansado.

DON LAUREANO. Como usted... como tú quie-

res. Esa es otra de las ventajas de esta vida. ¡Libertad individual! Anda, Manolo.

DON MANUEL. Vamos.

Éntranse los dos por la puerta de la derecha.

EMILIO. *Resignándose.* Pues, señor, con menos motivo hay algunos santos en el cielo. *Coge un libro de sobre la mesita y lee en él distraído.* «Alimentación económica del conejo. Cuidados que deben prodigarse a la coneja durante su embarazo...» ¡Vamos, hombre! *Tira el libro, coge otro y lee en la cubierta.* «Para el campo. Versos escogidos.» *Deteniéndose en una de las páginas, al azar.*

Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura,
toda de hiedra revestida y llena...

Sale por la puerta del foro el Cartero. Es un muchacho del país vestido pobremente. Usa boina. Sujeta al hombro por una correa trae una cartera muy vieja y abultada, y algunas postales y cartas en la mano. Habla por el estilo de Vicenta.

CARTERO. Buenas tardes.

EMILIO. Buenas tardes.

CARTERO. El correo, señorito.

EMILIO. *Levantándose con interés.* ¡Hombre, el correo!

CARTERO. *Separando cartas y tarjetas, que deja sobre la mesita* Una, dos, tres, cuatro... ¿Don Manuel Mendosa, es aquí también?

EMILIO. Aquí es.

CARTERO. Son seis, entonses.

EMILIO. ¿No trae nada para don Emilio Medina?

CARTERO. Nada, señorito. Son seis. Hasta mañana.

EMILIO. Oiga.

CARTERO. Mande, señorito.

EMILIO. Don Emilio Medina soy yo. Carta o tarjeta que llegue a nombre mío, no se la dé usted a nadie más que a mí. ¿El reparto es a estas horas todos los días?

CARTERO. Sí, señorito.

EMILIO. Pues yo andaré al cuidado.

CARTERO. Bien, señorito.

EMILIO. Vaya usted con Dios.

CARTERO. Hasta mañana, señorito. *Márchase por donde salió, no sin saludar a Acuña, que llega.* Páselo bien, señor Acuña.

ACUÑA. ¡Adiós, *Chirimiri!* ¡Que me debes una botella de sidra!

EMILIO. (Éste aquí, por si faltaba algo. Pues no tengo humor de palique.) *Vuelve a sentarse y a leer.*

Acuña viene en traje de ciclista un poco aadn. Se cuela de rondón y deja la bicicleta a un lado.

ACUÑA. ¡Hola, hola! ¿Nos aburrimos?

EMILIO. ¿Quién? ¡Ah! Buenas tardes, señor Acuña.

ACUÑA. ¿Cómo señor Acuña? ¡No me mate usted, hombre! ¿Va usted a andar en el campo con señor Acuña? ¡Acuña a secas, y está bien! ¿Qué leemos?

EMILIO. Cualquier cosa, por distraerme.

ACUÑA. No tiene usted la culpa, sino quien se trae libros a pleno campo. Suelte usted ese libro, hombre de Dios. Los libros están buenos allá en las bibliotecas. Al campo se viene a otra cosa: a pisar verde, a respirar verde... y a comer verde, si me apura usted mucho. ¡Ja, ja, ja! ¿Y Ricardillo? *Emilio sigue leyendo sin hacerle caso.* ¿Y Ricardillo? ¡Caramba, qué interesante es eso! *Convencido de que Emilio no lo atiende poco ni mucho, se fija en la correspondencia.* ¡Hombre, postalitas! A mí me gusta esta moda de las postales porque, sin faltar a la educación, se entera uno de lo que no le importa. Que es una ventaja. *Leyendo en una postal que ha cogido.* «María». ¿María, María?... ¿Quién será esta María? «Amiga Olimpia». Es una amiga de Olimpia. «Eres una ingratona». ¡Je! Las mujeres siempre quejándose. «Probablemente veranearemos en Robledales, como el año pasado». ¡Ah! Ya sé quién es. «Te prometo pasar contigo muchas horas, sobre todo si os deja este año en paz el cataplasma de Acuña».

EMILIO. ¡Es una ventaja de las postales!

ACUÑA. ¡Sí, señor! ¿Usted cree que yo me pico por esto? En Madrid, tal vez; pero aquí en el campo todo se tolera buenamente. Sin contar con que medio mundo ha dado en llamarme cataplasma.

EMILIO. ¿En el campo?

ACUÑA. ¡Y en Madrid! Voy a ver si está Ricardillo.

EMILIO. ¿Para que se lo llame a usted también?

ACUÑA. ¡Es posible, es posible!... ¡Así quiero que me trate usted en el campo! *Vase por la puerta de la izquierda, dando voces.* ¡Ricardo! ¡Ricardillo!

EMILIO. ¡Delicioso retiro es este a que me ha traído mi señor tío! Hay cariños que matan. *Mirando hacia la puerta de la derecha y levantándose.* ¡Bueno va! La niña de la casa ahora.

Sale Olimpia, en efecto. Es una muchacha muy mona, como de quince años, que no le puede molestar a nadie más que a Emilio, por el humor que tiene.

OLIMPIA. ¿Otra vez solo? Pero ¡que siempre ha de estar usted solo!

EMILIO. ¡Pche!

OLIMPIA. Pues usted hablaba con alguien.

EMILIO. Con Acuña.

OLIMPIA. Ahí tiene usted: más vale estar solo... *Reparando en las cartas.* ¿Ha venido el correo?

EMILIO. Hace poco llegó.

OLIMPIA. ¿Ha recibido usted alguna noticia interesante?

EMILIO. Ninguna. Nadie se ha acordado de mí.

OLIMPIA. No es tiempo todavía. En cambio, mire usted yo: cuatro postales tengo. De mis amigas de Madrid. Me escribo con todas. ¿Qué va una a hacer en esta soledad si no les escribe a las amigas? Aburrirse. Para su tío de usted hay dos cartas.

EMILIO. Ya lo sé, ya.

OLIMPIA. Han venido siguiéndole los pasos. ¿Y para usted, ninguna?

EMILIO. Ya le he dicho a usted que ninguna.

OLIMPIA. *Mirándolo maliciosamente.* ¡Je! Con permiso.

EMILIO. Usted lo tiene.

OLIMPIA. *Leyendo y comentando las postales.* ¡Hombre, me alegro! Mariquita Pérez se ha arreglado por fin con su primo. No hacen buena pareja.

EMILIO. Y ¿por eso se alegra usted?

OLIMPIA. No, señor: me alegro porque ella está enamoradísima. Pero usted calcule: Mariquita no levanta una vara del suelo y él es tan largo, que tiene que dormir en tres dobleces... ¿Por qué será que a los altos les gustan las chicas, y a los chicos las altas, y a las gordas los flacos, y a los flacos las gordas? ¿Por qué será?

EMILIO. La verdad es que no he pensado sobre el asunto.

OLIMPIA. ¡Demonio! Esto sí que lo esperaba yo. Emilia Ruiz...

EMILIO. ¿Se ha arreglado con otro pollito?

OLIMPIA. Al revés: se ha desarreglado con el que tenía. Estaba visto, ¿eh? No congeniaban. Ella es muy flemática, y él es muy nervioso... ¡Imagine usted! ¿Por qué les gustarán a los nerviosos las flemáticas y a las calmosas los fuguillas?

EMILIO. Tampoco he meditado sobre el particular. ¿Y usted, no se arregla con nadie?

OLIMPIA. Precisamente esta otra postal es de Juanito Alfaro: un chico que bebe los vientos por mí. Y un gran partido. Mi abuela dice que es para aceptarlo con los ojos cerrados.

EMILIO. Y ¿dice bien la abuela?

OLIMPIA. Sí, señor: porque con los ojos abiertos no hay quien cargue con él.

EMILIO. ¿Es feo, quizás?

OLIMPIA. Horrible. El labio inferior es una almohadilla de viaje. Pero si no es ése, será otro En buena hora lo diga, tengo mucho partido. Y sin amores no se puede vivir. ¿Verdad?

EMILIO. Verdad.

Preséntase María Luz en la puerta del foro. Viste traje sencillo, sombrero de campo y alpargatas. Trae una sombrilla. Sus ademanes son resueltos y vivos; su charla, ardiente y espontánea; su cuerpo, gracioso y gentil; su cara, puesta en el compromiso de no echar a perder todo esto, lo salva a maravilla.

María Luz. Aquí estoy yo.

Olimpia. *Levantándose a recibirla.* ¡María Luz! ¿Tú sola?

María Luz. Yo sola. Por ti vengo. *Advirtiendo la presencia de Emilio.* Digo, si es posible. Buenas tardes.

Emilio. Buenas tardes.

Olimpia. Los presentaré a ustedes.

María Luz. No hace falta: este señor y yo nos conocemos.

Emilio. ¿Que nos conocemos? Pudiera ser; pero yo creo que hasta ahora no he tenido el gusto...

María Luz. Es usted muy desmemoriado, y usted dispense la franqueza. ¿No recuerda usted... en la boda de María Galán...?

Emilio. *Sin caer.* ¡Ah!... sí... sí...

María Luz. Pone usted una cara diciendo que sí, que se ve a la legua que no. En el momento en que nos presentaron estaba yo con Charito Miranda, y llegó usted y me ofreció un sorbete.

Emilio. ¡Ahora sí que recuerdo!... Es cierto, es cierto... Perdóneme usted: había olvidado...

María Luz. Yo no, como usted ve.

Emilio. *Un tanto engreído.* ¿Usted no?

María Luz. No, señor: porque me hizo daño el sorbete.

Se ríen los tres. Ricardo, al sentir la voz de María Luz, vuelve a salir lo mismo que antes.

Ricardo. ¡Vecina de mi alma!

María Luz. *Remedándolo.* ¡Vecino de mi corazón! ¡Vengan esos cinco!

Ricardo. ¡Como si quiere usted los diez!

María Luz. Con cinco bien apretados, basta y sobra.

Ricardo. ¿Qué es eso? ¿Viene usted señalada?

María Luz. ¿Señalada?

Ricardo. ¿Quién le ha arañado a usted en esa nariz indescriptible?

María Luz. ¡Qué guasón! Una zarzamora. Pero no le guardo rencor ninguno.

Olimpia. Bueno, y ¿a qué debemos el honor de que hayas venido? ¿Mando repicar?

María Luz. No; no mandes. He venido porque tengo muchas ganas de andar un rato y no encuentro con quién. Rosita, mi doncella, que es mi compañera de expediciones, como sabes, ha bajado al pueblo por azúcar. Para mí, a ver al novio. Bueno, por azúcar. Con mi tía no es posible contar, ni para ir a los maizales de frente a casa. Mi tío está durmiendo la siesta desde las dos, y es hombre que lleva a los Tribunales al

que lo despierte. Total: que como no me acompañen ustedes, me quedo sin paseo.

RICARDO. ¡En seguida vamos a consentir semejante infamia!

MARÍA LUZ. ¡Infamia! Muy bien dicho. No esperaba yo menos de usted. Ande por su sombrero. Y tú, por de contado, Olimpia: con Ricardo solo no voy.

OLIMPIA. ¿Y usted, Emilio, no quiere ser de la partida?

MARÍA LUZ. Sí querrá; ¿por qué no?

EMILIO. Con franqueza... hoy prefiero quedarme.

OLIMPIA. ¿Prefiere quedarse?

EMILIO. Agradezco mucho la invitación, pero estoy cansadísimo. Le ruego a usted que no tome a desaire que no vaya.

MARÍA LUZ. Cállese usted, criatura. ¿Quién habla de desaires aquí? Aquí se vive a la pata la llana, como dice Acuña, que mete la suya en todas partes.

RICARDO. ¡A propósito de cañonazos!

MARÍA LUZ. ¿Qué ocurre?

RICARDO. ¡Que está en mi habitación!

MARÍA LUZ. ¿Quién?

RICARDO. ¡Acuña: ese de a la pata la llana!

MARÍA LUZ. ¡Ánimas benditas! ¡Que no se nos pegue, por Dios vivo!

RICARDO. Eso es lo que me temo. Pero ya procuraré sacudirme la mosca. Vámonos a escape.

María Luz. Olimpia, date prisa.

Olimpia. Ya estoy aquí.

Ricardo se va por la puerta de la izquierda y Olimpia por la de la derecha.

Emilio. Por lo visto, el tal señor Acuña es temible.

María Luz. ¡Temible! ¿No lo conoce usted?

Emilio. Sí, señora.

María Luz. Entonces, ¿cómo lo pregunta?

Emilio. ¡Ja, ja, ja!

Pausa. María Luz espera inútilmente a que Emilio hable, y al cabo rompe ella.

María Luz. Usted llegó ayer, ¿es verdad?

Emilio. Ayer por la mañana.

María Luz. ¿Había usted venido alguna vez a Valle Sereno?

Emilio. Nunca.

María Luz. Y ¿le agrada a usted?

Emilio. Todavía...

María Luz. ¿Cómo todavía? Pues ¿hay más que llegar, y desde el pueblo aquí venir todo el camino con la boca abierta? ¿O es que venía usted dormido en el coche?

Emilio. No tal: que venía bien despierto.

María Luz. Pues entonces no me lo explico.

Emilio. ¿Es usted muy entusiasta de estos campos?

María Luz. Mucho: muchísimo. ¡Con decirle a usted que paso aquí gran parte del año, y ten-

go en Madrid a mis padres, y a mis hermanas, y a mis amigas... y a mi novio!...

EMILIO. Sí que es entusiasmo y afición.

MARÍA LUZ. Como que a mí se me figura que ya soy... no sé cómo decirlo.. una cosa más de Valle Sereno. Algunas veces creo que voy a echar raíces en la tierra y que voy a acabar por dar flores... o por dar fruto.

EMILIO. Sería cosa de ver.

MARÍA LUZ. ¿Ha visitado usted la Ermita?

EMILIO. No.

MARÍA LUZ. A la Ermita pienso llevar a ésos. He descubierto un atajo para subir allá, que es sorprendente.

EMILIO. ¿Sí?

MARÍA LUZ. Se va en diez minutos, y por la carretera hay cerca de una hora de camino. Pero no es lo bueno lo que se acorta, sino lo pintoresco y accidentado de cada palmo de terreno. Hay que saltar dos o tres regatos; hay que trepar por unos escalones muy pinos, llenos de zarzamora; hay que pasar por una gruta oscura como boca de lobo, que despide un olo penetrante, extraño, no se sabe a qué, pero a algo muy rico; y se llega a un sitio, poco después, en que para abrirse camino es menester ir separando las madreselvas con las manos.

EMILIO. Bonito será. Ya lo veré algún día.

MARÍA LUZ. ¿Y la cañada grande, no la ha visto aún?

EMILIO. Aún no.

MARÍA LUZ. ¿Y al pueblo, no ha bajado?

EMILIO. Tampoco.

MARÍA LUZ. ¿De manera que no ha visto el mar?

EMILIO. No, señora. ¡Si llegué ayer!...

MARÍA LUZ. ¿Ni siquiera ha ido usted a lo que llamamos la Floresta, a dos pasos de aquí, salvando el arroyo?

EMILIO. No sé, no sé... Puede que haya ido, pero no sé.

MARÍA LUZ. No ha ido usted, de seguro. Es inconfundible. Sólo el olor de las magnolias le mantendría el recuerdo. Tantas hay, que puede usted coger hasta que se le canse el brazo. Yo, cuando voy allá, siempre vuelvo a mi casa con una carga de ellas.

EMILIO. Pues, efectivamente, por las señas no he ido. Como llegué ayer...

MARÍA LUZ. ¡Caramba! es que parece que no ha llegado usted todavía. O no se ha movido usted de casa, o ha salido de ella con los ojos cerrados.

EMILIO. Ni una cosa ni otra. He salido poco... y eso poco, de mala gana. Y ya que es usted tan ingenua conmigo, le confesaré, aun a trueque de que me considere un alma de cántaro, que nunca ha sido espectáculo de mi predilección este de la madre naturaleza. No entiendo, no percibo, no llega a mí ese lenguaje sin palabras de las altas

cumbres, de los valles hondos, de los bosques espesos y de las fuentes cristalinas. Reconozco toda la vulgaridad de mi alma, pero ni lo entiendo ni me interesa. No me da más que sueño.

María Luz. ¡Vaya por Dios! ¡Qué desgracia más grande!

Emilio. ¿Tanto como desgracia? ¿Por qué?

María Luz. Porque si está usted mucho tiempo en Valle Sereno, va usted a acabar por ahorcarse de un castaño de Indias.

Emilio. No me dará tan fuerte. Aparte de que ya he comenzado a ver en Valle Sereno verdaderos y positivos encantos.

María Luz. *A Olimpia, que sale por donde se fué, con sombrilla y sombrero de campo.* Olimpia, este señor me está hablando de ti.

Olimpia. ¿De mí? ¿Bien o mal?

Emilio. Siempre bien; pero ahora hablábamos de otra cosa.

Ricardo. *Saliendo aprisa, ya dispuesto a marchar.* Le he dado una botella de cerveza y se la va a beber entera. Vámonos, antes que la acabe y nos coja.

María Luz. Vámonos, sí. *Al Emilio.* ¿No se anima usted?

Emilio. No. Mil gracias. Otro día prometo acompañarlos.

María Luz. Usted se lo pierde.

Emilio. Es verdad.

María Luz. Pues en marcha.

OLIMPIA. En marcha.

RICARDO. Hasta luego.

EMILIO. Hasta luego.

OLIMPIA. *Ya en la puerta del foro, señalando hacia la derecha.* ¿Por aquí?

MARÍA LUZ. *Señalando hacia la izquierda.* No: por aquí. Echaremos por la vereda de los chopos. *A Emilio, antes de irse.* Oiga usted, Emilio: un precaución.

EMILIO. Usted dirá.

MARÍA LUZ. Si Acuña le pregunta a usted si sabe de nosotros, contéstele que hemos ido al Castillo Viejo.

EMILIO. ¿Al Castillo Viejo?

MARÍA LUZ. Sí, señor: está a cuatro leguas de la Ermita, que es adonde vamos.

Sueltan todos la risa, y se van Ricardo y las muchachas, animadamente.

EMILIO. *Suspirando y sentándose muy abatido.* ¡Ay!...

Sale Juliana por la puerta de la derecha, de mantón. Al ver a Emilio se detiene.

JULIANA. A propósito, señorito: me alegro de encontrarlo a usted. Voy al pueblo: ¿tiene usted algo que encargarme?

EMILIO. No, nada: muchas gracias.

JULIANA. Mándeme con libertad, señorito. Tabaco, sellos, lacre, cerillas... Lo que se le apetezca.

EMILIO. Si es que no necesito nada...

JULIANA. Un periódico de Madrid...

EMILIO. No.

JULIANA. Una baraja para hacer solitarios...

EMILIO. No, señora, no.

JULIANA. Lo que usted guste. Una servidora va por papel secante. Y usted dirá: ¿para qué necesita la cocinera papel secante? Pues es porque le escribo a mi novio todos los días, y si seco las cartas al fogón, se abarquillan todas y se ponen de un color que no le gusta a Paco. Y una ¿a qué está? A darle gusto a Paco. También voy por papel rayado, porque las falsillas me bailan mucho. Y en papel liso no sé escribir, ¿comprende el señorito? Me salen todos los renglones cuesta arriba, y Paco tiene que leerlos guiñando un ojo, porque si no, dice que se marea. Y usted dirá: ¿a qué me cuenta a mí esta mujer todo esto?

EMILIO. Yo no digo nada absolutamente.

JULIANA. En el campo hay que hablar de todo, aunque sean tonterías. Ea, quédese usted con Dios, señorito. ¿Sabe usted que en el pueblo hay billar?

EMILIO. No lo sabía.

JULIANA. Se lo advierto por si alguna vez está usted aburrido y quiere distraerse. Como lo veo tan mustio... Buenas tardes.

Vase por la puerta del foro.

EMILIO. Adiós.

Sale Acuña por la de la izquierda.

ACUÑA. ¿Adónde va ésa?

EMILIO. ¿Quién?

ACUÑA. Ésa.

EMILIO. ¡Qué sé yo!

ACUÑA. ¿Y Ricardillo?

EMILIO. Con su hermana y con otra muchacha salió a dar un paseo.

ACUÑA. ¿Sin avisarme?

EMILIO. ¡Claro!

ACUÑA. ¿Cómo claro?

EMILIO. ¿Le han avisado a usted? No. ¡Pues está bien claro que no le han avisado!

ACUÑA. Y ¿adónde han ido, usted no sabe?

EMILIO. Dijeron que al Castillo Viejo.

ACUÑA. ¿Al Castillo Viejo? Sí, sí... ¡Pero esa gente cree que yo acabo de llegar de las Batuecas!

ACUÑA. Eso dijeron, señor Acuña.

ACUÑA. Lo dirían para que usted me lo dijese a mí. ¡Si no lo dudo! ¿No ve usted que no es la primera vez que me he visto solo con mi bicicleta en el Castillo Viejo? Pero ¡anda! que los voy a perseguir como ratones. Por malos amigos. Ahora mismo me planto en un vuelo en el Cerrillo de la Cruz. Desde allí se domina todo el contorno: aunque vayan arrastrándose como las lagartijas, los veo. Y en cuanto los vea, ¡zas! tomo la recta y no hay escape. ¡Qué empeño tienen en que no meriende con ellos! ¡Abur! *Echa mano a la bicicleta y se va escapado por la puerta del foro. La bocina suena varias veces, alejándose.*

EMILIO. ¿Hubiera escrito Fray Luis de León *La vida del campo* si llega a conocer a este hombre?

Doña Aniceta sale por la puerta de la derecha con unas tijeras de jardín.

DOÑA ANICETA. ¿Cómo es esto? ¿Usted aquí, Emilio? Creí que se habría usted marchado con los chicos a dar un paseo.

EMILIO. No...

DOÑA ANICETA. Mire usted que aquí, como no se salga y se entre, no hay diversión ninguna.

EMILIO. Ya, ya...

DOÑA ANICETA. ¿Está usted malo?

EMILIO. No, señora; cansado, nada más.

DOÑA ANICETA. ¿Quiere usted asomarse al jardín?

EMILIO. Ahora iré.

DOÑA ANICETA. Yo voy a podar una enredadera... La faena no es cosa mayor, pero, en fin...

EMILIO. Ahora iré.

DOÑA ANICETA. Por mí no se violente... ¿Ha visto usted las malvalocas del corral?

EMILIO. No.

DOÑA ANICETA. ¿Quiere usted verlas?

EMILIO. Luego.

DOÑA ANICETA. ¿Por qué no sube usted un rato al mirador alto? Desde él se divisa hasta un pedacito del mar.

EMILIO. Ya subí esta mañana.

Doña Aniceta. Pues aquí fuera estoy. Cualquier cosa que se le ocurra...

Emilio. Muchas gracias.

Doña Aniceta. Se lo digo porque nos han dejado solos.

Emilio. Sí, señora, sí.

Doña Aniceta. Hasta luego. *Se va al jardín, mirando compasivamente a Emilio.*

Emilio. Hasta luego. *Pausa.* ¡Ay, Valle Sereno, Valle Sereno... lugar apacible y tranquilo, paraíso encantado para todos los que en ti viven... yo te cambiaría ahora mismo por un calabozo... donde estuviera una mujer!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

Doña Aniceta y Olimpia están sentadas. Don Laureano está asomado a la puerta del foro, aspirando el aire fresco de la tarde.

Don Laureano. ¡Ah!... ¡Qué hermosura! ¡qué aire más rico! ¡Ah!... ¡Ah!...

Olimpia. Papá, que parece que te han recetado inhalaciones.

Don Laureano. Éstas me las receto yo. Y así me va: que no me parte un rayo. ¡Ah!... ¡Si es una bendicion del cielo! ¿Hay cosa como aspirar el aire después de la lluvia? ¡Ah!... ¡Ah!...

Doña Aniceta Y que ha llovido, si Dios tenía qué... ¡Jesús! Se desplomaba el cielo.

Olimpia. Falta hacía: que el calorcito iba apretando ya.

Doña Aniceta. El agua sí hacía falta, pero no los relámpagos y los truenos. ¡Ave María, qué modo de asustarla a una! El Señor nos coja confesados.

Don Laureano. A tiempo está usted de pre-

pararse; porque ésta repetirá mañana a la misma hora.

DOÑA ANICETA. ¡Vaya una diversión!

DON LAUREANO.

Y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente;
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente...

OLIMPIA. Papá, ¿te has dedicado a cómico?

DON LAUREANO. Lo que estoy es contento: muy contento. ¿Y Manuel? ¿Dónde se ha metido Manuel?

DOÑA ANICETA. Hombre, deja en paz a Manuel.

OLIMPIA. En el cenador del jardín creo que lo he visto.

DON LAUREANO. ¡Ah, granuja! ¡Me huye!

OLIMPIA. ¡Pues claro, papá: si lo traes de cabeza!

DON LAUREANO. ¿De cabeza?

DOÑA ANICETA. Va a acabar por aborrecerte. Un mes hace que vino de Madrid, y yo creo que no se habrá visto solo un instante. Cuando no te lo llevas al conejar, te lo llevas al gallinero; cuando no, a ver cómo maduran los higos. ¿Tú crees que a todo el mundo le interesan esas cosas lo mismo que a ti?

Don Laureano. A todo el mundo, no; pero a Manuel, soy capaz de jurarlo. Ya se conoce que no lo ha visto usted, como yo, embobado ante los conejos, y ante las gallinas, y ante los palomos. Sobre todo, ante los conejos: se extasía mirándolos. Ha llegado a quererlos como si fueran nietos suyos. ¡Si muchos van ya a comer a su misma mano!

Doña Aniceta. Con todo, hombre, con todo; déjalo en libertad alguna vez...

Llega por la puerta del foro Rosita, la doncella de María Luz.

Rosita. ¿Se puede pasar?

Doña Aniceta. Pasa, mujer, pasa.

Rosita. ¿Cómo están ustedes?

Don Laureano. Bien, ¿y tú?

Rosita. Bien, muchas gracias; para servirles.

Doña Aniceta. ¿Qué te trae?

Rosita. La señorita María Luz me manda a preguntarles a los señores si prepara la merienda o si se deja la excursión en vista de la lluvia.

Doña Aniceta. ¡Pues claro que se deja!

Rosita. ¡Ay! pues lo va a sentir; porque a ella la veía yo muy decidida.

Doña Aniceta. Como que le falta un tornillo. Dile que he dicho yo que le falta un tornillo. ¡Después de la tormenta que ha descargado, buenos se habrán puesto los caminos para andar por ahí!

Rosita. Yo se lo diré.

OLIMPIA. Y dile, de mi parte, que se venga a pasar la tarde conmigo.

DOÑA ANICETA. Eso, sí; como vivimos cerca y ella a nada le teme, que venga, si gusta. Mi nieta no se mueve de aquí.

ROSITA. Perfectamente. De esto, la que sale ganando, soy yo; porque necesito bajar al pueblo a comprar unas cosas...

OLIMPIA. Ya, ya.

Sale Ricardo por la puerta de la izquierda, al olor, como de costumbre.

RICARDO. Dios te guarde, Rosita.

ROSITA. Buenas tardes, señorito Ricardo.

DON LAUREANO. ¡Je! Espantárame a mí que tú no salieras...

ROSITA. ¿Cómo sigue usted?

RICARDO. Bien, ¿y tú, simpática?

ROSITA. Bien; para servirle.

RICARDO. ¿Estás aquí hace mucho tiempo?

ROSITA. Acabo de llegar.

RICARDO. Ya decía yo que mi oído no me habría engañado. En el buen oído salgo a mi abuela.

DOÑA ANICETA. Nada más que en el buen oído, ¡granuja!

RICARDO. Oye: ¿por qué te has puesto hoy a la derecha ese lunar que tenías a la izquierda?

ROSITA. *Entre agradecida y ruborosa.* ¡El señorito!...

RICARDO. ¿Cuándo lo rifas?

ROSITA. ¡El señorito!...

DOÑA ANICETA. Mira, no la entretengas, que tiene que ir al pueblo por no sé qué.

OLIMPIA. Por azúcar, ¿verdad?

ROSITA. ¡La señorita!... Vaya, hasta luego o hasta mañana.

OLIMPIA. ¡Que no deje de venir tu señorita!

RICARDO. ¡Adiós, mujer! ¡Y cuidadito con el azúcar del pueblo!

ROSITA. ¡El señorito!... *Se marcha.*

DON LAUREANO. Es simpática esa muchacha.

RICARDO. Y muy lista.

OLIMPIA. ¡Pues tiene un novio de lo más bruto!... Me da compasión de ella. ¿Por qué será que a los brutos les gustan las listas y a los listos las tontas?

RICARDO. No siempre ocurre eso. La prueba la tienes en ti misma. Tú eres tonta, y sin embargo, le gustas a Juanito Alfaro, que es tonto también.

OLIMPIA. Da esa casualidad. Pero hay un caso peor todavía: el del tonto que se las echa de listo, y lo engaña una tonta, retonta, como le ha pasado a quien yo me sé.

RICARDO. ¡Ja, ja, ja! Escucha: ¿he oído que va a venir María Luz?

OLIMPIA. Sí.

RICARDO. Me alegro de saberlo, para no salir de mi cuarto.

DOÑA ANICETA. ¿Por qué?

RICARDO. Abuela, porque pega la hebra con Emilio, y no nos hace caso a los demás. Y me aburro.

DOÑA ANICETA. Es verdad, que los veo muy entusiasmados. Olimpia, ¿tú sabes si ella ha reñido con el de Madrid?

OLIMPIA. ¡Cualquiera sabe eso! Mire usted que habla María Luz; y que es franca. Pues de todo habla menos del novio. Es una reserva desesperante.

RICARDO. Allá ellos. *Vuélvese a su cuarto canturreando una música alegre.*

OLIMPIA. Ese dice «allá ellos». Pero ¿es que a las amigas no nos interesa?... Pues si no nos comunicamos esas cosas, ¿para qué somos amigas? Ya ve usted: ahora mismo voy yo a contestar a ocho postales, todas de noviazgos. Pero ahora mismo: no llegue María Luz y se me junten con las de mañana. *Vase por la puerta de la derecha, canturreando también.*

DOÑA ANICETA. ¡Diablo de chiquilla! ¡Qué enredadora es y qué pizpireta! *A don Laureano, que se ha abstraído completamente.* ¿En qué piensas tú?

DON LAUREANO. ¿Eh?

DOÑA ANICETA. ¿En qué piensas tú?

DON LAUREANO. En que tengo un conejo con mal de orejas, y no hay vaselina bórica en la botica.

DOÑA ANICETA. ¡Estamos frescos! ¡Por dónde se descuelga ahora!... Vamos, aquí el que no

anda loco, va camino. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

DON LAUREANO. Sí, sí, locura. Pues si no me ocupo yo de ello, ¿quién se ha de ocupar?

Encamínase hacia la derecha, a tiempo que sale Emilio por la puerta del foro.

DON LAUREANO. Pero, hombre, ¿y tu tío?

EMILIO. No sé de él... Hoy no lo he visto apenas. Juraría que anda por el jardín.

DON LAUREANO. Es su encanto: el jardín. Por supuesto, su encanto es el jardín y todo el contorno. Está pasando una temporada deliciosa. Yo creo que estoy más gordo y más joven de lo que gozo contemplándolo a él.

EMILIO. Sí que parece muy contento. Y se explica: como allá, en Madrid, tiene tanto quebradero de cabeza, y aquí vive casi sin pensar en aquello, en compañía de usted, a quien quiere como a un hermano, y en esta delicia de Valle Sereno, que es imponderable...

DON LAUREANO. Es claro, sí; todo eso es verdad, y a mí me llega a lo más vivo; pero, en rigor, lo que más alegra y satisface a Manuel es verte a ti satisfecho y alegre.

EMILIO. No digo que no, don Laureano. Y en verdad que lo estoy. Creo que no necesito hacer juramento: me sale a la cara.

DON LAUREANO. ¡Qué triunfo el mío! Se lo pronostiqué a Manuel cuando, en reserva, me contó que venías por no desobedecerlo y dado a los demonios.

EMILIO. Sí, señor; así era. Lo declaro ya con lealtad y franqueza campesinas.

DON LAUREANO. ¡Muy bien dicho! ¡Lealtad y franqueza campesinas! ¡Aquí no usamos de eufemismos ni de tiquis miquis! Lo que se siente, se habla; lo que se tiene, se da; lo que se quiere, se pide. Dame un cigarro.

EMILIO. Ahí va. Pues, sí, señor, sí; cuando entré en esta casa, me figuré que entraba en un presidio.

DON LAUREANO. ¡Je!

EMILIO Encontré oscuro y feo el sitio donde está edificada; la encontré ridícula toda ella: desde el jardín al palomar...

DON LAUREANO. ¡Je!

EMILIO. Me molestó usted, su hija, Ricardo; me molestó doña Aniceta, la criada...

DON LAUREANO. Ésas seguirán molestándote por mucho que varíes.

EMILIO. ¡Quite usted, por Dios! ¡Si no hay dos personas más agradables en el mundo!

DON LAUREANO. Chico, chico; no sospeché que el milagro de Valle Sereno se extendiera a tanto.

EMILIO. Esas son pequeñeces. El milagro ha sido grande, don Laureano. No lo dude usted.

DON LAUREANO. ¡Si no lo dudo un punto! ¡Si

te oigo y te miro cayéndoseme la baba, muchacho! ¿Tú ves a un padre muy padrazo a quien le ponderan unos y otros las buenas prendas de su chico, lo guapo que es su chico, lo listo que es su chico y lo travieso que es su chico?... Pues como escucha ese padre esas lindezas, escucho yo lo que me hablas ahora. La alegría me inunda interiormente, me estremece todo, me turba... hasta lágrimas me trae a los ojos. Esta casita, Emilio, la he hecho yo con el trabajo de toda mi vida; la quiero como si fuera cosa de mis entrañas... Ven acá, ven acá; cuéntame pormenores, cuéntame detalles de cómo empezó a serenarse tu ánimo... de cómo te fueron cautivando este paisaje y esta vida. Cuéntame, cuéntame...

Emilio. Le diré a usted: ello ha sido de una manera insensible, lenta, sosegada, tranquila... Yo no podría precisar dónde ni cómo empezó el cambio, ni si lo determinó esto o aquello... ¡Quién lo sabe! Mi voluntad ha ido viéndose sometida a un influjo saludable, benéfico... No he recibido en este o en aquel momento la impresión fuerte y conmovedora que produce, por ejemplo, la presencia de una mujer bonita, capaz en un solo minuto de trocar la vida de un hombre. No ha sido eso, no... Más bien se ha ido abriendo mi corazón como a las palabras sabias, reposadas, persuasivas de un amigo, de un gran amigo, superior a mí en años, en experiencia, en bondad... en todo. ¿Me comprende usted?

DON LAUREANO. De sobra... de sobra. La mujer enloquece, arrebata... ¡Dios sabe dónde irá uno a parar! Pero el amigo aconseja, insinúa, convence... Está bien, está bien... Dame una cerilla.

EMILIO. Hay, sin embargo, don Laureano, entre mis primeras impresiones, una, acaso más viva y penetrante que todas las demás... Fué a los pocos días de hallarme aquí.

DON LAUREANO. Cuenta, cuenta.

EMILIO. Había yo pasado la noche febril, inquieto, imaginando cien locuras... con esa exaltación enfermiza que da el insomnio. Cuando ya no pude más, salté de la cama, me arropé de cualquier manera y abrí la ventana de mi cuarto, para respirar otro aire. Era casi al amanecer. En el cielo quedaban ya contadas estrellas, que atrajeron toda mi atención, y una por una fuí viéndolas empequeñecerse, entibiarse, huír... Una luz mucho más fuerte que la de ellas, que asomaba por el horizonte lejano, pintando y alegrando el cielo y la tierra, las vencía, las borraba... Si yo hubiera sido poeta, habría encontrado una singular relación entre lo que empezaba a pasar en mi espíritu y lo que mis ojos veían. Poeta o no, me sentí conmovido. Nada dije; nada escribí; pero me eché a llorar.

DON LAUREANO. ¡Oh! Eso debieran hacer algunos poetas: echarse a llorar y no escribir. O escribir y echarse a llorar al leer lo que han escrito.

Se ríen los dos.

EMILIO. Yo nunca había visto amanecer. Y si lo había visto, no me había dado cuenta de ello. Recuerdo que varias tardes después, hablándole del caso a María Luz, me dijo: «No es extraño que no haya usted visto amanecer, porque en Madrid se pone el sol, pero no amanece.» ¡Y es verdad! Yo he vivido siempre en Madrid, y no he visto amanecer nunca. ¡Y me ha cogido algunas veces el amanecer en la calle! Pero no lo he visto.

DON LAUREANO. Es mucha María Luz. ¡Qué atractivo tiene y qué inteligencia!

EMILIO. Y ¡qué ojos, don Laureano, qué ojos!

DON LAUREANO. ¡Je!

EMILIO. Aquí ha sido y es mi constante guía. Ya sabe usted que cada lunes y cada martes andamos de excursión. ¡Cómo conoce esto! Y ¡qué habilidad tiene para mostrar la belleza esencial de cada rincón, de cada sitio, de cada cosa! A mí—le soy a usted franco—me seduce oírla.

DON LAUREANO. ¿Sí, eh? Ya lo hemos advertido todos. Pero ándate con tiento, que creo que hay moros en la costa.

EMILIO. Mientras no sean cristianos...

DON LAUREANO. En eso no quiero meterme. Yo, con verte esa cara, y verte ese ánimo, y oírte lo que te oigo decir, estoy como chiquillo con zapatos nuevos. Lo demás son vaivenes de la vida, nubes que pasan... Que pasen, que pasen siempre, aunque sea con rayos y con truenos;

pero que pasen y dejen el campo lozano y brillante como ahora. *Vuélvese hacia el jardín para enseñarle el campo, en el momento en que asoma por la puerta María Luz.* ¡Mira qué cosa más bonita!

MARÍA LUZ. ¿Es a mí?

EMILIO. ¡Oh! María Luz.

DON LAUREANO. No, no es a usted; porque si hubiera sido a usted, habría sido la flor más espléndida. Y éste le habría añadido algo.

EMILIO. ¿Cómo no?

MARÍA LUZ. Vamos a ver: ¿qué me ha dicho mi chica? ¿que se han acobardado ustedes con la tormenta y ya no tenemos excursión?

EMILIO. Para mí es ésta la primera noticia.

DON LAUREANO. Ha sido una orden a rajatabla de la abuela.

MARÍA LUZ. Que por cierto me ha mandado a decir que me falta un tornillo.

EMILIO. Será lo único que le falte a usted.

MARÍA LUZ. ¡Ay, Dios mío! ¡Cuántas flores brotan con la lluvia!

EMILIO. Con lluvia o sin ella, a su paso de usted brotan siempre.

MARÍA LUZ. ¡Jesús!

DON LAUREANO. ¿No le decía yo a usted que éste añadiría algo?

MARÍA LUZ. En vista de ello, intentaré echar por tierra la orden terminante de la abuela, y nos marcharemos un rato por ahí... a seguir escuchando piropos.

DON LAUREANO. Me temo que lleva usted el pleito perdido.

MARÍA LUZ. Pues sería una lástima quedarnos. ¡Si ahora está el campo más hermoso que nunca! Y esta humedad no le hace daño a nadie. Desde mi casa he venido yo sacudiendo los árboles para que me cayera el agua encima.

DON LAUREANO. ¡Je!

EMILIO. Lo creo; pero no se lo cuente usted a la abuela.

MARÍA LUZ. Buen cuidado tendré.

DON LAUREANO. Dígale usted, en cambio, que usted, que se cartea con el sol, sabe que esta tarde ya no llueve.

MARÍA LUZ. ¿Le añade usted algo a esa frase, Emilio?

EMILIO. No. Le ha salido tan redonda a don Laureano, que temo estropearla.

Se ríen los tres.

MARÍA LUZ. Voy a ver a Olimpia. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

EMILIO. Tiene esta mujer para mí el principal encanto de las mujeres: belleza y salud.

DON LAUREANO. Sí: si fuese pálida y ojerosa, tendría para ti el principal atractivo del sexo: palidez y ojeras. Voy conociendo el temperamento, amigo mío.

EMILIO. ¡Me confunde usted con su hijo Ricardo!

DON LAUREANO. No, no te confundo, peri-

llán: sé quién eres. Anda, vámonos con tu tío.

EMILIO. ¿Con mi tío?

DON LAUREANO. Les haremos una visita a los conejos.

EMILIO. Ustedes; porque yo esperaré a las chicas.

DON LAUREANO. Anda, anda. ¡Manuel! ¡Manuel! *Se va por la puerta del foro con Emilio, que malditas las ganas que tiene de separarse de allí. Queda la escena sola un momento.*

Por la puerta de la izquierda sale don Manuel, huyendo de la quema.

DON MANUEL. ¡No, no, no, no: los conejos no los veo más: no te hagas ilusiones! Eso me lo he jurado. Conejos al amanecer, conejos al medio día, conejos por la tarde, conejos por la noche... ¡Son ya muchos conejos para un hombre solo!

Sale Juliana por la puerta de la derecha.

JULIANA. Señor.

DON MANUEL. *Sin verla ni oirla.* Que si nacen con los ojos cerrados; que si no los abren hasta los nueve días; que si no echan el pelo hasta los cuatro o cinco; que si zanahorias, que si lechugas, que si tronchos de col... ¿A mí qué jinojo me importa? ¡No veo más los conejos!

JULIANA. Señor.

DON MANUEL. ¿Eh? ¡Ah! Juliana.

JULIANA. ¿Qué le sucede a usted?

DON MANUEL. ¡Que voy a acabar por menear las orejas y arrugar el hocico cuando sienta pasos!

JULIANA. ¿Está usted de broma?

DON MANUEL. ¡Sí! A ti ¿qué te trae?

JULIANA. Con el permiso de usted, quisiera hacerle una pregunta.

DON MANUEL. ¿Una nada más?

JULIANA. ¡Je! El señor me va conociendo.

DON MANUEL. Pregunta lo que quieras.

JULIANA. ¿Cómo le gusta a usted más el conejo: en caldereta o con arroz?

DON MANUEL. ¡De cualquier manera menos vivo! Tú elige.

JULIANA. Muchas gracias por la confianza. Yo lo pondré para que se chupe usted los dedos.

DON MANUEL. No lo dudo un instante.

JULIANA. Escúcheme otra cosa... — Y bajo la voz porque la señora oye crecer la yerba.—El estofado de ayer no lo guisé yo: era una porquería. Se empeñó en guisarlo doña Aniceta, que no sabe de eso... y así salió él.

DON MANUEL. ¡Bah! ¿Qué más quieres?

JULIANA. Pues... si no molesto demasiado ..

DON MANUEL. Dí.

JULIANA. Aquí le traigo la notita.

DON MANUEL. ¿Qué notita?

JULIANA. La que me pidió usted tocante al destino que le va usted a dar a mi Paco.

DON MANUEL. No; que le voy a dar, no; que veré si me es posible darle...

JULIANA. Usted es persona muy *influyenta*...

DON MANUEL. No tan *influyenta* como tú crees... Pero, en fin, haré lo posible... Dame acá la notita.

JULIANA. Le daré primero una audición, por si no la entiende. *Lee con emoción digna de unos Juegos florales.* «Francisco Gil Conejo...»

DON MANUEL. ¡No lo colocol

JULIANA. *Asustadísima.* ¿Qué?

DON MANUEL. Nada, nada; sigue.

JULIANA. ¡Ah, ya! *Continúa la lectura.* «... natural de Almadén del Azogue, de veinticuatro años, soltero por ahora, buenos ojos, desea colocación en lo que honradamente le salga, no siendo de cobrador del tranvía, por lo que de palabra se dirá. Sabe leer, sabe de cuentas, y sabe escribir con las dos manos. Buena conducta: no fuma, no bebe, saca su cédula cuando le corresponde y va a votar todas las veces que hace falta. Señas personales en Madrid, Cojos, 25.»

DON MANUEL. ¿Acaba ahí?

JULIANA. Sí, señor: aquí acaba. ¿Bastará con esto?

DON MANUEL. Y aun sobra. Ya se ve que es un ciudadano ejemplar. Procuraremos colocarlo.

JULIANA. Dios se lo pagará, don Manuel, que estoy yo aquí pasando penas, porque esto de la ausencia no es para mi temperamento.

DON MANUEL. Bien, bien...

JULIANA. Le habrá chocado a usted lo del tranvía que dice la nota.

DON MANUEL. No he parado mientes.

JULIANA. Pues yo le explicaré a usted lo que hay.

DON MANUEL. ¡Si no lo necesito!

JULIANA. Es para que no se figure que se trata de nada feo. Mi Paco estuvo en los tranvías *cangrejos* todo un verano, pero...—a mí no me ciega el cariño— su estatura no es cosa mayor, y resulta que no alcanza a la correa del timbre cuando quiere apearse algún viajero. Y le hacen mala sangre las cuchufletas a que eso da lugar. ¡Porque por diez céntimos no hay derecho a reírse de nadie! Y no quiero exponerlo a un disgusto.

DON MANUEL. Bien, bien; ya estoy en ello.

JULIANA. Tocante a que sabe escribir con las dos manos, que también le habrá chocado a usted...

DON MANUEL. Sí por cierto. ¿Qué significa eso?

JULIANA. Que sabe escribir en maquinilla.

DON MANUEL. ¡Ah! ¡Cualquiera cae!

JULIANA. ¿Lo hará usted con interés, señor?

DON MANUEL. Descuida.

JULIANA. ¡Mire usted que me va la boda!

DON MANUEL. ¡Te digo que descuides!

JULIANA. Ea, pues no canso más. Muchísimas

gracias, don Manuel Aquí viene el señorito Emilio: le voy a preguntar también una cosa.

DON MANUEL. ¡Vamos allá!

JULIANA. *A Emilio, que en efecto sale por la puerta del foro.* Señorito Emilio: el arroz con leche ¿le gusta a usted con la canela molida nada más o con algunas astillitas entre medio?

EMILIO. Me da lo mismo.

JULIANA. Entonces yo acertaré con su gusto. Esta tarde lo comerán. Y encárguele usted a su señor tío que no me olvide. Y muchas gracias. Sin faltar: al señorito se da un aire en los ojos.

EMILIO. ¿Quién?

JULIANA. Mi Paco. Ya digo: sin faltar. *Vase por donde salió, sonriéndole.*

DON MANUEL. *Encarándose con Emilio, cuando se va Juliana.* ¡Chico, qué monserga!

EMILIO. ¿Sobre la comida de hoy?

DON MANUEL. ¿Qué sobre la comida? ¡Sobre su Paco! ¡Un novio que tiene que debe de caber en una fresquera! ¡Y está empeñada en que yo le busque un destino! ¡Vamos, hombre! ¡Era lo único que me faltaba!

EMILIO. ¿Cómo, cómo es eso? ¿Qué dice usted? ¿Es que tiene usted algún motivo de disgusto? A ver, a ver... Porque ese lenguaje; ese resuello...

DON MANUEL. Emilio de mi vida, ya no puedo más. He venido disimulando por ti; pero te aseguro que no puedo más. ¡No puedo más! ¡Me llega la bilis hasta la raíz del pelo... por arriba! ¡No puedo más!

EMILIO. *Sorprendido, pero sin concederle importancia al desahogo.* Baje usted la voz.

DON MANUEL. ¡No me da la gana! ¡Que se enteren! ¡Si te digo que no puedo más!

EMILIO. Pero, tío, me deja usted con la boca abierta. ¿No está usted encantado con esta familia y en este sitio, como ya por suerte lo estoy yo?

DON MANUEL. ¿Que tú estás encantado? ¿No hablas con ironía?

EMILIO. No, señor; hablo con entera sinceridad.

DON MANUEL. ¡Vaya! Se conoce que por obra de tu encantamiento no sientes las picadas de las pulgas.

EMILIO. ¿De las pulgas? Pero ¿aquí hay pulgas?

DON MANUEL. ¿Que si hay pulgas? ¡Hasta en el almanaque! ¡Si el reloj se ha parado porque no lo dejan andar!

EMILIO. ¡Ja, ja, ja!

DON MANUEL. No te rías.

EMILIO. ¿No he de reírme, tío, si parece usted un chico de diez años algunas veces? ¿Cuándo han sido las pulgas un motivo serio para estar rabioso en ninguna parte?

DON MANUEL. ¡Las pulgas, y los mosquitos, y

las moscas, y los perros, y las lagartijas, y las vacas! ¡Ahí es nada: las vacas! ¡Ni por casualidad salgo a un camino una vez que no me embistan tres o cuatro! La otra tarde tuve que correr como un galgo huyendo de una. ¡Jinojo! ¿He venido yo aquí a solazarme o a torear?

EMILIO. Calle usted, calle usted; que don Laureano anda en su busca, y si se entera de esto va usted a amargarle la vida.

DON MANUEL. ¡Pues que se fastidie! ¡Bastante me la amarga él a mí!

EMILIO. ¡Tío! Usted no está bueno. Lo desconozco a usted completamente.

DON MANUEL. ¡Me desconoces... me desconoces!...

EMILIO. Un pobre señor que no tiene más pío que hacerle a usted agradable esta temporada; que sueña con distraerlo y agasajarlo...

DON MANUEL. ¡Que me gana todas las noches al tresillo!

EMILIO. Pero, tío, ¡si juega usted muy mal!

DON MANUEL. ¡Juego mejor que él y que tú! Pero no es eso: es que cuando se tiene un huésped, en buena cortesía se le debe dejar ganar alguna noche.

EMILIO. ¡Entre amigos de la niñez!...

DON MANUEL. ¡Entre amigos de todas las edades!

EMILIO. Vamos, tío, no desbarre usted, por amor de Dios... ¡Pobre don Laureano!

DON MANUEL. ¡Pobre don Laureano! ¡Laureano es el hombre más pesado que ha parido madre!

EMILIO. No... Es afectuoso... es solícito...

DON MANUEL. ¡Es plúmbeo!

EMILIO. ¿Plúmbeo?

DON MANUEL. ¡De plomo! ¡Claro! Tú, como te largas con las muchachas y apenas tienes que aguantarlo... Pero, vamos a ver: ¿cuántas veces has visto los conejos?

EMILIO. Dos o tres veces... No soy aficionado.

DON MANUEL. ¡Ah! Dos o tres veces. ¡Lo que yo a diario! ¿Cuántas veces has visto ponerse el sol?

EMILIO. No las he contado... Si me coge por ahí la puesta, la veo...

DON MANUEL. ¡Ah! Si te coge por ahí...

EMILIO. Es un espectáculo admirable siempre.

DON MANUEL. Ya te daría yo a ti admiración si te obligaran a verlo todas las tardes. ¡Y no lo veo dos veces al día porque no se pone más que una! ¡Afortunadamente!

EMILIO. ¿Todas las tardes, dice usted?

DON MANUEL. ¡Todas las tardes, hijo mío! ¡A ver si hay rayo verde o no hay rayo verde, no me escapo una sola! ¡Algunas he pedido para mis adentros un rayito de cualquier color que lo hiciera cisco!

EMILIO. ¡Qué disparate!

DON MANUEL. No es disparate, no: ponte en mi lugar. Es que se colman las medidas del más paciente. ¡Son ya muchos conejos a todas horas, y muchos palomos por la mañana, y muchas puestas por las tardes... y muchos codillos por las noches!

EMILIO. Tío, pues ahora le hablo a usted completamente en serio. Porque yo vine aquí a remolque; renegando del campo, y de mi estrella, y casi de usted. Pero usted vino satisfecho, ansioso de verse en estos valles, en esta soledad, que para usted era un paraíso... ¿Qué cambio es éste?

DON MANUEL. Pero ¡si no hay tal soledad! ¡Si eso me ha resultado que es fantasía de los poetas! A lo mejor te crees que estás solo en medio del campo... ¡porque necesitas estar solo!... y ves de pronto que hay una pareja que te observa desde un maizal. ¡Hombre! ¿Qué soledad es ésa? Sin contar con Acuña, que está, como Dios, en todas partes.

EMILIO. ¡Bah, bah, bah!...

DON MANUEL. Sí, ¡bah, bah!... Añade a todo eso lo que en rigor vale más que nada y que constituye en esta ocasión el mayor de los desencantos.

EMILIO. ¿Eh?

DON MANUEL. Como suena: el mayor de los desencantos. Porque no sé si atribuirlo a que todo esto de la poesía de la naturaleza es una

pura farsa, o a la vulgaridad de mi ser; pero el hecho es que ni los valles, ni las montañas, ni los arroyos, ni la mar, me elevan el ánimo.

EMILIO. ¡Tío!

DON MANUEL. Nada: no me elevan el ánimo. ¿A qué voy a decir una cosa por otra? ¡No me elevan el ánimo! Desde que estoy aquí no se me ocurren más que bellaquerías.

EMILIO. ¡Ja, ja, ja!

DON MANUEL. Para que te convenzas: a mi edad, a mis años, he caído en la más ridícula de las tentaciones: he querido seducir a Vicentita: ¡a la pescadorcilla!

EMILIO. ¡Señor don Manuel!

DON MANUEL. Nada, nada, no me duelen prendas: como te lo cuento. ¡Y le hablé de ponerle un pisito en la calle de la Berenjena! ¿Es esto elevación del ánimo? ¡Naranjas de la China!

EMILIO. Pero ¡veo que está usted irremisiblemente perdido!

DON MANUEL. Hasta tal punto eso es así, y tales ganas tengo de escapar de esta perdición; tan asado estoy a la parrilla, tan desesperado me veo, que sin reparar ya ni en ti ni en la Osa Mayor—que también me la enseña Laureano todas las noches—, le he escrito una carta...—*Bajando cómicamente la voz*—bueno, pero de esto no quiero que se entere ni el aire—le he escrito una carta a Pizarroso...

EMILIO. *En voz tan baja como el tío.* ¿A quién?

DON MANUEL. A Pizarroso...

DOÑA ANICETA. *Apareciendo por la puerta de la izquierda.* ¿Ese Pizarroso es uno que fué ministro del Tribunal de Cuentas?

EMILIO. ¿Eh?

DON MANUEL. Pero, señora, ¿es usted la telegrafía sin hilos?

DOÑA ANICETA. ¿No hablaban ustedes de Pizarroso?

DON MANUEL. Sí; pero a éste no lo conoce usted. Es un empleado a mis órdenes.

DOÑA ANICETA. El que yo digo era un señor muy serio.

DON MANUEL. No; pues este otro es muy bromista. ¿Verdad, Emilio?

EMILIO. Muy bromista. Siempre está de chanza y de humor.

DOÑA ANICETA. Ya. Voy a darle un vistazo a la cocina. ¡Ah! No tome usted en cuenta el flan del almuerzo de hoy. Ha sido una verdadera porquería. Esa Juliana cree que hace el dulce como las monjas, y vive en un error muy grande. Ha estado incomible: una verdadera porquería. Mañana haré yo un flan y ya verá usted la diferencia. Cosa de enjuagarse la boca con el flan. Usted lo ha de ver; usted lo ha de ver... *Se va por la puerta de la derecha.*

DON MANUEL. ésta es otra: con la competencia culinaria entre ama y criada, ya lo ves: no comemos más que porquerías.

EMILIO. Bueno, tío: ¿qué me iba usted a decir de Pizarroso?

DON MANUEL. ¡Ah! Verás. *En voz baja de nuevo y tomando todo género de precauciones.* Te iba a decir de Pizarroso que le he mandado que me ponga desde Madrid un telegrama con este refresco: «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro. Junta el lunes. Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta. Pizarroso.» ¿Qué tal? ¿Me iré a Madrid o no me iré?

EMILIO. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que se habrá reído Pizarroso!

Sale don Laureano por la puerta del foro.

DON LAUREANO. Pero, Manuel, ¿estamos jugando al escondite?

DON MANUEL. ¡Anda con Dios!

DON LAUREANO. ¿Qué hacéis aquí metidos, bobos?

EMILIO. Diciéndole estaba yo a mi tío que usted lo buscaba. Y la conversación que hemos tenido antes.

DON LAUREANO. ¡Ah, sí! ¿No es verdad que es otro tu sobrino, Manuel? *A Emilio.* Oye: ¿te pesaste al salir de Madrid?

DON MANUEL. No, hombre, no: ¿te pesaste tú? ¡Nosotros no pesamos más que el equipaje!

DON LAUREANO. ¡Je! ¡El equipaje, dice! ¡Tu tío siempre como unas sonajas!

DON MANUEL. ¡Siempre! ¡Yo soy así!

DON LAUREANO. Anda: vámonos a dar un pa-

seo; que tenemos una tarde muy fresca. Y de recogida pasaremos por el conejar.

DON MANUEL. ¿Eh?

EMILIO. ¿No le han hecho ustedes hoy ninguna visita?

DON LAUREANO. Esta mañana fuí yo solo, porque a éste se le pegaron las sábanas. Es un dormilón.

DON MANUEL. ¡Un gallo es lo que yo no soy!

DON LAUREANO. Pero está entusiasmadísimo con aquella familia.

EMILIO. Ya me lo ha contado.

DON LAUREANO. Le he inculcado la afición, el amor al conejo. Te advierto, Emilio, que el conejo acaba por hacerse querer. Es inteligente, es gracioso... Yo le encuentro gran semejanza al ser humano.

DON MANUEL. ¡En el nombre del Padre!

DON LAUREANO. No es la primera vez que me lo oyes: no sé qué te sorprende. Pero te lo demostraré minuciosamente en nuestro paseo. De algo hemos de hablar Y no con fantasías, sino con datos preciosos de un tratado de cuniculicultura que me sé de memoria. Anda, vámonos.

DON MANUEL. *Resignándose, acaso por última vez.* ¡Vámonos, hombre, vámonos!

DON LAUREANO. Empieza tú porque el conejo puede tener todas la enfermedades del hombre. ¡Todas! Bueno, casi todas. Al conejo le puede

dar una pulmonía, como a ti; le puede dar una congestión, como a ti...

DON MANUEL. ¡Toma! ¡también le pueden dar un tiro, como a ti!

DON LAUREANO. ¡Je! ¡Qué buen humor de hombre! ¡Siempre con las mismas salidas! *Vase por el jardín.*

DON MANUEL. *Rápidamente a Emilio, volviéndose atrás un momento.* Al conejar no voy: si hace falta, lo tiro por un barranco. ¡No voy!

DON LAUREANO. *Dentro.* ¡Manuel!

DON MANUEL. ¡Ya, hombre, ya! *Márchase con su amigo.*

EMILIO. En efecto, está mi tío Manuel que echa las muelas. ¡Y yo que lo suponía en plena Jauja!

Salen por la puerta de la derecha Olimpia y María Luz.

OLIMPIA. Nada, hija: quien manda, manda, y cartuchera en el cañón.

EMILIO. ¿Qué ocurre?

MARÍA LUZ. Lo que ya sabíamos. Doña Aniceta no deja salir a Olimpia, y ha sido inútil toda mi elocuencia.

EMILIO. Desgracias mayores pueden caer sobre nosotros.

MARÍA LUZ. Pues hay que idear alguna cosa para pasar la tarde.

OLIMPIA. Algo para reírnos.

Habla Benjamín dentro, con voz atiplada y ridícula.

BENJAMÍN. ¿Se puede?

EMILIO. ¿Eh?

BENJAMÍN. ¿Se puede?

OLIMPIA. Adelante, quien sea.

Aparece en la puerta del foro Benjamín, que en vano negaría que es sacristán de nacimiento. En la mano trae un telegrama cerrado y un paquete de velas.

BENJAMÍN. Santas y buenas tardes nos dé Dios.

MARÍA LUZ. Buenas tardes.

OLIMPIA. Buenas tardes.

EMILIO. Buenas tardes.

MARÍA LUZ. *A los otros.* (Ya no hay que inventar nada para reírse.)

BENJAMÍN. Tengo a gran dicha saludar a ustedes.

EMILIO. Muchísimas gracias.

Las muchachas no pueden hablar conteniendo la risa, y Emilio puede a duras penas.

BENJAMÍN. Yo soy el sacristán nuevo de la Ermita.

EMILIO. Por muchos años.

BENJAMÍN. Y he bajado al pueblo a comprar unas velas, y me he encontrado a Bermúdez el telegrafista, que es amigo mío, y que venía para acá con este despacho, y me ha rogado que lo

trajera yo, porque él tiene a su mujer con el mal de San Vito, y se hallaba muy desasosegada en aquel momento. *Sueltan la carcajada María Luz y Olimpia, y Emilio después.* El caso no es de risa, pero comprendo que excite la hilaridad.

EMILIO. Sí, señor; sí, señor... ¿Para quién es el telegrama?

BENJAMÍN. Para don Manuel Mendoza. Aquí dice Mendozo, pero debe de ser equivocación.

MARÍA LUZ. ¡Claro!

EMILIO. Es equivocación, justamente... Deme usted... firmaré el recibo...

BENJAMÍN. Tome, señor mío. Me complace mucho haber prestado este servicio urgente, y desde luego me ofrezco para cualquier cosa que se ocurra; porque yo... *Sale Ricardo por la puerta de la izquierda, con tal ímpetu que asusta a Benjamín y le corta el hilo. Se explica el ímpetu de Ricardo, porque al oír la voz del sacristán supuso que le pertenecería a alguna tiple más o menos ligera. Las muchachas y Emilio tratan en vano de ocultar su risa ante el nuevo aspecto de la situación.* ¿Eh?

RICARDO. *Sin poder contenerse.* ¡Vamos, hombre!

BENJAMÍN. Buenas tardes.

RICARDO. Buenas tardes.

EMILIO. Este señor nos ha hecho la merced de traernos este telegrama para mi tío. *Se lo guarda.*

RICARDO. Sí...

EMILIO. *Aparte a Ricardo.* (¿Quién te creíste que era?)

RICARDO. *Lo mismo a Emilio.* (¡Qué sé yo! Una *cupletista,* una máscara... ¡Todo, menos un sacristán!) *A Benjamín.* Que usted siga bueno. *Vase de estampía por donde salió.*

BENJAMÍN. ¿Cómo dice?

EMILIO. Que usted siga bueno.

BENJAMÍN. ¡Ah! muchas gracias. Igual deseo a todos los presentes. Felices tardes. Y que siga, que siga el buen humor. *Vase a otra parte a hacer reír, despedido con nuevas carcajadas de todos.*

MARÍA LUZ. ¡Ay, Jesús! He llorado de risa con ese hombre.

OLIMPIA. ¡Qué lance, Dios mío! ¡Cuidado con la salida de Ricardo!

EMILIO. ¡Ah! Notable de veras. ¡Lo menos creyó que iba a encontrarse aquí a la Imperio!

OLIMPIA. *Asomándose al mirador.* Allá va, todo presuroso. ¡Anda, morena! Se ha metido en un charco. A ver si se constipa y enronquece un poco, que falta le hace.

MARÍA LUZ. ¡Ja, ja, ja! *Se sienta.* A mí me han cansado las risas. ¿Querrá usted creerlo?

EMILIO. ¡Si me han cansado a mí también! No me reía de tan buena gana hacía mucho tiempo. *Se sienta cerca de ella.*

MARÍA LUZ. Ya ve usted, y queríamos irnos. No se sabe dónde está la fortuna.

EMILIO. No se sabe.

Olimpia, desde el mirador, observa con interés el grupo de María Luz y Emilio.

MARÍA LUZ. Mi empeño en salir era porque el campo está delicioso. Sopla un aire tan sano... ¿No le gusta a usted el olor de la tierra después de la lluvia?

EMILIO. Mucho. Lo aspiro siempre con deseo. Y me gustan también estas nubes que descargan de pronto, y se van abriendo paso al sol y dejando la tierra fresca y alegre.

MARÍA LUZ. ¿Le gustan?

EMILIO. Sí. Recuerdan el enojo pasajero de una mujer, que principia llorando y acaba por reír entre lágrimas. Mire usted ahora el campo todo, cómo parece que se ríe entre lágrimas.

MARÍA LUZ. Es cierto. *A Olimpia, que con admirable discreción se encamina hacia la derecha, sin quitarles ojo.* ¿Adónde vas, Olimpia?

OLIMPIA. *Maliciosamente.* A contarle a mi abuela lo del sacristán, que le va a hacer muchísima gracia. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

EMILIO. *Riéndose.* ¡Qué chiquilla! Es saladísima de veras.

MARÍA LUZ. Muy salada. Discurre menos que un mosquito.

EMILIO. A mí me divierte su charla, que cuando quiere ser maliciosa es ingenua, y cuando quiere ser ingenua es maliciosa.

MARÍA LUZ. ¿Y esa muletilla que tiene sobre los gustos en los amores? «¿Por qué será que a los chatos les gustan las narigudas y a los narigudos las chatas?»

EMILIO. ¡Ja, ja, ja! Es muy original. Le aseguro a usted que para mí Olimpia es un atractivo más de Valle Sereno.

MARÍA LUZ. ¿Uno más, Emilio? Advierto complacida que poquito a poco se ha reconciliado usted enteramente con este Valle Sereno, que cuando llegó le aburría y le enfadaba.

EMILIO. Gracias, principalmente, a usted.

MARÍA LUZ. ¿Gracias a mí le aburría y le enfadaba?

EMILIO. Todo lo contrario: gracias a usted he ido apreciando, comprendiendo el atractivo y el encanto de estos lugares.

MARÍA LUZ. No niego mi influencia en que lo haya usted logrado más pronto; pero créame que si usted hubiera sido ciego, de nada le habría servido el lazarillo. Quiero decir que esta gran belleza del campo, o se sabe ver, y en ese caso enamora y cautiva el alma, o no se sabe ver, y hastía y desespera. Para quien no la entiende, todas las horas son iguales... todos los caminos son lo mismo... En cambio, para quien tiene el secreto, ¡qué maravillosa variedad! No hay un

momento igual a otro, ni hay un camino que no tiente a cruzarlo. ¿No es cierto, Emilio?

EMILIO. Ciertísimo. Usted no miente nunca. Yo algunas veces pienso: «Tal vez por esto me es a mí esa mujer tan simpática.»

MARÍA LUZ. ¿Es que no trataba usted más que con embusteras?

EMILIO. Se conoce. El resultado es, sea de ello lo que fuere, que usted me atrae de una manera tal...

MARÍA LUZ. Cuidadito con la baranda.

EMILIO. ¿Cómo?

MARÍA LUZ. Siga usted.

EMILIO. Que usted me atrae de una manera tal, que casi he llegado a no pensar más que en usted, ni a querer hablar más que con usted, ni a desear otro momento que el momento de verla a usted. Cuando salgo por esos campos solo, y de improviso en mi camino la encuentro, no sé expresarle la alegría que me causa. Es algo infantil, algo muy puro; yo diría que muy luminoso... No sé... ¿Qué significa esto, María Luz?

MARÍA LUZ. Pues es bien claro: que va usted solo... y que de pronto tiene con quién charlar. Ni más ni menos. Ya me hago yo cargo de que la aparición de Acuña no le produciría a usted el mismo efecto; pero no hay más que esto que le digo, salvando la diferencia que existe entre Acuña y yo. A Acuña, por ejemplo, no le debe

usted más que tabarras, y a mí me debe usted un poquito de gratitud.

EMILIO. ¿De gratitud?

MARÍA LUZ. Así se llama ese sentimiento.

EMILIO. Y ¿un poquito?

MARÍA LUZ. O un pocazo.

EMILIO. ¡Toda la que quepa en mi alma!

MARÍA LUZ. ¡Toda la que usted guste!

EMILIO. Yo entré en Valle Sereno lleno de amargura, entristecido; abrumado por un dolor que imaginaba que sería eterno. Todos los hombres, a poco que hayamos vivido, sentimos alguna vez la vanidad de un gran dolor, superior en nuestro concepto al que sea capaz de sentir otro hombre cualquiera. Ese gran dolor ha ido calmándose, disipándose; como desprendiéndose lentamente del corazón. Mi espíritu, hora por hora, va recobrando su perdida tranquilidad, su equilibrio. Mi voluntad vuelve a ser mía. Voy sintiéndome sereno, fuerte, dichoso... Todo esto se lo debo a usted.

MARÍA LUZ. ¿A mí, criatura?

EMILIO. A usted.

MARÍA LUZ. No lo crea usted, Emilio. No es a mí a quien usted le debe todo eso. Es a esta vida campesina, llena de sosiego y de paz, que templa las almas de los hombres que como usted son buenos. Se lo debe usted a los amaneceres en este Valle Sereno, risueños y alegres; a los aires puros de la mañana, en el mar o en el

monte; a los paseos sin rumbo, ni en los pasos ni en la imaginación, abierta el alma a lo que le brinden los ojos; a la charla amiga, bajo los árboles sombríos; a los últimos rayos del sol, distintos cada tarde; a los múltiples colores del cielo; a la primera estrellita que asoma en él cuando llega la noche; al pío de un pajarito sonando solo en el silencio de los campos; a las noches claras; a las noches de estrellas; al sol que sale después de la tormenta... y que a usted le recuerda las paces hechas con una mujer... A todo eso le debe usted su dicha presente; no a mí. Ya sabe usted que yo siempre digo la verdad.

EMILIO. En este caso...

MARÍA LUZ. En este caso más que en ningún otro. Usted se convencerá con el tiempo. Rodarán los días, se irá usted a Madrid nuevamente, libre ya de la carga de sus tristezas; tornará a la lucha y a las pasiones, y cuando alguna vez el dolor vuelva a herirle... ¡qué poco se acordará de mí! Y ¡cómo suspirará, sin embargo, por estos campos siempre verdes, y por estos aires, y por esta vida!...

EMILIO. ¿Y de usted no he de acordarme entonces?

MARÍA LUZ. En todo caso, como se acuerda uno de una mariposa que le pasó ante los ojos un día, y a la que le atribuye supersticiosamente todo lo bueno que en aquel día le haya de pasar.

EMILIO. ¿Y si yo le dijera a usted, María Luz...?

MARÍA LUZ. ¿Y si yo le pidiera a usted que no me lo dijese?...

EMILIO. ¿Por qué?

MARÍA LUZ. Porque va usted a cometer la primera tontería gorda de la temporada.

EMILIO. Usted ¿qué sabe?

MARÍA LUZ. ¿No he de saberlo, hombre? Por poco observadora que yo sea, he visto bien claro que es usted un corazón inflamable y una cabeza inquieta. Y va usted a espetarme ahora que está enamorado de mí. Y yo, que sé muy bien que no hay tal amor, ni falta, voy a verme en el duro caso de darle a usted unas calabazas como para usted solo. Y con las calabazas a cuestas, ¡a ver qué hace usted aquí el resto de la temporada! ¡Aguar todas las excursiones que nos queden!

EMILIO. Le suplico a usted, María Luz, que no eche esto a broma.

MARÍA LUZ. Si lo tomo en serio va a ser peor. ¿No lo comprende usted?

EMILIO. Pues aunque lo sea, le suplico a usted que no lo eche a broma.

MARÍA LUZ. Pues oiga usted en serio. ¿Qué idea tiene usted de mí? ¿No le consta a usted que yo quiero a un hombre? ¿que tengo novio?

EMILIO. ¿Que tiene usted novio?

MARÍA LUZ. ¿Y se sorprende usted? Yo misma se lo he dicho ya varias veces...

EMILIO. Bueno; pero así... sin insistir en ello; de pasada...

MARÍA LUZ. Pues ¿qué quería usted? ¿Que se lo hubiera dicho en papel de a peseta, o con un tamborilero y un bando? Pero, en fin, si no lo había creído, créalo firmemente: me quiere un hombre, y yo lo quiero a él. Estamos enamorados el uno del otro. Enamorados, ¿lo oye usted? no así... con ganas de palique. Es hijo de una familia que fué rica... y hoy está cuesta abajo: muy cuesta abajo. Esto, que es una desgracia, me ha unido más a él, naturalmente. Si no lo quisiera, habría seguido el parecer de mis padres, de mis hermanos, de mis amigas... y lo hubiera dejado solo con su ruina. Pero lo quiero, ¿sabe usted? lo quiero. Él me quiere lo mismo, y trabaja. Dios dirá. Cuando voy a Madrid, cuantas personas me rodean, vuelven al mismo tema: «Que eso es cosa perdida; que no levantará cabeza; que adónde voy con ese hombre; que la sociedad; que la familia; que lo deje, que lo deje...» Pero vengo a Valle Sereno, y los árboles meciendo sus copas, y los arroyos saltando entre las peñas, y el aire puro acariciando mi frente, y el sol escondiéndose detrás de las montañas por las tardes, para pedirme cuentas de mi cariño al amanecer del otro día, me dicen incesantemente que lo espere, que le dé ánimos, que lo siga queriendo... Por eso, Emilio, como me halaga más que lo que allí me predican lo que aquí

escucho, paso la mayor parte del año en Valle Sereno. *Pausa.* ¿Se ha convencido usted ya de que tengo novio?

EMILIO. Sí por cierto.

MARÍA LUZ. ¿Y de que se iba usted a ganar unas calabazas morrocotudas?

EMILIO. Me he convencido de algo más.

MARÍA LUZ. ¿De qué?

EMILIO. De que me las hubiera merecido. Y de otra cosa: de que los hombres no nos merecemos a las mujeres.

MARÍA LUZ. Le diré a usted: mi novio a mí, sí. Pero tiene usted razón: por regla general son ustedes muy ligeros, muy casquivanos. El cariño en ustedes, cuando lo hay, jamás lleva las raíces tan hondas.

EMILIO. ¿Se olvidará usted de mi impertinencia de esta tarde?

MARÍA LUZ. ¿Quién habla de eso ya? Y usted, ¿se olvidará del proyecto de calabazas que le he leído?

EMILIO. Procuraré olvidarme, ¡qué remedio!

MARÍA LUZ. Pues entonces... hasta mañana. Me marcho.

EMILIO. Hasta mañana.

MARÍA LUZ. Mañana iremos adonde la lluvia no ha querido que vayamos hoy.

EMILIO. Iremos.

MARÍA LUZ. Y... le voy a ser a usted franca: yo... más tranquila que hasta aquí. Porque de al-

gunos días a esta parte había notado en usted una verbosidad... un fuego...

EMILIO. Sí; tales, que me ha tenido usted que decir varias veces: «Cuidadito con la baranda».

MARÍA LUZ. Eso. Conque adiós. Hasta mañana, Emilio.

EMILIO. Hasta mañana, María Luz.

MARÍA LUZ. No; pero si ha de quedarse usted con esa cara, no me voy.

EMILIO. Mucho mejor si no se va usted.

MARÍA LUZ. Muchas gracias; pero necesito irme ya.

EMILIO. Pues ¿qué cara quiere usted dejarme?

MARÍA LUZ. La que me encontré cuando vine: complacida y risueña...

EMILIO. Es que entonces no habíamos hablado... de lo que hemos hablado.

MARÍA LUZ. Es que yo quiero que esta charla nuestra pase por nosotros como las nubes de esta tarde han pasado por allá fuera: entristeciendo el campo un momento, pero alegrándolo después. ¿Entendido?

EMILIO. Entendido.

MARÍA LUZ. Nuestra amistad ha de ser más fuerte, más sincera, desde esta leve tormentilla. ¿No?

EMILIO. Sí.

MARÍA LUZ. Pues lo dicho: ponga usted otra cara.

EMILIO. ¡Si no tengo más que ésta!

MARÍA LUZ. Pues ríase usted con esa que tiene.

EMILIO. ¿Para qué he de reírme?

MARÍA LUZ. Para que yo me marche tranquila. Ríase usted, hombre. ¿Ya no le hago a usted gracia? Ríase usted.

EMILIO. Ya me río: ya está usted satisfecha.

MARÍA LUZ. Eso es otra cosa. Ahora sí que me voy. Hasta mañana.

EMILIO. Hasta mañana.

MARÍA LUZ. Adiós. *Vase por el jardín.*

Emilio la contempla.

EMILIO. ¡Adorable mujer!... ¡Qué lección me ha dado esta tarde!

Vuelve Olimpia por la puerta de la derecha.

OLIMPIA. Pero ¿se ha ido ya María Luz?

EMILIO. Acaba de irse. Contemplándola estaba yo.

OLIMPIA. ¡Qué cosas tiene! No se despide casi nunca. Pero ¡mire usted que es simpática!

EMILIO. Muy simpática.

OLIMPIA. Rarilla de genio, ¿verdad? Pero buena, ¿verdad?

EMILIO. Verdad.

OLIMPIA. ¡Qué lástima que tenga novio! ¿verdad?

EMILIO. Verdad.

OLIMPIA. ¿Usted lo sabía?

EMILIO. Sí.

OLIMPIA. Pues nadie lo hubiera creído al verlo a usted tan... tan... tan tarán tan...

EMILIO. Pues lo sabía. Lo que no sabía era que María Luz lo quisiera como lo quiere. Bien es verdad que para comprender un cariño así, y aun para sentirlo, hay que hacer con el corazón lo que María Luz ha hecho con el suyo: sacarlo del pecho, y que lo oreen y lo purifiquen y lo fortalezcan los aires del campo y del mar.

OLIMPIA. ¡Qué solemne! ¡Jesús! Siempre que habla usted con María Luz un gran rato, acaban ustedes por las nubes.

Por la puerta del foro salen don Manuel y don Laureano.

DON MANUEL. Emilio, ¿qué telegrama es ese de que me ha hablado María Luz?

EMILIO. No sé, tío: no lo he querido abrir. ¿Teme usted quizás algo desagradable?

DON MANUEL. No las tengo todas conmigo. ¿Quieres ver si es de Pizarroso?

EMILIO. Voy a verlo. *Saca el telegrama y lo abre.*

DON LAUREANO. Me ponéis en cuidado.

OLIMPIA. Y a mí.

EMILIO. De Pizarroso es.

DON MANUEL. ¡Ay! ¿Qué dice? ¿Qué dice ese hombre?

EMILIO. Escuche usted. *Como si leyera el tele-*

grama. A don Manuel, a medida que lo oye, se le va demudando el semblante. «Tranquilidad completa. No hay novedad ninguna. Esté confiado. Puede quedarse ahí cuanto tiempo guste. Enhorabuena.—Pizarroso.»

DON MANUEL. *Sin poder contenerse.* ¡Lo mato!

DON LAUREANO. ¿Eh?

DON MANUEL. No; nada.

DON LAUREANO. *Abrazándolo.* Chico, me alegro, porque me he llevado el gran susto.

OLIMPIA. Y yo también.

DON MANUEL. *Echando chispas por los ojos.* Pero trae acá, tú, trae acá. ¿El telegrama dice eso?

EMILIO. No, señor.

DON MANUEL. ¡Ah!

EMILIO. Eso querría yo que dijera; pero dice una cosa bien distinta.

DON MANUEL. ¡Ah!

DON LAUREANO. ¿Cómo?

OLIMPIA. ¿Qué?

EMILIO. *Leyendo.* «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro.»

DON MANUEL. *Maquinalmente.* Junta el lunes.

EMILIO. «Junta el lunes»: cabal.

DON MANUEL. Sí, si es que todos los lunes hay junta.

EMILIO. «Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta.—Pizarroso.»

DON MANUEL. Eso sí; ese es el que yo estaba

aguardando. ¡Maldita sea mi suerte! ¡Hay corazonadas en el mundo!

OLIMPIA. ¡Qué contratiempo!

DON LAUREANO. Pero ¡esto es un rayo, Manuel!

EMILIO. ¡Qué lástima! ¡Usted que se encontraba tan a gusto!

OLIMPIA. Pero ¿no volverá?

DON LAUREANO. ¿Cómo que no? De aquí no sale sin prometerlo.

OLIMPIA. Y ¿usted se va también, Emilio?

DON MANUEL. No, no, no: ¡Emilio, de ninguna manera! ¿Por qué he de ser yo tan egoísta que lo arranque de esta felicidad?

OLIMPIA. Y ¿no habría forma de ocultar que usted ha recibido el telegrama?

DON LAUREANO. En todo caso... Pero, no, no... Comprendo que eso no puede ser.

DON MANUEL. Imposible. Es gravísima la situación. Son muchos intereses pendientes de mí. Y que hay que conocer a Pizarroso, y que fijarse en el telegramita que me ha puesto. *Lo lee recargando las tintas.* «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro». Una Sociedad industrial de que soy director. «Sociedad en peligro. Junta el lunes». ¡El lunes, y hoy es sábado! «Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta.—Pizarroso.»

DON LAUREANO. Aprieta, aprieta Pizarroso.

DON MANUEL. (¡Como que se jugaba el destino!)

DOÑA ANICETA. *Saliendo por la puerta de la derecha como si le hubiera oído el pensamiento.* ¿Qué dice usted?

DON MANUEL. Nada, doña Aniceta. ¿Qué he de decir yo? Lo dice todo este telegrama. Entérese usted.

DOÑA ANICETA. Ya lo he oído.

DON MANUEL. ¡Adiós mis delicias de Valle Sereno; adiós mis madrugones ideales, con este buen amigo de la niñez; adiós mis conejitos amados; adiós mis perros y mis vacas; adiós mis puestecitas de sol; adiós mis partiditas de tresillo!... ¡Ay!

EMILIO. Tío, principio y fin quieren las cosas. No se acongoje ni entristezca más de lo justo. Usted prométanos volver, si puede, y usted volverá.

DON LAUREANO. ¡Claro que volverá! ¿Verdad que volverás, Manolillo?

DON MANUEL. ¡Sí!

EMILIO. Y sobre todo: ¿cuál fué su principal idea al venir a Valle Sereno? ¿No fué la de buscar para mí la salud del cuerpo y la del alma? Pues váyase tranquilo a Madrid, que una y otra las voy recobrando, y aquí me quedo yo dichoso y contento unos días más, por estar entre quien estoy... y por seguir respirando los aires puros de estos cerros y de estos valles, cuyo misterio he penetrado y cuya belleza ha sido mi mejor medicina. Váyase, váyase el tío satisfecho a aquel

bullicio de la corte, que aquí queda el sobrino saboreando a su placer la vida del campo, la descansada vida...

la del que huye el mundanal ruïdo
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, setiembre, 1907.
Madrid, febrero, 1908.

EL ÚLTIMO CAPÍTULO

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro de la Comedia el 19 de marzo de 1910.

A MATILDE MORENO,
tesoro de sentimiento y de gracia en una linda figura de mujer, sus admiradores devotísimos,

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA CHISPITA.....	Matilde Moreno.
JAVIER.....	Manuel González.
QUICO.....	Ernesto Vilches.

EL ÚLTIMO CAPÍTULO

Gabinetito modesto, pero coquetón, del cuarto que Javier le ha puesto en Madrid a una amiga íntima. Balcón a la derecha del actor y puerta al foro. Es de noche. Luces.

Javier, sentado indolentemente en una butaca, fuma. Parece preocupado, y lo está. A poco sale Quico, que viene de la calle, y se pone detrás de él contemplándolo socarronamente. Javier no advierte su presencia mientras no le habla.

JAVIER. *Suspirando.* ¡Ay!... Hasta que no va uno a dejarlas, no sabe bien todo lo que valen para uno... Pero no hay más remedio, no hay más remedio... *Se levanta y pasea. Quico lo sigue sonriéndose e imitando sus ademanes alguna vez.* Lo primero que debe un hombre es ser hombre, ser dueño de sí. ¡Pobre Chispita! ¡Tan buena, tan linda, tan graciosa!... ¡Qué diablo! Ya encontrará otro. *Quico se señala.* Fuera, fuera romanticismos y vacilaciones, propios de un pipiolo. Hemos llegado al último capítulo de la historia... y hay que dejar el libro. Quico tiene razón. *Quico da las gracias.* Tiene razón Quico. *Vuelve a dar las*

gracias. No cabe duda: Quico tiene muchísima razón. *Quico, negro de risa, ya no sabe qué hacer.* Él será todo lo sinvergüenza que se quiera...

QUICO. ¡Claro! Dime con quién andas...

JAVIER. *Sorprendidísimo*. ¿Eh? Pero ¿estás aquí?

QUICO. ¡Más me valiera estar en la calle!

JAVIER. ¿A qué has venido?

QUICO. Por lo visto, a oír que me llamaras sinvergüenza.

JAVIER. Y ¿cómo has entrado?

QUICO. Con el llavín de mi cuartito, que es hermano del de éste.

JAVIER. Pues no me hace gracia el parentesco. ¿Y es cómo no tienes vergüenza ninguna?

QUICO. Ni falta; ya lo sé. Y, sin embargo, no me cambio por ti. Porque hay dos clases de sinvergüenzas: el que sabe que no tiene vergüenza, como yo, y lo dice a las claras, y el que cree que la tiene, como tú, y no tiene ni pizca. Esos son los sinvergüenzas peligrosos.

JAVIER. Mira, Quico, no estoy de humor de chirigotas.

QUICO. ¿Qué me dices? ¿Ha habido ya... escena?

JAVIER. No ha habido nada.

QUICO. Pues ¿y la Chispita?

JAVIER. No lo sé.

QUICO. ¿Que no lo sabes?

JAVIER. Cuando he llegado, ya no estaba ella.

QUICO. ¿Voló? ¿Te la ha pegado?

JAVIER. ¡No seas estúpido!

QUICO. ¿Se olió el plato de gusto que le preparabas y ha preferido que te lo comas solo?

JAVIER. ¡No seas imbécil, Quico! La Chispita me quiere demasiado para sospechar siquiera lo que la aguarda. Eso es lo que me tiene de mal humor. ¡Pobre Chispita!

QUICO. Chico, chico, bien he hecho en venir. Estás *cotadísimo*. Veo que aún necesitas botonazos de fuego. ¡Cómo te conozco, Javier!

JAVIER. ¿Tú qué has de conocerme, infeliz?

QUICO. ¡Digo si te conozco!

JAVIER. Lo que es ahora no me conoces. ¿Tú sabes lo que yo quiero en este momento?

QUICO. Sí.

JAVIER. ¿Qué quiero? A ver.

QUICO. ¡Que yo tome la puerta!

JAVIER. ¡Eso mismo!

QUICO. ¿Ves cómo te conozco?

JAVIER. Sí, Quico, sí; la Chispita no ha de tardar seguramente, y como estoy dispuesto a concluir con ella esta misma noche, los testigos, aunque sean de confianza, como tú, me estorban.

QUICO. ¡Ah! pero ¿va de veras lo de concluir esta noche con la Chispita?

JAVIER. Y ¿tú presumes de conocerme? No se piensan tanto las cosas para no hacerlas luego. Al menos, yo. Negar que me duele, sería engañarme; pero no ver claro que debo hacerlo, sería

estar ciego del todo, y ciego no estoy. Ya buscaré un pretexto cualquiera. Aún no sé por qué callejuela he de salir. Porque en realidad no hay motivo alguno para este corte de relaciones; no hay más que mi convencimiento pleno de que el ideal amoroso de un hombre como yo, que ha vivido poco y ha soñado mucho, no debe morir entre las paredes de un cuartito puesto a una pajarita volandera.

QUICO. Bien; muy bien.

JAVIER. Prolongar la aventura es peligrosísimo o es cruel.

QUICO. Las dos cosas; y además, una botaratada. Hasta los frailes nos enseñan a dejarlo todo donde lo encontramos. Tú te encontraste a la Chispita en medio de la calle; ¡pues en medio de la calle la dejas, y en paz!

JAVIER. Y ¿qué fraile te ha enseñado a ti eso?

QUICO. ¡Me lo ha enseñado una comunidad! ¡Porque lo he aprendido bebiendo copas de benedictino! Nada, nada: ¡borrón y cuenta nueva! Mira, estas mujeres así, son como las zapatillas que uno se pone en casa para estar cómodo, dicho sea con perdón del sexo. Mientras estás en tu casa o entre amigos muy íntimos, bien van las zapatillas; pero ¿vas a salir con zapatillas a la calle? ¡No puede ser! ¡Te señalarían con el dedo, por insensato!

JAVIER. Quico, no seas grosero. Me molesta ese símil. Te lo he dicho más de una vez.

QUICO. ¡Porque las verdades amargan!

JAVIER. Bueno, bueno; anda, vete y déjame en paz, que no quiero que te encuentre aquí la Chispita. Sería exponerme a que esto no acabara esta noche, y te repito que estoy decidido.

QUICO. Siendo así, lo que haré será volver cuando lo crea oportuno.

JAVIER. ¿A qué?

QUICO. Eres un inocente. A llevarte de su lado con cualquier excusa. ¡Tú no sabes el trabajo que cuesta, en escenas de estas dificultades, salir por el foro! ¡Como se te abrace a las rodillas, estás perdido!

JAVIER. Eso sí. Y es verdad: tú puedes hacerme un gran favor.

QUICO. No lo dudes. Vendré alterado, descompuesto... fingiendo...—¿qué te diré yo?—cualquier cosa: lo que más las impresiona: un duelo de un amigo. Te llamaré aparte, sin darme cuenta de sus lágrimas... «Con permiso, Chispita...» Y que ella oiga entre medias palabras: «...Horrible... disgusto... ofensas... botellazo... sables... sin avanzar... padrinos...» Total: que nos vamos los dos sin más explicaciones, y ya en la calle... ¡la vida tiene otro color! Tú respirarás a tus anchas, me quedarás muy agradecido, me convidarás a *champagne*, como si lo viera... ¡y a otra! ¿Estamos?

JAVIER. *Maquinalmente.* Sí; lo que te parezca. Hasta luego.

QUICO. Hasta luego. *Vase cantando.*

Una morena y una rubia,
hijas del pueblo de Madrid...

Javier pasea preocupado. Un momento después llega la Chispita. Es una muchacha andaluza, del pueblo, zalamera y graciosa. Viene de abrigo y velo.

JAVIER. *Prestando oído.* ¿A ver? Sí. Ya está ahí ésa. Ha debido de encontrarse con Quico. Energía, Javier, energía. ¿Qué le diré para acabar pronto? *Se sienta y espera.*

CHISPITA. Hola, hombre. Mira que tengo mala suerte. Una noche que vienes tú más temprano, se me ocurre salí.

JAVIER. Ya, ya.

CHISPITA. *Quitándose el abrigo y el velo.* ¿Adónde va Quico tan aprisa?

JAVIER. ¡Qué sé yo! Pregúntaselo a él, si te importa.

CHISPITA. ¿A mí? Ya pué matarse por las escaleras. ¿Qué te pasa? *Javier la mira y no responde.* ¿Qué te pasa?

JAVIER. ¿Te parece poco llevar dos horas aguardándote?

CHISPITA. ¿Dos horas? No sabes cómo desirme lo que me quieres.

JAVIER. ¿Eh?

CHISPITA. ¡Se te vuerven horas los minutos!

JAVIER. ¿Sí, verdad?

CHISPITA. ¿En qué reló yevas tú aquí dos horas?

JAVIER. ¡En el mío!

CHISPITA. Pos no hagas huevos pasaos por agua con ese reló.

JAVIER. No tiene gracia el chiste.

CHISPITA. Otra vez será. Ven aquí, mar genio.

JAVIER. Déjame.

CHISPITA. Ven aquí, hombre, ven aquí; que luego te pesa si no vienes.

JAVIER. Déjame, déjame, Chispita.

CHISPITA. Ya estás dejao. A la fuersa, ni agua. Pero ¿se pué sabé si has comío macarrones? *Javier la mira con enojo.* Te lo pregunto, porque siempre que comes macarrones te sientan mal... y pago yo la digestión.

JAVIER. Debieras haber comprendido ya que en ciertos casos no valen conmigo chanzas ni zalamerías. Me disgustan profundamente.

CHISPITA. Tú sabes bien que soy muy torpe. Dispensa, ¿eh? Yo lo hasía con la mejor intensión; pero, descuida, que ya no te diré más chistes.

JAVIER. Mejor será.

Silencio. Él pasea y ella lo mira con curiosidad.

CHISPITA. *En tono tristemente cómico.* ¿Te has enterao de que er portero está con pormonía doble?

JAVIER. *Disculpándose después de haberse sonreído a su pesar.* ¿Ves tú? Eso tiene gracia.

CHISPITA. Hombre, ¿que er portero esté con pormonía tiene grasia? Cuando comes macarrones no hay quien te entienda. Hasta mala persona te vuerves.

JAVIER. Pues me vas a entender bien pronto.

CHISPITA. Eso es lo que yo quiero.

JAVIER. ¿Con quién has salido? *La Chispita sonríe.* ¿Con quién has salido, te pregunto?

CHISPITA. ¿No te lo figuras?

JAVIER. ¡No!

CHISPITA. ¿Que no te lo figuras?

JAVIER. ¡Te repito que no! ¡Basta de evasivas! ¿Con quién ha salido?

CHISPITA. *Contestando tranquila.* Me dijiste anteayé: «No me gusta que sargas más que con doña Carmen.» Pos con doña Carmen he salido. Con quien a ti te gusta que sarga, tonto.

JAVIER. ¡Falta que sea verdad todo eso!

CHISPITA. Doña Carmen pué desírtelo. ¿La yamo? Abajo está. Hemos dao por ahí una vuerta viendo los escaparates de las confiterías... y eya se ha quedao en su cuartito y yo he subido ar mío.

JAVIER. ¡Ah! vamos. Temí...

CHISPITA. Sí; como siempre.

JAVIER. ¡Como siempre o como nunca! El caso es que temí...

CHISPITA. Por lo que te engaño, será. ¡Ay, Ja-

vié! ¡Lo que yo daría por no verte nunca enfadao! Con ese genio te amargas la vía y me la amargas a mí sin queré.

JAVIER. Pronto dejaré de amargártela.

CHISPITA. ¿Qué dises?

JAVIER. Que pronto dejaré de amargártela.

CHISPITA. No me asustes. ¿Estás loco, Javié?

JAVIER. ¡Vas a volverme tú!

CHISPITA. Pero ¿a qué viene esto? ¿Te han entrao selos otra vez? ¡Por María Santísima! ¿Qué tienes? Si yo no te quisiera tanto, quisás me quisieras tú más. Quien más pone, más pierde. Por supuesto, que yo sé lo que tú maquinas. Desde que Fernando es amigo de la portuguesa, tú no hases más que compará y me tienes en menos. Y yo ¿qué vi a haserle? A mí no me pués lusí ni en er paseo ni en los teatros, porque me encasquetas un *chapiri* y estoy pa que me den dos tiros. Pero como te empeñes, a la portuguesa y a toas me las dejo yo atrás. Me vi a poné de plumas y de gasas, que te va a costá trabajo encontrarme. Y me vi a pintá como un cuadro al ólio. Y tocante a finura, ya verás finura. Tos los idiomas voy a hablarlos... pa podé desirte lo que te quiero en españó, y en fransés, y en inglés, y hasta en *esperándote*. *A una mirada de él.* ¿No se yama *esperándote* ese idioma nuevo que han inventao ahora pa desí toas las cosas de gorpe?

JAVIER. ¡Esperanto, mujer! ¡No desatines! ¡Hablas peor cada día!

CHISPITA. Se conose que er queré me traba la lengua.

JAVIER. ¡El querer! ¡el querer! ¡Siempre la misma vulgaridad! Malo es que se tenga esa palabra en los labios a todas horas.

CHISPITA. Hombre, *Romea* y *Julieto* no seremos tú y yo; pero tampoco...

JAVIER. Calla.

CHISPITA. Ya estoy como en misa.

JAVIER. *Tropezando con ella en sus paseos.* ¿Por qué no te me pones delante?

CHISPITA. *Yéndose a un rincón.* Ya estoy arrin coná.

JAVIER. ¡Dichoso cuartito! ¡Todos los muebles están por medio!

CHISPITA. Todos.

JAVIER. ¡No hay manera de pasearse!

CHISPITA. Pero que no hay manera.

JAVIER. ¡Me subleva que me lleven la corriente!

CHISPITA. Y a mí también.

JAVIER. ¡Prefiero la discusión, la disputa!

CHISPITA. Pos te yevaré la contraria.

JAVIER. ¿Sí, eh?

CHISPITA. ¡Claro! ¡Pa darte gusto!

JAVIER. ¡Estoy inaguantable esta noche!

CHISPITA. *Mimosa.* ¿Quién te lo ha dicho, simple? ¡Estás hecho un encanto!

JAVIER. ¡Chispita! ¿Tú te has empeñado en que peleemos?

CHISPITA. ¿Yo, verdá?

JAVIER. ¡Me parece!

CHISPITA. No, Javié; yo no quiero reñí contigo nunca. Ar contrario: er que quiere reñí conmigo eres tú, y buscas un motivo y no lo encuentras.

JAVIER. ¡Los tengo a millares!

CHISPITA. Pos ¿cómo no me has dicho ninguno?

JAVIER. ¡Porque si empiezo a hablar, va a estallar la tormenta! ¡Pero, en fin, que estalle! ¡Alguna vez había de ser!

CHISPITA. ¿Me pongo un pararrayos?

JAVIER. ¡No es ocasión de burlas, Chispita! ¡Hablo completamente en serio!

CHISPITA. ¡Y yo!

JAVIER. ¿Es cierto que ayer se pasó aquí la tarde Polito Galíndez?

CHISPITA. Tan sierto como que no te la pasaste tú.

JAVIER. ¡Eso es! ¡Y cuando yo no puedo venir, te buscas compañía!

CHISPITA. ¡La que tú me has buscao! Er día que no viene ése, viene otro. Yo estaba en la gloria sin conosé a tos tus amigos. Uno por uno me los has presentao tú.

JAVIER. No se trata de eso; no lleves la conversación por donde te conviene.

CHISPITA. Yévala tú por donde te convenga.

JAVIER. ¡El caso es que Polito se permite con-

fianzas que tú no le debías tolerar! ¡El caso es que Polito se jacta en el Casino de que te ha caído en gracia! ¡El caso es que me mortifica y me ofende que aquí venga Polito!

CHISPITA. Y ¿qué vi a haserle yo?

JAVIER. ¡Decirle sencillamente que no vuelva!

CHISPITA. ¿De palabra?

JAVIER. ¡O por escrito!

CHISPITA. ¡Ay, Javié! ¿Ves tú cómo te adivino los pensamientos?

JAVIER. ¿Eh?

CHISPITA. Vas a escuchá la carta que le he puesto a Polito y que le pienso mandá en cuanto te la lea.

JAVIER. ¿A Polito?

CHISPITA. Sí.

JAVIER. ¿A Polito?... ¿Una carta, tú?...

CHISPITA. Sí, hombre, sí. ¡Si parese que estoy por dentro de tu persona! Disiéndole que no vuerva más. Oye. *Saca de su mesita escritorio la carta a que se refiere, y se la lee a Javier, que la escucha perplejo.* «Señó don Polito Galínde: muy señó mío y amigo de Javié. A consecuensia de que he sabido de cómo usté dise por ahí, que eso no lo hase ningún hombre con un amigo...»—Le fartan las comas porque se las quiero poné con otra tinta —«... que yo, que soy la amiga de Javié, le gusto más a un amigo de Javié que a Javié, y eso es una infamia, porque si Javié se enterara de eso tendría yo un dijusto con Javié, a conse-

cuensia de que pa mí en er mundo no hay más hombre que Javié.» Creo que está bien puesta. Bueno, aquí un punto, y luego, entre paréntesis y con una rayita por debajo, le digo: «Por todo lo cuá y a consecuensia de todo esto, si no quiere usté que yo le dé con er portón en las narises, procure usté no vorvé por esta su casa. Su amiga, Manuela Martínez, la Chispita.» ¿Y ahora, qué me dises?

JAVIER. ¿Qué he de decirte, Chispa? ¡No pierdes ocasión de ponerme en ridículo!

CHISPITA. ¡Ah! ¿no te ha gustao?

JAVIER. ¿Cómo me ha de gustar semejante sarta de tonterías?

CHISPITA. Vaya, niño, que no hay manera de asertá. ¿Conque esta carta te pone en ridículo?

JAVIER. ¡Sí!

CHISPITA. Pos mira qué poco dura eso. *La rompe.* Cuando uno no quiere, dos no riñen.

JAVIER. Haces bien en romperla, hija de mi alma. Tú hablas mal, pero escribes peor.

CHISPITA. Oye, Javié: ¿es que me conosiste en el Ateneo?

JAVIER. ¡Bah! ¡No se te ocurren más que majaderías! ¡Estoy seco! ¡Estoy abrasado!

CHISPITA. ¿Quieres una copa de jeré?

JAVIER. ¡Jerez encima de la cena! ¡Ya se conoce que eres de pueblo!

CHISPITA. Perdona, alistócrata. ¿La quieres de *champán*?

JAVIER. ¿Tienes ahí *champagne*?

CHISPITA. Cuando te lo ofrezco...

JAVIER. ¿Que tienes ahí *champagne*?

CHISPITA. Una dosena de boteyas. Y de tu marca: de *Moé*.

JAVIER. ¡Muy bonito! ¡Camino de sorpresa en sorpresa! ¿En eso gastas el dinero? ¡Para un día que de higos a brevas se me ocurre beber *champagne*, compras una docena de botellas! ¿Tú te crees que yo tengo mi dinero para tirarlo?

CHISPITA. ¿Has acabao ya?

JAVIER. ¡Lo que es si seguimos así!...

CHISPITA. ¿Has acabao ya? Porque voy a arvertirte una cosa. Las dose boteyas de *Moé* que tan mar te ha sentao sin probarlo, me han costao dos pesetas en una rifa. Por los cascos vasíos me dan tres pesetas después. Conque tenemos *champán* pa dos meses y una peseta de ganansia. ¿Te arruino?

JAVIER. Dos pesetas en una rifa... doce botellas de *champagne*...

CHISPITA. Sí; dos pesetas. María la peinadora me trajo las cartas. Le tocó a la sota de oro. ¿Tengo o no tengo suerte?

JAVIER. Indudable.

CHISPITA. Pos mucha más tiene tú conmigo. Na más con lo que yo te ahorro...

JAVIER. Sí; te podría comprar un automóvil.

CHISPITA. Me lo podrías comprá, pero no lo quiero. ¡Qué peste de automóviles! ¿Adónde va

una tan aprisa? Mía lo que le susedió la otra noche ar de la portuguesa.

JAVIER. ¿Qué le sucedió? No sé nada.

CHISPITA. Que en mitá de la carretera der Pardo se le rompió un *reumático*, y tuvo que pasá la noche ar sereno. Habría que verla al amanesé con toa la pintura mojá y toas las plumas alicaías.

JAVIER. No critiques.

CHISPITA. Bueno, ¿tomamos esa copa, sí o no?

JAVIER. No es este momento oportuno. El *champagne* requiere alegría, y yo, Chispita, no la tengo esta noche. Todo lo contrario: estoy muy triste. De ahí mi mal humor. Ya has podido notarlo.

CHISPITA. Ahora sí que me asustas, Javié. ¿Qué tienes?

JAVIER. Chispita, ¿a qué retardar lo inevitable? Esta aventura amorosa nuestra ha llegado a su fin: estamos en el último capítulo. ¿Comprendes?

CHISPITA. ¡Javié!

JAVIER. Lo que oyes. Es más noble que te hable así que no andar buscando pretextos ridículos de pelea. Esto no puede ser; esto no debe ser; esto hay que cortarlo.

CHISPITA. ¿Te va tan malamente?

JAVIER. Por lo bien que me va hay que cortarlo. Tú quizás no lo entiendas, pero es así.

CHISPITA. ¡Rasón tenía la mujé que me echó las cartas er domingo!...

JAVIER. Déjate ahora...

CHISPITA. Mía tú si ha salío: me dijo que te gusta una señorita morena con lunares, y que vas a casarte muy pronto. ¿Es verdá? *Javier no contesta.* ¿Es verdá, Javié?

JAVIER. Es verdad.

CHISPITA. *Llorando.* ¡Condenao sino er nuestro! Enseñamos a los hombres a queré... pa que luego se los yeve otra. Menos má que siempre nos queamos en un laíto.

JAVIER. No, Chispita: no llores. Es que la vida no es como nosotros quisiéramos hacerla. Es que la sociedad... es que la posición que uno ocupa...

CHISPITA. No te molestes en seguí. To lo que tú me digas, y más, lo sé yo sin haberlo oído nunca. Como me encontraste, me dejas. Si me hubieras encontrao de otro modo, no me dejarías. ¿Es eso?

JAVIER. Eso es, Chispita; eso es.

CHISPITA. ¿Ves tú? No es que no me quieras; es que no me quieres queré. Esa justisia te la hago. Porque tú me quieres, Javieriyo. ¿Verdá?

JAVIER. ¡Te quiero; sí!

CHISPITA. Con eso me conformo. Yo soy muy rasonable; tú me conoses. La portuguesa, er día que la deje Fernando, tendrá cuarenta arferesías, y no habrá pa eya tila ni éte en to Madrí. Ya ves lo distintas que somos. Yo echo unas lagrimitas—pocas, pa que no sufras tú—, y te digo

lo que nunca podías esperá que te dijera: que hases bien en dejarme.

JAVIER. ¿Que hago bien, me dices? ¿Por qué hago bien?

CHISPITA. ¡Ay! Porque los hombres naséis pa muchas, y las mujeres pa uno solo. Y tú no eres er mío. Si lo fueras, no yevarías ya un mes como yevas cavilando de qué forma has de acabá con la pobre Chispita. ¿Crees que no lo he visto? Y así tiene que sé: ca uno por su verea. Pa ti las carisias de otra... y pa mí despedirme de las tuyas. Cásate, Javieriyo, cásate: tiene que habé en er mundo una mujé que sea pa ti solo. Tú te lo mereses.

JAVIER. ¡Qué buena eres, Chispita! Eres impagable.

CHISPITA. Muy buena, sí; pero ya sin remedio en er mundo. ¡Eres tú el hombre que más me ha querío... y me dejas! *Silencio.* ¿Sabes lo único que te pío?

JAVIER. Tú dirás.

CHISPITA. *Entre lágrimas.* Que elijas bien; que no te siegues por er dinero, como tantos amigos tuyos, y vayas a cargá con una mona der Retiro; que te cases con una mujé que varga la pena, pa que cuando te vean der braso de eya por ahí, puea desí la gente: «—Hombre... dejó a la Chispita... ¡pero vaya una mujé que yeva a su lao!» No te pío más que eso, Javié... na más que eso... Me paese que no es ninguna penitensia de márti.

JAVIER. Bien, bien... Cálmate, Chispita... No llores...

CHISPITA. ¿Cómo no vi a yorá?

JAVIER. Mujer, esto no es para hoy ni para mañana...

CHISPITA. Pa mí, da lo mismo. Peó, cuanto más tiempo pase.

JAVIER. ¿Por qué ha de ser peor?

CHISPITA. Porque vale más sufrí er gorpe de pronto. Yo prefiero que se me haga peasos en un istante el espejito en que me miro, a está viendo que se le va el asogue poquito a poco.

JAVIER. Razón tienes; sí. Eso es una tortura.

CHISPITA. ¿Estás yorando tú?

JAVIER. No.

CHISPITA. Sí; sí estás yorando.

JAVIER. Te digo que no.

CHISPITA. ¡Jesús con los hombres! Una vez que podéis yorá con motivo, lo ocurtáis como un crimen.

JAVIER. No, Chispita; si lo que me ocurre es que yo... yo...

CHISPITA. ¿Tú... qué?

JAVIER. Yo...

CHISPITA. ¿Quiés que yo te lo diga?

JAVIER. ¡No quiero! ¡Lo vas a escuchar de mi boca! *Entregándose a sus sentimientos.* La verdad, Chispita, la verdad: yo no sé si tú eres la mía ni si yo soy el tuyo; pero sé que a tu lado estoy muy bien; que no tengo novia, ni ganas; que no

me caso por ahora; que me casaré Dios sabe cuándo; que todo cuanto aquí he urdido pugna con lo que siento, porque es hijo de una reflexión tormentosa, estúpida, necia; que no me da la gana de que llores más... ¡y que ahora mismo vamos a bebernos las doce botellas de la rifa!

CHISPITA. *Rebosando alegría.* ¿Sí, eh? ¿Qué me dises, chiquiyo? ¡Ganas me dan de pegarte un tiro, por perro!

JAVIER. ¡Pégame los tiros que quieras!

CHISPITA. *Con pórvora de mis ojos,*
con balas de mis suspiros...

como dise esa coplita que te gusta tanto.

JAVIER. ¡Ja, ja, ja!

CHISPITA. Y ¿pa acabá de este modo me asustaste con que éste era el úrtimo capítulo de la novela?

JAVIER. Es que creí sinceramente que lo sería.

CHISPITA. Pos mira, pa que te sargas con la tuya, vamos a que sea el úrtimo capítulo... der tomo primero.

JAVIER. ¡Malo es que empiece a tener tomos!

CHISPITA. ¿Malo? ¡Ajolá tenga tantos como la Historia'España que tú me trajiste, que no se acaba nunca!

JAVIER. *Abrazándola.* ¿Me quieres?

CHISPITA. *Con coraje.* ¡No! ¿Y tú a mí?

JAVIER. *Imitándola.* ¡Tampoco!

Llega Quico fingiendo gran alteración a cumplir el programa.

QUICO. Buenas noches.

CHISPITA. ¡Hola!

JAVIER. ¿Tú aquí?

QUICO. Con permiso, Chispita. Óyeme dos palabras, Javier. *Se lo lleva aparte.* Chico, no sabes... ¡Un horror! Disgusto... botellazo... sables... sin avanzar... padrinos... ¡Un horror!

JAVIER. No te entiendo.

QUICO. *Guiñándole.* Hombre, sí. ¡Te digo que un horror! Disgusto... botellazo... sables... sin avanzar... padrinos... ¡Un horror!

JAVIER. Mira, Quico: hay circunstancias en la vida en que una pluma en el aire estorba: excuso decirte un amigote pelma, impertinente y gorrón.

QUICO. ¿Cómo?

CHISPITA. ¡Ah! pero ¿viene usté a yevárselo?

JAVIER. ¡A eso viene el muy majadero!

QUICO. ¿Eh?

CHISPITA. Vamos, vamos, ande usté de aquí, carcomanía. Esta noche sena conmigo. Y a los dos se nos indigestan los boquerones.

Se ríen ella y Javier.

QUICO. ¿Ah, sí? ¿En qué sentido me ha llamado usted boquerón?

CHISPITA. Menos en er de *salao*, en tos los que usté guste.

QUICO. ¿Es decir, que estorbo?

JAVIER. Hombre, te lo ha dicho ella, te lo he dicho yo... y te ha ladrado la perra al entrar...

Vuelta a la risa de los amantes.

QUICO. Está bien. Me voy. Me voy.

JAVIER. ¡Y si no, quédate! ¿No te parece, Chispa? *Se sienta junto a ella decidido a todo.*

CHISPITA. ¡Por mí, que se quede!

QUICO. Repito que me voy. No soy hombre que aguanta situaciones embarazosas. Me voy. Me voy. ¡Me voy al comedor, porque sospecho que habrá cuchipandilla! *Vase resueltamente.*

Nuevas risas de la Chispita y de Javier a costa de Quico, y un beso... para las compañías extranjeras.

JAVIER. ¡Es capaz de beberse él solo las doce botellas de *champagne!*

CHISPITA. Hasta onse, lo dejo; pero la que hase dose... ¡ésa nos la bebemos sin testigos tú y yo! *Al público:*

Disen los sabios autores
que si er cariño es verdá,
ar libro de los amores
no se le encuentra er finá.

FIN

Madrid, febrero, 1909.

LAS DE CAÍN

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada el 3 de octubre de 1908 en los TEATROS DE LA COMEDIA ELDORADO, SAN FERNANDO Y ROSALÍA DE CASTRO, de Madrid, Barcelona Sevilla y Vigo respectivamente.

Al insigne maestro de la novela y del teatro,

DON BENITO PÉREZ GALDÓS,

sus apasionados admiradores y devotísimos amigos,

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ELVIRA HORCAJO DE CAÍN	Irene Alba.
ROSALÍA	Nieves Suárez.
MARUCHA	Concha Ruiz.
ESTRELLA	Mercedes Pérez de Vargas.
AMALIA	María Carbone.
FIFÍ	Esperanza Bedoya.
DOÑA JENARA	Julia Martínez.
BRÍGIDA	Ana Quijada.
DON SEGISMUNDO CAÍN Y DE LA MUELA	José Santiago.
EL TÍO CAYETANO	Rafael Ramírez.
ALFREDO	Manuel González.
MARÍN	José Calle.
PEPÍN CASTROLEJO	Ernesto Vilches.
TOMÁS	Juan Catalá.
UN GUARDA	Pedro Zorrilla.
EMILIO VÁZQUEZ	Antonio Suárez.
UN BARQUILLERO	Emilio Ruiz Santiago.
UN LACAYO	N. N.
UN POLLITO	Emilio Ruiz Santiago.

En Barcelona, Sevilla y Vigo estrenaron esta comedia, respectivamente, las compañías de Balaguer y Larra, Rosario Pino y Emilio Thuillier, y Carmen Cobeña.

LAS DE CAÍN

ACTO PRIMERO

Pequeña glorieta entre las alamedas frondosas de un paseo público, en Madrid. Tres bancos: dos de ellos, en el primer término de la derecha y en el de la izquierda, y el otro, al foro. Es por la mañana, en el mes de abril.

Tomás está sentado en el banco de la derecha del actor, estudiando en unos apuntes. Es un jovenzuelo de la clase media, que viste sencillamente y sin aliño alguno.

TOMÁS. *Después de un rato de lectura.* ¡Qué pesado es esto!... ¡Qué opio!... ¡Lo que me importará a mí que paguen o no paguen derechos de aduanas las esponjas! *Deja los apuntes sobre el banco, y se pone a cantar una cancioncilla ligera, para explayar su espíritu.*

El Guarda del paseo sale por la izquierda y se dirige a él.

GUARDA. Buenos días, señorito.

TOMÁS. Buenos días.

GUARDA. Usté despense una pregunta.

TOMÁS. Si no ha de ser del programa, venga.

GUARDA. ¿Esas señoritas, usté me comprende, que vienen e esta glorieta muchas mañanas, y que ayer también estuvieron, me comprende usté, sabe usté si han perdido aquí alguna cosa?

TOMÁS. Hombre, sí: echaron de menos un abanico.

GUARDA. Un abanico. ¿Usté lo conoce?

TOMÁS. Es posible.

GUARDA. A ver si es éste por un casual. *Le da uno que trae guardado.*

TOMÁS. Sí, señor: éste es. Tiene aquí el nombre de la dueña.

GUARDA. Pues si el señorito quiere hacerme el favor de entregárselo...

TOMÁS. ¡Ya lo creo! Y muchas gracias.

GUARDA. No las merece, señorito. Es el deber de uno, en concencia. Porque si uno, ¿usté me comprende? se encuentra una cosa que no es suya, ¿me comprende usté? uno, ¿usté me comprende?...

TOMÁS. ¡Vaya si lo comprendo a usted! *Le da una propina.* Tome para unos cigarrillos.

GUARDA. Se estima. No quería yo nada; pero se estima. Porque ya sabe el señorito que lo que caiga en mis manos seguro lo tiene. Lo mismo le entrego a usté esa porquería de abanico que una alhaja de precio.

TOMÁS. Ya, ya.

GUARDA. *Mirando hacia la derecha del foro.*

¡Anda con Dios! ¡Qué bestias son algunas! Y no es criticación.

TOMÁS. ¿Por qué lo dice?

GUARDA. ¡Arrepare usté en aquella niñera! Ya se sentó en el verde. Ni que la regañe ni que no, toas las mañanas ha de hacer lo mismo. ¡Al verdel Paece que en lugar de chicos trai borregos. *Chillándole y yéndose hacia ella.* ¡Eh! ¡Señora! ¡Que no está usté en su casa! ¡Señora!

Por la izquierda del foro llega Pepín Castrolejo, antes que desaparezca el Guarda. Es un gomosillo adinerado, de poquísimo fósforo en la mollera y con pretensiones de hombre de mundo.

PEPÍN. Hola, Tomás.

TOMÁS. Hola.

PEPÍN. ¿No han venido las niñas todavía?

TOMÁS. Todavía no.

PEPÍN. Bueno, vamos a ver: ¿cuál es el *colmo...*?

TOMÁS. Hombre, ¿ya empieza usted con *colmos* y con chistes?

PEPÍN. ¡Si no tengo otra cosa que hacer! Éste me ha desvelado toda la noche. Se me ocurrió al meterme en la cama, y no lo he podido dejar. ¿Cuál es el *colmo...*? No; no... Por más que sí... ¿Cuál es el *colmo* de la costurera interesada?

TOMÁS. ¡Qué sé yo!

PEPÍN. Fíjese usted, hombre: el *colmo* de la costurera interesada.

TOMÁS. No lo acierto; no.

PEPÍN. ¡Hacerle el amor a un guarda-agujas! ¡Jeeeee! *Se ríe de una manera muy peculiar, como siempre que tiene algún chispazo de ingenio.*

TOMÁS. ¡Vamos!

PEPÍN. Esta tarde lo digo en el Círculo y me tiran por el balcón. ¿Y usted estaba estudiando?

TOMÁS. Por matar el tiempo, mientras viene la novia...

PEPÍN. ¿Se prepara usted para Aduanas, eh?

TOMÁS. Todos los años me preparo para alguna cosa. Pero no me presento nunca. Usted calcule: siempre son tres o cuatro mil opositores y cuatro o cinco plazas... ¿Y va a estar una de las cuatro o cinco esperando a que yo llegue y la coja? ¡Eso es soñar despierto!

PEPÍN. Entonces, ¿para qué se prepara usted?

TOMÁS. Si en realidad no me preparo: hago que estudio, por no disgustar a mi madre. Y me dedico a hablar con la novia. En la vida se aprende más que en los libros.

PEPÍN. ¡Oh! ¡Qué peste de libros! Los libros son para los sabios. Yo, gracias a Dios, acabé ya mi carrerita, y no perderé la vista leyendo, como no sean novelas verdes. ¡Jeeeee!

TOMÁS. ¿Qué carrera tiene usted?

PEPÍN. ¡Vaya una pregunta! La de abogado. Me consiguió papá un pase de ferrocarriles, y he visto todas las Universidades de España. Lo que yo le decía a papá: ¡esto sí que es una carrera! ¡Jeeeee!

TOMÁS. Como que no se puede estudiar. Y menos cuando se acerca mayo, que es cuando suele hacer más falta. ¡Se pone Madrid que no hay quien coja un libro! ¡Qué cielo! ¡Qué muchachas! ¿Qué tal lleva usted sus pretensiones?

PEPÍN. Viento en popa a toda vela. Yo de leyes no sabré, pero de estos lances...

TOMÁS. Donde tiene usted que venir es a la casa, por las noches. ¡Son unas tertulias deliciosas!

PEPÍN. ¿Sí, eh? ¿Se juega al escondite?

TOMÁS. Se juega, se juega. Y cuidado que la mamá se cala a lo mejor las gafas negras, y no sabe usted cuándo lo está mirando.

PEPÍN. ¡Jeeeee! ¡Lo que me gustan a mí esos detalles! ¿Qué tiempo lleva usted de relaciones con Amalia?

TOMÁS. Cinco o seis meses. La pretendí por no estudiar; entré en relaciones con ella por no estudiar... y vengo aquí algunas mañanas y voy a su casa de noche, por no estudiar.

PEPÍN. Pues yo, la verdad, amigo—confianza por confianza—, me he acercado al río por ver lo que se pesca, naturalmente. No se vaya usted a figurar que soy tan tonto como para tomarlo en serio.

TOMÁS. ¡Ah! pues viva usted alerta.

PEPÍN. ¿Alerta?

TOMÁS. ¿Usted no tiene noticias de esa familia?

PEPÍN. Muy pocas. Sé que don Segismundo, el papá—¡qué gran tipo!—es profesor de lenguas vivas, y que las niñas son muy cursilitas, las pobres.

TOMÁS. Pues veo que está usted en ayunas. ¡Las de Caín son famosas en todo Madrid! Mire usted, es tradicional: muchacho que entra en aquella casa, ése ya no sale soltero.

PEPÍN. ¡Carambal

TOMÁS. Así, así. Las hermanitas eran ocho. Pues sólo en el año pasado se casaron tres.

PEPÍN. ¿Y usted no tiene miedo?

TOMÁS. Yo, ninguno. Si fuera un partido, lo tendría; ¡pero si soy una calamidad! Sin dinero, sin carrera, sin ganas de estudiarla, ¿qué padre me va a querer a mí para una hija? Sobre que, en último caso, lo mismo se me da casarme que no casarme: ¡con tal de no hacer oposiciones, todo va bien!

PEPÍN. ¡Ay, qué gracia!

TOMÁS. Pero usted, que es hombre de cuartos, y de posición, y de... ándese con ojo.

PEPÍN. No sea usted criatura, Tomás. Bueno, como usted apenas me conoce, no sabe la clase de punto que soy yo. Pregúnteles usted a los camareros de la Bombilla. ¿Qué apostamos a que hoy me declaro a la niña ésa... y el mes que viene ya he pasado del primer capítulo?

TOMÁS. Usted allá.

Se presenta por la derecha del foro, paseando reposadamente, el tío Cayetano. Es un señor omnipotente, que está hueco. A un pájaro que mire en la rama, es para brindarle protección. Viste bien, pero a gusto del sastre. A pocos pasos lo sigue un Lacayo, con un gabán de entretiempo al brazo.

Tío Cayetano. *Reparando en Tomás.* ¡Oiga! ¡Qué encuentro más inesperado! ¡Tomasillo!

Tomás. *Acercándosele.* ¡Señor don Cayetano! ¿Cómo está usted?

Tío Cayetano. Bien, ¿y tú, perillán?

Tomás. ¡Se vive! A dar un paseíto, ¿no?

Tío Cayetano. Y a tomar mi vaso de leche. Yo, desde que entra abril, ya se sabe: como se me ocurra pasear alguna mañana, no perdono mi vaso de leche. ¿Y tú?

Tomás. Esperando a la novia.

Tío Cayetano. Me lo había figurado. Yo también he tenido tu edad.

Tomás. Suele venir toda la familia algunas mañanas, y nos apropiamos esta glorieta, que está muy agradable.

Tío Cayetano. Eso iba yo a decirte, que está muy agradable esta glorieta. Luego volveré yo por aquí a saludar a los parientes. *A Pepín.* ¿Usted es hijo de mi amigo Manolo Rebolledo?

Pepín. No, señor; no tengo ese gusto.

Tío Cayetano. ¡Pues se le parece usted muchísimo!

Tomás. Creí que se conocerían ustedes. *Pre-*

sentándolos. Don Cayetano de la Banda. Pepín Castrolejo, como se le llama en todas partes.

TÍO CAYETANO. ¡Ah! ¡Castrolejo! ¿Es usted hijo de mi amigo Pepe Castrolejo?

PEPÍN. Servidor de usted.

TÍO CAYETANO. ¡Pues también se le parece usted muchísimo! *Dándole la mano.* Puede usted mandarme como quiera. Y tú, Tomasillo, a ver cuándo me pides un favor, que me eres muy simpático.

TOMÁS. Gracias.

TÍO CAYETANO. ¿Gustan ustedes de tomar conmigo mi vaso de leche?

PEPÍN. Gracias.

TOMÁS. Muchas gracias.

TÍO CAYETANO. Mandar.

Se va por la izquierda, seguido del pobre Lacayo.

PEPÍN. ¿Quién es este pavo real, compañero?

TOMÁS. Supuse que se lo sabría usted de memoria. Éste es el famoso tío Cayetano.

PEPÍN. ¡Ah!

TOMÁS. ¿No le ha oído usted nunca a doña Elvira hablar del corazón del tío Cayetano?

PEPÍN. Sí, hombre, sí.

TOMÁS. Pues ahí lo tiene usted.

PEPÍN. ¡Qué bombos le da doña Elvira a toda la familia! ¡Jeeeee!

TOMÁS. ¡Ah, sí! Y ¡qué besos! Este fantasmón es hermano de una cuñada de ella, y hombre in-

fluyente; tan influyente como rico. Fué ministro un cuarto de hora. Tomándose medida del uniforme le sorprendió la crisis.

PEPÍN. ¡Jeeeee!

TOMÁS. Le engorda, como habrá usted notado, proteger al prójimo, y para las sobrinas es una verdadera lotería. La historia de todos los solterones. Siempre que usted les vea trapitos nuevos o alguna alhajilla, atribúyaselos al tío Cayetano. Porque las lecciones de idiomas de don Segismundo, y las traducciones de novelas, no dan para ciertos perfiles.

PEPÍN. Allí vienen. Las cinco hermanas, el papá y la mamá.

TOMÁS. Sus futuros suegros de usted.

PEPÍN. ¡Un demonio! ¡La trampa en que haya de caer yo, no se ha fabricado todavía! ¡Jeeeee!

TOMÁS. ¿Vamos a salirles al encuentro?

PEPÍN. Vamos.

Se van por la derecha. El Guarda aparece en dirección opuesta y se cruza con ellos. Viene liando un cigarrillo.

GUARDA. ¡La pacencia que es menester pa ser guarda de un paseo público! Cuando no son niñeras, son amas, y cuando no son amas, son estitutrices. Pero ¡anda! que to se pué pasar bien menos los edilios. ¡Los edilios me atacan la bilis! Y esta que viene aquí es la familia de los edilios. ¡Pacencia! Haber nacío estatua, que ésas lo ven to tranquilamente.

Se marcha por el foro, volviendo la cara hacia la derecha.

Llega, en efecto, la anunciada familia de los «edilios»: don Segismundo Caín y de la Muela, doña Elvira Horcajo de Caín y sus bellas hijas Rosalía, Marucha, Estrella, Amalia y Fifí. Las cinco visten sombreros y trajes de la misma forma. Rosalía y Marucha, de un color, y las otras, de otro. Todo ello cuidadito y pulcro: sin pretensiones; nada cursi.

La mamá, que frisa con los cuarenta y cinco años, se retoca y acicala todo lo que puede, dentro de su modestia. Aunque ha tenido ya ocho hijas, se conserva tan tiesa y firme, que bien pudiera tener otras ocho.

El señor Caín pasa de los cincuenta. Su rostro es bonachón y dulce; más bien que de Caín, parece de Abel. Usa chaqué, bongo de copa plana, botines y unos pantalones bien anchos. En la mano izquierda trae un libro y varios periódicos, y en la diestra un bastón, regalo del tío Cayetano.

Tomás vuelve de palique con Amalia, y Pepín Castrolejo con Estrella. Estos últimos ríen más que hablan. Los unos se sientan a poco en el banco de la derecha, y los otros, en el de la izquierda. Don Segismundo y doña Elvira, en el del foro.

ROSALÍA. *Como buscando a alguien.* Pero ¿se ha escondido ese tonto?

TOMÁS. ¿Quién?

ROSALÍA. Alfredo.

TOMÁS. ¿No le he dicho a usted que no ha venido aún? ¿Piensa usted que es broma?

MARUCHA. *En un tono mimosito, lleno de malicia y coquetería, que es característico en ella.* La tiene tan mal acostumbrada...

DON SEGISMUNDO. *Recreándose en las enamoradas parejas.* ¡Ay, ay, ay!

Au corps sous la tombe enfermé
que reste-t-il? D'avoir aimé
pendant deux ou trois mois de mai.

¿No te parece, Elvira?

DOÑA ELVIRA. No te he entendido, Segismundo.

TOMÁS. Ni yo tampoco. ¿Es latín?

DON SEGISMUNDO. *Siempre lisonjero con el prójimo que le conviene.* ¡Ja, ja! ¡Donosa pregunta! ¡Latín! *Traduciendo.* «¿Qué le queda al cuerpo en la tumba? Haber amado durante dos o tres primaveras.» ¿Es oportuna la cita, sí o no?

PEPÍN. ¡Extraordinariamente oportuna!

TOMÁS. ¡Ya lo creo que lo es!

ESTRELLA. Salvo lo de la tumba, papá; que no viene a nada.

ROSALÍA. *Impaciente.* Pero ¿y Alfredo? ¿Qué le habrá sucedido a Alfredo?

DOÑA ELVIRA. Mujer, ya sabes que no falta

jamás. Alguna razón habrá tenido el chico para retrasarse.

DON SEGISMUNDO. Poderosa habrá sido seguramente; porque a Alfredo lo comparo yo con Amadís de Gaula. *Se dedica a leer sus periódicos.*

MARUCHA. Anda tú, Rosalía; no pienses más en Alfredo; ya vendrá Alfredo. Vamos a dar un paseíto hasta la Fuente. No me digas que no.

ROSALÍA. ¡Vamos hasta la Fuente! Y si llega Alfredo mientras tanto, que me aguarde ¿No lo estoy esperando yo a él?

MARUCHA. ¿Vienes con nosotras, Fifí?

FIFÍ. *Sollozando y acompañando su negativa con movimientos de cabeza.* No... que no voy...

MARUCHA. ¿Por qué?

FIFÍ. Porque... no... no voy...

ROSALÍA. Pero ¿qué te pasa, Fifí?

FIFÍ. Que antes... antes... me dijo Marucha... que no me quería...

MARUCHA. ¡Pero te lo dije de broma!

ROSALÍA. ¡Pues claro! No seas tonta, Fifí.

MARUCHA. Acompáñanos, y por el camino te diré que te quiero más que a ninguna.

FIFÍ. Entonces... vamos.

ROSALÍA. Vamos, vamos.

DOÑA ELVIRA. No os alejéis mucho. Hasta la Fuente nada más.

TOMÁS. *Levantándose un momento del lado de su novia.* ¡Ah! Maruchita.

MARUCHA. ¿Qué?

TOMÁS. El abanico que había usted perdido.

MARUCHA. ¿Pareció?

TOMÁS. El guarda lo tenía. Me he estado abanicando con él, y me ha contado dos o tres secretillos.

MARUCHA. ¿Míos?

TOMÁS. De usted. Y que pican que rabian.

MARUCHA. ¡Ay, qué malo es usted, Tomás! Amalia, tu novio es muy malo; me está diciendo cosas malas. Dile que no me diga cosas malas.

AMALIA. ¿Qué te ha dicho?

TOMÁS. La verdad: que su abanico me ha contado unos cuantos secretos terribles.

AMALIA. ¡Pues sí que hay para mandarte a presidio!

MARUCHA. Es muy malo, muy malo. Ten cuidado con él, que es muy malo.

ROSALÍA. Y tú eres tan tonta como Fifí. Deja en paz a ésos, y vente. *A Fifí.* ¡Anima tú esa cara, chiquilla! ¡Jesús, qué pavisosa! ¿A que no me alcanzáis? *Echa a correr y se va por la izquierda.*

MARUCHA. ¿A que sí? *Corre tras ella vivamente.*

FIFÍ. *Afligidísima.* ¡Papá... papá!... ¡Que me dejan sola!

DON SEGISMUNDO. Pues, hija, corre; que tú estás en la edad más que ellas.

DOÑA ELVIRA. ¡Pobrecita mía! Ven acá, Fifí; ven acá. Ven que te abroche este automático de

la falda. *Lo hace.* Y ahora dame un beso. *La besa con gran efusión, como siempre que besa esta señora.* Ea, corre con tus hermanas. *Fifí se va sin alterarse grandemente.* ¡Ángel mío! ¡Qué corpachón ha echado! Y ¡qué monísima está! ¡Qué mona! ¿Verdad, Segis?

DON SEGISMUNDO. Muy mona, muy mona.

DOÑA ELVIRA. ¡Y tan inocentita como se conserva! *Saca las gafas negras de que Tomás ha hablado, y se las cala, por si las novias y los novios no son ya tan inocentes como Fifí.* ¡Jesús! ¡Cómo me molesta el resol!

DON SEGISMUNDO. Elvira, tienes que cuidarte esos ojos, que me trastornaron un tiempo.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay!... ¡Qué tiempo, Mundo!

DON SEGISMUNDO. No evoques...

TOMÁS. *Bajo, a Amalia.* Ya se caló tu mamá las gafas negras, y ya estoy yo nervioso.

AMALIA. Simple, si se las pone para ver menos.

TOMÁS. Sí, sí.

AMALIA. Pero qué poco galante eres.

TOMÁS. ¿Por qué?

AMALIA. Porque traigo el peinado que a ti te gusta, y no me has dicho una palabra.

TOMÁS. ¡Es verdad! Perdóname.

AMALIA. ¿Me está bien?

TOMÁS. ¡Te está para comerte!

AMALIA. ¿Y las uñas? Míralas: parecen espejos. Puedes verte en ellas.

TOMÁS. ¡Como que dan ganas de comerse los deditos con chocolate!

AMALIA. Chico, ¡qué hambre tienes!

TOMÁS. En cuanto te veo se me despierta.

AMALIA. Pues mucho cuidado con las gafas negras de mamá.

Atraviesa el Guarda de izquierda a derecha, mirando con indignación contenida a los tres grupos.

PEPÍN. Vamos a ver: ¿cuál es el *colmo* de la dicha de un pretendiente?

ESTRELLA. *Con vehemencia y cierta afectación nerviosa de que hace siempre gala.* ¡Ay, por Dios, Pepín, cállese usted ya! Es usted incansable. ¿Cómo ha dicho usted?

PEPÍN. El *colmo* de la dicha de un pretendiente.

ESTRELLA. No caigo; soy muy torpe.

PEPÍN. Pues que le dé su pretendida un *sí*... con colmo. ¡Jeeeee!

Se ríe según costumbre, y ella lo secunda como si en efecto hubiera dicho una gracia.

ESTRELLA. ¡Jesús, qué diablo de hombre! ¡Qué cosas idea! Estoy ya mala de reír. Y yo me temo: cuando me pongo a reír así, me temo. En el teatro, como lo que den sea de risa, llamo la atención. Me temo; me temo. Soy tan nerviosa, ¿sabe usted?... que no sé contenerme. Me temo.

PEPÍN. Dichoso yo, que le he caído a usted tan en gracia.

ESTRELLA. Sí, por cierto; me es usted muy simpático.

PEPÍN. Todo se pega, ¿no?

ESTRELLA. Y le advierto a usted que traía poquísimas ganas de risa. Si no es porque usted me esperaba, no vengo hoy.

PEPÍN. ¿Y eso?

ESTRELLA. He pasado una noche muy mala.

PEPÍN. Pues que sea enhorabuena.

ESTRELLA. ¿Enhorabuena?

PEPÍN. Si la noche era *mala*, y la ha *pasado* usted... ¡Ojalá me ocurriera a mí lo mismo con un duro que nadie me toma! ¡Jeeeee!

Vuelta a la risa de los dos.

ESTRELLA. *Levantándose de pura admiración.* ¡Es usted de lo que no hay! ¡Papá, papá: le digo a Pepín que he pasado muy mala noche, y me felicita porque era mala y la he pasado! ¡Como si fuera una moneda! ¡Ja, ja, ja!

DON SEGISMUNDO. *Dándose con los dedos de una mano en el dorso de la otra, en son de aplauso.* ¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley. ¡Mucho; mucho!

DOÑA ELVIRA. Esta Estrella, Pepín — ¡hija de mi vida! — se vuelve loca con las ocurrencias de usted. Como es usted tan ingenioso...

PEPÍN. No... ¡por Dios!... Es que son ustedes muy amables conmigo. *A Estrella, que ha vuelto a sentarse.* Y ¿se puede saber por qué ha pasado usted tan mala noche? Sin chistes ahora.

ESTRELLA. ¡Pschel... Ha habido de todo... ¡Unos sueños!... ¡unas pesadillas!... Y mucho des-

velo. Y yo me temo cuando me desvelo; me temo. Porque es un desate de la imaginación y de todo el sistema nervioso... que ya le digo a usted: me temo; me temo. ¿Usted duerme bien?

PEPÍN. Siempre. Y desde que tengo el gusto de tratarla a usted, mejor todavía.

ESTRELLA. ¿Sí? ¿Por qué?

PEPÍN. Porque *da usted el opio.* ¡Jeeeee!

Nuevas risas.

ESTRELLA. ¡Ay, pero por María Santísima, pero qué hombre, pero qué ingenio, pero qué torrente... pero qué cosa!

PEPÍN. Se conoce que me inspira usted; que es usted mi musa.

ESTRELLA. Usted tendrá la misma chispa con todas. ¿Ha estado usted alguna vez enamorado?

PEPÍN. ¿Enamorado? Infinitas veces. Unas más graves que otras; pero infinitas veces. Cosa de atarme, sólo una.

ESTRELLA. ¡Cosa de atarlo, dice!...

PEPÍN. ¿Y usted, ha querido a alguien en este mundo?

ESTRELLA. ¡Ni lo permita Dios, Pepín! No me hable usted de amores. Me temo; me temo enamorada. Soy una mujer que tiene un corazón tan ardiente, y que quiere de un modo, Pepín, que me temo; me temo.

PEPÍN. Pues... de amores deseaba yo hablar con usted hoy mismito.

ESTRELLA. Mire usted que me temo, Pepín; que me temo.

PEPÍN. Mejor. ¿Y a mí, me teme usted?

ESTRELLA. A usted, no; es usted un buen amigo mío...

PEPÍN. ¿Y si aspirara a ser algo más?

ESTRELLA. Que me temo, Pepín; que me temo.

PEPÍN. ¡Encantado yo con esos temores! Bien claro me indican que ese corazoncito volcánico... tiene alguna lava para mí.

ESTRELLA. Pepín, por Dios, que he pasado muy mala noche... que estoy muy nerviosa... No siga usted por ese camino... yo se lo ruego a usted. Otro día... mañana, si usted gusta, hablaremos del particular... Hoy me temo; me temo. ¿Quiere usted que vayamos dando un paseo hasta donde están mis hermanas?

PEPÍN. ¡Y hasta el fin del mundo!...

ESTRELLA. ¡Pepín!... ¡Pepín!...

PEPÍN. Escuche usted: ¿en qué se parece el corazón de una mujer a un impermeable?

ESTRELLA. ¡Jesús, qué salida! No está mi ánimo para acertijos ahora. *A Amalia y a Tomás.* ¿Estiramos un poco las piernas?

AMALIA. Las estiraremos.

TOMÁS. Admirable proposición.

DOÑA ELVIRA. Hasta la Fuente nada más, ¿eh? que yo no los pierda de vista.

PEPÍN. Descuide usted, señora. Aquí no hay ninguno tan listo que se pierda de vista. ¡Jeceeel

Risas generales.

DON SEGISMUNDO. *Aplaudiendo.* ¡Mucho; mucho! De muy buena ley.

Se van por la izquierda las dos parejas.

Doña Elvira se quita las gafas y se levanta a verlas marchar. Luego se acerca a su marido y le pregunta:

DOÑA ELVIRA. ¿Te satisface este Castrolejo para nuestra hija?

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo no? ¿Crees tú que de no ser así le reiría yo esos chistes? *Se levanta y pasea unos momentos del brazo de doña Elvira.*

DOÑA ELVIRA. Me has convencido, Mundo; como siempre.

DON SEGISMUNDO. ¿Se te ocurre a ti algún reparo?

DOÑA ELVIRA. ¿Qué podré yo ver que tú no veas? Sin embargo, mi instinto de madre recela un poco de la formalidad de ese joven. Como su posición es muy superior a la nuestra, y estos ricos creen que el dinero todo lo allana... Tú ¿qué dices?

DON SEGISMUNDO. Que el instinto de madre no se engaña nunca. Estoy al cabo de la calle. Pepín, ciertamente, es algo calaverilla, algo ligero... Pero también es algo tonto. Esto me lo dice a mí mi instinto de padre. Encuentro yo que es

el marido justo para una mujer tan avispada como Estrella. El matrimonio es equilibrio... Que siembre, que siembre... Por todas partes se va a Roma... Que siembre...

DOÑA ELVIRA. Mundo, Mundo, ¡qué talento te ha dado Dios! Y a mí, ¡qué gran fortuna con hacerte el padre de mis hijas, siendo yo una mujer vulgar y adocenada!

DON SEGISMUNDO. En nuestras hijas estriba todo mi talento. Con ocho hijas no hay modo alguno de ser torpe. ¿Quién era yo, cuando tuve la dicha de hallarte?

DOÑA ELVIRA. La dicha fué la mía, Segis.

DON SEGISMUNDO. De entrambos. Yo no era más que un humilde profesor de lenguas vivas. Pero me encontré en siete años con ocho lenguas vivas más, que empezaron a pedirme medias, y zapatos, y moños, y sombreros... ¡Hasta entonces no supe bien lo que eran lenguas vivas! Convéncete, esposa: se le aguza el ingenio a una puerta.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay! Dios nos dé salud para ver a estas cinco palomas tan bien casadas como a las tres mayores.

DON SEGISMUNDO. Y aun mejor. En eso tengo gran confianza. Se me figura que le hemos cogido el tranquillo a esto de las bodas.

DOÑA ELVIRA. La de Tomás creo que va para largo. Es muy simpático, muy bueno; pero no tiene oficio ni beneficio, ni pariente ni *ambiente*.

DON SEGISMUNDO. Habiente has de decir, Elvira.

DOÑA ELVIRA. ¿Habiente? ¡Qué mal me suena eso!

DON SEGISMUNDO. Pues así es... Con Tomás me hago yo ilusiones, acaricio proyectos futuros... Ya saldrá, ya saldrá... Hay madera en él; hay un corazón; hay un hombre... Sin voluntad, sin rumbo todavía... que va donde lo lleva el viento... Pero el viento soy yo, ¿comprendes? Tomasito no necesita más que un par de lenguas vivas que le pidan pan por las mañanas, y se hará un mozo de provecho... Al tiempo, Elvira... Ya saldrá, ya saldrá...

DOÑA ELVIRA. Dime: ¿qué has hablado anoche con Rosalía, tocante a Alfredo?

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! Algo muy profundo y de gran trascendencia.

DOÑA ELVIRA. ¿Sí?

DON SEGISMUNDO. Tal creo. Si me equivoco, rectificaré. Rectificar es de discretos, y de sabios, equivocarse. Alfredo adora en Rosalía...

DOÑA ELVIRA. Y es natural que adore; porque Rosalía es tan buena, tan inteligente, tan guapa, tan graciosa, tan zalamera, tan viva de genio...

DON SEGISMUNDO. *Atajando el párrafo.* Extracta, porque la conozco. Pues bien: Alfredo habla ya de preparativos de boda; y esto, que desde su punto de vista es muy natural, a mí se me antoja prematuro.

DOÑA ELVIRA. ¿Prematuro que se case una hija nuestra? Es la primera vez. Me asombras, Mundo.

DON SEGISMUNDO. Te tranquilizaré en seguida. El amor de Alfredo a nuestra hija es grande, es intenso: de ese que no se borra fácilmente. El amor es siempre una fuerza; y como todo es poco para casar a cinco hijas, sobre todo después de haber casado a tres, yo pienso aprovechar la fuerza de ese amor, como aprovecha un ingeniero un salto de agua.

DOÑA ELVIRA. ¡Y todavía me permito yo hacerte observaciones!

DON SEGISMUNDO. Ya saldrá, ya saldrá... Se casarán Amalia, Estrella y Rosalía, y ya vendrán mientras los que hayan de ser compañeros en esta vida de Maruchita y de Fifí.

DOÑA ELVIRA. ¡Afortunados mortales! ¡Porque mira que Marucha es tan dulce, tan celestial, tan cariñosa!... Yo las quiero a todas igual—¡entrañas mías! —pero Marucha tiene un encanto, un modo de expresarse, un mimo...

DON SEGISMUNDO. La conozco también.

DOÑA ELVIRA. ¡Y Fifí...!

DON SEGISMUNDO. Fifí, la pobrecita, es una castaña.

DOÑA ELVIRA. ¿Qué dices, Segis?

DON SEGISMUNDO. Que es una castaña. Si algún talento tengo yo, es el de ver las cosas a su luz verdadera. Ni el ser padre me pone una ven-

da en los ojos. Fifí ha nacido tonta de capirote.

DOÑA ELVIRA. No la trates con esa dureza.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué hablas de dureza? Por lo mismo que tiene esa desgracia la quiero más. Pero reconócelo: es tonta. Se le encoge el corazón y llora sin motivo alguno. Y ya la oyes tú por las noches: «¡Papá, que veo al demonio!» «¡Papá, que me tiran de los pies!» «¡Papá, que la sombra del sombrero me parece un bicho!» Rara es la noche que no le pide a una de sus hermanas que se la lleve a dormir con ella.

DOÑA ELVIRA. ¡Tiene diez y seis años!

DON SEGISMUNDO. A esa edad te casaste tú, y nunca se te ocurrió pedirme nada por el estilo.

DOÑA ELVIRA. Es verdad.

DON SEGISMUNDO. Pero no te apures: tonta y todo, la casaremos. La mujer debe marchar en la vida al lado de un hombre. Lo demás es contrario a naturaleza.—Te voy a convidar a barquillos. *Llamando a un Barquillero que, momentos antes, sale por el primer término de la derecha y cruza hacia el foro.* ¡Barquillero!

BARQUILLERO. *Acercándose al grupo.* ¡Hola!

DON SEGISMUNDO. Vamos a ver si tengo buena mano. Toma. *Le da una moneda de diez céntimos.*

BARQUILLERO. Puede usted tirar cuatro veces.

Don Segismundo juega.

DON SEGISMUNDO. ¡El uno! ¡También es desgracia!

BARQUILLERO. Uno.

DON SEGISMUNDO. El cuatro.

BARQUILLERO. Y cuatro, cinco.

DON SEGISMUNDO. ¿El uno otra vez?

BARQUILLERO. Y uno, seis.

DON SEGISMUNDO. ¡Huy, que creí que pescaba el treinta!

BARQUILLERO. Y dos, ocho.

DON SEGISMUNDO. Juega tú otra perrilla, Elvira, a ver si tienes mejor suerte. *Se la da al Barquillero.* Toma.

DOÑA ELVIRA. Vamos a ver. *Jugando.* El quince.

DON SEGISMUNDO. ¡Digo!

BARQUILLERO. Y ocho del señor, veintitrés.

DON SEGISMUNDO. ¡Anda, morena!

DOÑA ELVIRA. ¡El ocho!

BARQUILLERO. Y veintitrés, treinta y uno.

DON SEGISMUNDO. Sigue, sigue.

DOÑA ELVIRA. ¡El quince otra vez!

BARQUILLERO. Y treinta y uno, cuarenta y seis.

DON SEGISMUNDO. ¡Atiza!

BARQUILLERO. Y treinta, setenta y seis.

DOÑA ELVIRA. ¡El treinta!

DON SEGISMUNDO. ¡Buen tino! ¿eh?

BARQUILLERO. ¡Vaya una tiraíta! *Se pone a contar los barquillos.*

DOÑA ELVIRA. ¿Ves cómo tengo más fortuna que tú, Segis?

DON SEGISMUNDO. En los barquillos, Elvira, en los barquillos.

Sale Alfredo por la derecha. Viene muy alegre.

ALFREDO. ¡Buenos días! ¿Se juega a los barquillos, eh?

DON SEGISMUNDO. *Adelantándose a recibirlo.* ¡Queridísimo Alfredo de mi alma!

DOÑA ELVIRA. Por pasar el rato.

ALFREDO. ¿Y las chicas?

DON SEGISMUNDO. Míralas allí.

ALFREDO. Es verdad; que están en la Fuente. Ya me vió Rosalía.

BARQUILLERO. *Dándole a doña Elvira dos «banderillas» de barquillos y otras dos a don Segismundo.* Tenga usted, señora. Tenga usted, señor. Pa todos hay.

DOÑA ELVIRA. Otro día escaparás mejor, hombre.

BARQUILLERO. ¿Viene usté por aquí toas las mañanas?

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! ¡Es que Elvira, como ves, le ha vaciado el bombo!

BARQUILLERO. *Marchándose.* De salú sirvan. ¡Barquillero! ¡Barquillos! ¡De canela!

DOÑA ELVIRA. ¿Gustas, Alfredo?

ALFREDO. Muchas gracias.

DON SEGISMUNDO. Pues vamos allá, a que nos ayude aquella gente.

DOÑA ELVIRA. Vamos, sí. Aquí se acerca Rosalía.

DON SEGISMUNDO. A vosotros se os puede dejar solos. Y aun se os debe.

ALFREDO. Hasta ahora.

Don Segismundo y doña Elvira se van por la izquierda.

Alfredo mira hacia allá, sonriendo. Poco después aparece muy presurosa Rosalía.

Alfredo es vehemente, apasionado, de expresión viva y franca.

Rosalía es traviesa, zalamera, burlona. Está muy segura de sí misma, y muy particularmente del efecto que le producen a su novio su frente, sus ojos, su boca... y aun su propia nariz.

ROSALÍA. Caballero, vengo extraviada. ¿Es usted forastero?

ALFREDO. *Siguiéndole el humor.* No, señorita.

ROSALÍA. Pues tiene usted cara de *isidro*. ¿Me hace usted el favor de decirme entonces cómo se llama esta glorieta?

ALFREDO. La de los *idilios*, creo que la llama el guarda. ¿Por qué?

ROSALÍA. Porque hace media hora que debiera estar en ella mi novio, y por fuerza se ha confundido.

ALFREDO. ¡Qué tonto! ¡Confundirse, esperándolo usted!

ROSALÍA. No es tonto; es pillo.

ALFREDO. ¿Pillo?

ROSALÍA. O se lo hace. Ven acá: ¿de dónde vienes, que traes una guía para arriba y otra para abajo?

ALFREDO. ¿Que de dónde vengo? ¿Que de dónde vengo? ¡Ay, si tú supieras de dónde vengo!

ROSALÍA. Sí que traes una carita de pascuas... Lo de siempre: en cuanto andas lejos de mí, no te cambias por nadie.

ALFREDO. No me digas eso, Rosalía.

ROSALÍA. Pues te advierto una cosa: que si te gusta otra más que yo, tienes la puerta franca para irte. Ni me da un patatús, ni tomo cerillas, ni me pego un tiro, ni me arrojo al estanque. Al mes, otro novio: tengo los pretendientes así. Anda, anda; puedes irte si quieres. ¿No venías tan contento? Pues vete, vete allá. Donde sea, que tampoco me importa.

ALFREDO. Rosalía, sabes que esa broma me subleva.

ROSALÍA. Si no es broma, no.

ALFREDO. ¡Sí es broma, sí!

ROSALÍA. ¡No es broma!

ALFREDO. ¡Sí es broma!

ROSALÍA. *Mirándolo con coquetería.* Pues sí que es broma.

ALFREDO. ¿No ha de serlo? ¡Suponer tú que quiero a nadie, que pienso en nadie que no seas tú... tú, que eres mi vida entera!

ROSALÍA. ¿De verdad?

ALFREDO. ¡Yo no sé hablar sino de verdad cuando hablo de esto! ¡Si te llevo en el corazón y en el pensamiento a todas horas; de noche y de día!... ¡Si vas conmigo a todas partes!

ROSALÍA. Según donde tú vayas: cuidado.

ALFREDO. Yo no voy más que adonde puedas ir tú conmigo.

ROSALÍA. ¡Ole los santos de almanaque!

ALFREDO. ¡Ja, ja, ja!

ROSALÍA. ¡Lo que yo quiero a mi santito! Pero vamos a sentarnos; que santo y todo, tienes que explicarme tu tardanza de hoy.

ALFREDO. ¡Oh! ¡Mi tardanza de hoy! ¡Mi tardanza!... Tú verás cómo me la agradeces.

Se sientan en el banco de la derecha. Pasa el Guarda en sentido contrario que antes.

GUARDA. (Edilios por arriba, edilios por abajo, edilios por delante y edilios por detrás... ¿Hasta dónde estaré ya de edilios?) *Vase.*

ROSALÍA. Bueno: mírame a los ojos: ¿por qué has tardado? No lo pienses, no: vivo, vivo. Habla: ¿por qué has tardado?

ALFREDO. *Sonriendo, y dándole gran importancia a la revelación.* ¡Porque he estado en una tienda de muebles!

ROSALÍA. ¿A qué?

ALFREDO. A buscar una cosa.

ROSALÍA. Pues, chico, hacerme esperar por una mujer, ya es grave; pero ¡hacerme esperar por un mueble!...

ALFREDO. No es uno solo; son varios. Dos camas muy lindas, un lavabo, un armario de luna, dos mesas de noche, cuatro sillitas, dos butacas...

ROSALÍA. ¿Estás loco, Alfredo?

ALFREDO. ¡Loco estoy! ¡Por tí! ¡Y no quiero que me pongas cuerdo; quiero seguir loco; eternamente loco y a tu lado! Verás lo que ocurre. Anoche, al volver a casa, me encontré una carta de papá. La aguardaba con impaciencia. Es contestación definitiva y categórica a dos o tres mías sobre lo mismo. ¿No ves? ¿No ves cómo tiemblo de gozo? ¡Te abrazaría de mejor gana que lo estoy diciendo!

ROSALÍA. ¡Pues ya iba a ser abrazo! ¡Porque los ojos te echan chiribitas!

ALFREDO. Bueno: mi padre me dice que, en efecto, él está ya cansado de visitar enfermos y de poner recetas; que su titular y sus visitas serán para mí; que en el pueblo se me recibirá con gran simpatía... y que no hay más que hablar: que me case, en vista de que no tengo remedio, y que me vaya allá con mi mujercita, cuanto antes mejor. ¿Qué te parece?

ROSALÍA. ¿Es muy grande el cementerio de ese pueblo?

ALFREDO. ¿A qué viene eso ahora?

ROSALÍA. Porque todo va a ser poco cuando tú empieces a recetar.

ALFREDO. ¡Déjate de chirigotas, Rosalía! *Ob-*

servando que se ha quedado pensativa de pronto. Pero ¿qué te ocurre? ¿Qué cara es ésa? ¿No te alegras con lo que te he dicho?

ROSALÍA. ¿No he de alegrarme, tonto, si veo lo que me quieres, si te quiero yo más aún... y ése es tu porvenir y el mío?

ALFREDO. Entonces, no comprendo...

ROSALÍA. Alfredo, ¿tu cariño no es cosa pasajera, verdad? ¿Es de toda la vida, verdad?

ALFREDO. Y ¿tú me lo preguntas?

ROSALÍA. ¿Tú por nada ni por nadie dejarás de quererme?

ALFREDO. Pero ¡qué simpleza! Rosalía, me alarman tus palabras. ¿Por qué no has estallado de alegría como yo, al oír lo que a mí me ha quitado el sueño esta noche?

ROSALÍA. *Con gravedad; retardando un poco la respuesta.* Porque yo, Alfredo, no puedo casarme por ahora.

ALFREDO. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién lo impide?

ROSALÍA. Nadie.

ALFREDO. ¿Nadie?

ROSALÍA. Nadie más que yo.

ALFREDO. ¿Tú, muchacha? ¿Estás en tu juicio?

ROSALÍA. Yo misma, yo. Yo, que he resuelto hace tiempo no dejar a mis padres hasta que se casen mis hermanas.

ALFREDO. ¿Tus hermanas?

ROSALÍA. Sí.

ALFREDO. ¿Las cuatro?

ROSALÍA. Las cuatro.

ALFREDO. ¡Ave María Purísima! ¡Qué disparate!

ROSALÍA. Lo será para ti.

ALFREDO. *Levantándose descompuesto.* ¡Y para cualquiera que discurra serenamente! ¿Quieres decirme qué... qué...?

ROSALÍA. ¿Qué?

ALFREDO. ¿Qué origen, qué fundamento, qué meollo tiene esa resolución que has tomado?

ROSALÍA. Debieras comprenderlo sin decírtelo yo. A ti te consta que en mi casa soy poco menos que indispensable. No sólo le ayudo a mi padre en sus trabajos, que cada día lo rinden más y lo fatigan, sino que cuido de mis hermanas: que cuido de ellas en todos sentidos, tú lo sabes.

ALFREDO. ¡Ah, pues que...!

ROSALÍA. ¿Qué?

ALFREDO. Nada; iba a decir una tontería.

ROSALÍA. Mejor es que te la hayas callado.

ALFREDO. ¡No extrañes que desafine, Rosalía, porque todo lo podía yo esperar menos esa pitada! ¿Tú has meditado bien lo que es en Madrid casar a cuatro niñas?

ROSALÍA. Nos iremos a Filipinas, si te parece.

ALFREDO. ¿Tú no consideras todo lo que hay que esperar para eso?

ROSALÍA. Pues esperamos.

ALFREDO. ¡Eso es: esperamos! ¿Y si no se casan?

ROSALÍA. Sí se casan.

ALFREDO. ¿Y si no se casan?

ROSALÍA. Si no se casaran, ya veríamos. Por ahora hay que esperar.

ALFREDO. ¡Ah, no, no! ¡Esto no puede tolerarse, Rosalía! Yo hablaré con tu padre...

ROSALÍA. Habla con quien quieras. ¡Bonito modo de alborotarse tiene el niño! ¡Vaya un cariño el tuyo! Al fin y al cabo, hombre. Tan egoísta como todos. En cuanto se os contraría en lo más mínimo, os ponéis por las nubes.

ALFREDO. ¿Cómo en lo más mínimo? Pero ¿a qué le llamas tú lo más mínimo? ¡A un hombre que está rabiando por casarse, le pides que se siente a la puerta, a ver si pasan novios para tus hermanas! ¡Rosalía, esto tiene todo el carácter de una burla!

ROSALÍA. Pues no lo es. Y a mí no me chilles: que lo que me sobran a mí son despachaderas para darte a ti pasaporte. Pero volando, ¿eh?

ALFREDO. ¡Rosalía!...

ROSALÍA. Nada, nada; aunque se te salgan los ojos del cráneo, no me caso mientras no se casen mis hermanas. Y si me apuras mucho, hasta que enviude una de ellas.

ALFREDO. *Va a contestarle destempladamente y se reprime.* Me voy: me voy... por no tener un disgusto serio.

ROSALÍA. Lo tendrías tú: yo me quedo tan fresca.

ALFREDO. *Cortando por lo sano.* Hasta luego... si voy a tu casa.

ROSALÍA. Allá tú.

ALFREDO. ¡Ah! ¿allá tú?

ROSALÍA. ¡Claro!

ALFREDO. ¡Vaya! ¡Te has propuesto darme la mañanita!

Echa a andar hacia el foro, a tiempo que por la izquierda vuelve don Segismundo y se encara con él.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué es eso? ¿Adónde vas así? ¿Qué pasa?

ALFREDO. *Alteradísimo.* ¡Pasa... pasa... pasa que esto no puede ser!

DON SEGISMUNDO. *Con gran complacencia.* No puede ser.

ALFREDO. ¡Lo defienda quien lo defienda, no puede ser!

DON SEGISMUNDO. No puede ser.

ALFREDO. Pero ¿usted sabe de lo que se trata, señor?

DON SEGISMUNDO. No; pero cuando tú, que eres tan sentadito, me dices que no puede ser...

ALFREDO. ¡Bah! ¡bah! ¡A la noche hablaremos! ¡Abur! *Se va por la derecha como alma que lleva el diablo.*

Rosalía lo ve irse sonriendo. Caín, en actitud seráfica.

DON SEGISMUNDO. ¿Le doraste la píldora?

ROSALÍA. Se la ha tragado sin dorar. Yo sé

cómo hago las cosas con éste. Me quiere mucho.

DON SEGISMUNDO. ¡Cuánto te agradezco, hija mía, el sacrificio a que te prestas en bien de tus hermanas!

ROSALÍA. ¿Sacrificio? Ninguno. Pero si lo fuera, también lo haría. Alfredo volverá a pedirme perdón antes de diez minutos. Nuestro reinado es éste: de novias. Y ¿qué me importa a mí seguir de reina algún tiempo más? Hasta que tú quieras, papaíto.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Corre tu sangre por mis venas... ¡Al revés!

ROSALÍA. Bueno; y ya que lo he hecho, ¿me quieres descubrir la idea que te llevas?

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Curiosilla... Si te la descubriera, sabrías tú tanto como yo. Y tú tienes los cabellos negros y los míos principian a blanquear... Sobre que tal vez no me comprendieses... Ya saldrá, ya saldrá... Lo que me encanta es esta sumisión, esta unión de todos nosotros ante la perspectiva del bien de alguno... No cabe duda: somos una familia ejemplar. *Volviéndose hacia la izquierda.* Y ¡mira quién llega con las chicas!

Sale el tío Cayetano pavoneándose. De un brazo trae a Marucha y del otro a Fifí. El Lacayo lo sigue impasible, como siempre.

ROSALÍA. ¡Ah! ¡Tío Cayetano! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo usted por estas soledades?

TÍO CAYETANO. A dar un paseo... y a tomar mi vaso de leche. Yo, ya se sabe: en cuanto llega la primavera, mi vaso de leche por las mañanas no hay quien me lo quite.

DON SEGISMUNDO. Muy sano, muy sano...

ROSALÍA. ¿Ha visto usted qué bonitos han quedado los trajes?

TÍO CAYETANO. Ya, ya he hablado yo de eso con Marucha.

MARUCHA. Y ¿sabes lo que dice? Mira si será malo: dice...

TÍO CAYETANO. Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. Se me ha ocurrido eso.

Se ríen todos de la agudeza indudable y él engorda un milímetro momentáneamente.

ROSALÍA. ¡Las perchas! ¡Tiene gracia!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley; de buena ley.

TÍO CAYETANO. ¿Eh, Segismundo? Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. ¿Eh? ¡Las perchas! *Se ríe prolongando su buen éxito.*

MARUCHA. Pero, Rosalía, ¿tú qué haces que no felicitas al tío Cayetano?

ROSALÍA. ¿Cómo?

MARUCHA. Dale la enhorabuena: está de enhorabuena. ¿Sabes? Le han dado otra cruz.

DON SEGISMUNDO. Sí, mujer; pero ¿en qué estás pensando? ¡Si acabo de decírtelo yo!

ROSALÍA. ¡Es verdad! ¡Si papá vino a eso! Sólo que con esta risa de las perchas y de los trajes... ¡Pues que sea enhorabuena, tío Cayetano! ¡Muy enhorabuena!

TÍO CAYETANO. ¡Bah! Es de lo menos importante que tengo...

ROSALÍA. ¿Qué cruz es?

TÍO CAYETANO. La cruz del Mérito Urbano de primera clase. Como he adoquinado un trozo de mi calle de mi bolsillo particular... se ha empeñado el ministro... Pero no tiene más que usía. Eso sí: la cruz es muy vistosa. El día del Corpus me la pondré para que me la vean.

DON SEGISMUNDO. ¡Ay, ay, ay! ¿Qué cruz habrá que tú no merezcas, Cayetano?

MARUCHA. Dices bien, papá: se las merece todas, porque es buenísimo. Y los demás hombres son muy malos. Y él nos quiere mucho. Y al que no nos quiera a nosotros, que no le den cruces. ¿Verdad, tío Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Qué mocosilla ésta!... Hombre, Segis, a Fifí es a la que encuentro yo paliducha. *Fifí principia a arrugar la cara, próxima al sollozo.* ¿Qué le sucede? ¿Ha dejado de tomar aquel tónico que yo le mandé?

ROSALÍA. No hablen ustedes de Fifí, que vamos a tener llantina. Miren ya qué cara está poniendo.

Tío Cayetano. ¿Cómo se entiende? ¡Delante del tío Cayetano no se llora!

Don Segismundo. No extrañes que ande así. Su edad es muy crítica... Va de crisálida a mariposa. Está en el tránsito de niña a mujer.

Rosalía. Pues ninguna de nosotras se ha puesto tan tonta en ese tránsito.

Fifí. *Con el corazón encogido.* Mejor... mejor...

Tío Cayetano. Nada, si sigue así, este verano hay que pasar un mes en el campo: ¡al aire libre! ¡No hay más remedio! ¡Lo dispongo yo! ¿Eh, Fifí? ¡Yo!

Don Segismundo. Cayetano...

Rosalía. Tío Cayetano...

Tío Cayetano. ¡Sierra! ¡Mucha sierra! ¡Repito que lo dispongo yo! Nada de mar, ¿eh? ¡Pinos! ¡Muchos pinos! Ya están de acuerdo todos los médicos en que el mar va resultando algo húmedo. Yo lo he leído en una revista portuguesa. Y es muy aburrido, además, como no pasen barcos.

Marucha. Tío Cayetano, tiene usted que hacernos alguna perrada un día para que vea lo que lo queremos.

Tío Cayetano. ¡Ja, ja, ja! ¿Tú has oído?

Don Segismundo. Tiene razón Marucha: no te cansas de ser generoso... y pudieras creer...

Tío Cayetano. ¡Bah, bah, bah! Doblemos la hoja. Me voy a mi coche.

Marucha. ¿Se va usted ya a su coche?

Tío CAYETANO. Sí. Ya he digerido mi vaso de leche.

ROSALÍA. Pues lo acompañaremos al coche, ¿no?

MARUCHA. Sí, sí; vamos a acompañarlo.

Tío CAYETANO. Como queráis.

DON SEGISMUNDO. Yo me quedo, ¿eh? no venga su madre con las otras...

Tío CAYETANO. Sí, hombre, sí. Adiós.

DON SEGISMUNDO. *Enternecido por la gratitud.* ¡Adios, Cayetano: no te digo nada!

Tío CAYETANO. Adiós. *Se va por la derecha con las tres muchachas, inflado como un globo.*

ROSALÍA. Oiga usted, tío Cayetano: ¿cuándo le veremos a usted esa cruz?

MARUCHA. Tío Cayetano, ¿sabe usted lo que dice Fifí?

FIFÍ. ¡A ver si te callas!

ROSALÍA. Tío Cayetano...

MARUCHA. Tío Cayetano...

Desaparecen. Cain contempla la escena, y de cuando en cuando saluda con la mano, sonriendo.

DON SEGISMUNDO. ¡Bien haya ese hombre, para quien toda nuestra gratitud es escasa! ¡Mis hijas son suyas!... Vamos, como a suyas las quiere.

Por la derecha del foro vuelve Alfredo cogido del brazo de Marín, que se resiste un poco.

Este Marín es un muchacho de aspecto sencillo, huraño y tristón; nada cortesano.

ALFREDO. Ya verá usted: son unas chicas muy simpáticas.

MARÍN. Si no lo dudo, amigo Ruiz; pero no tengo humor de tratar con nadie.

ALFREDO. ¡Por lo mismo! Usted necesita distraerse; cambiar en absoluto de vida; salir de su monólogo. Venga usted.

MARÍN. Pero, hombre...

ALFREDO. Venga usted. ¡Don Segismundo!

DON SEGISMUNDO. ¡Hola! *Al ver a Alfredo con un amigo de buen porte, la alegría del triunfo le brilla en los ojos.* ¡Alfredito! ¿Tú por aquí de nuevo, Alfredito?

ALFREDO. Voy a tener el gusto de presentarle a usted a mi amigo Leopoldo Marín.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! con mil amores... Muy favorecido...

MARÍN. Muchas gracias, señor...

ALFREDO. Don Segismundo Caín y de la Muela; mi futuro padre político.

DON SEGISMUNDO. Para servir a usted.

MARÍN. Muchas gracias.

ALFREDO. Aquí lo tiene usted: un muchacho simpático, inteligente, bien parecido, con dinero... y que se va a morir este año.

DON SEGISMUNDO. ¡Hombre! ¡hombre! Todo está muy bien menos lo último.

MARÍN. Alfredo se chancea; estos males de

carácter nervioso tienen, encima de ser insoportables, esa gracia: la de que nadie los toma en serio.

DON SEGISMUNDO. Pero ¿está usted malo de verdad? Porque el aspecto... ¡lo que es el aspecto!...

MARÍN. Según la gente, estoy rebosando salud. Ya oye usted a Alfredo. Pero hace unos meses que los nervios no me dejan vivir ni hacer nada a derechas. Soy su juguete, a mi pesar.

DON SEGISMUNDO. ¿Vive usted en Madrid?

MARÍN. No, señor: estoy aquí de temporada. Vivo con mis padres en una aldea de Asturias.

ALFREDO. Una desgracia más. El padre, viéndolo así, para pocos días, le llenó la cartera de billetes y le dijo: «Anda, vete a Madrid: diviértete lo que te queda de vida.» Nos hemos conocido en el café.

MARÍN. Ya no voy.

DON SEGISMUNDO. ¿Por qué?

MARÍN. Porque, al fin y al cabo, habla uno de sus males y molesta. ¿Qué le importa a nadie lo que cada cual sufra por dentro? Y para no incurrir en esa falta, si usted no tiene nada que mandarme...

DON SEGISMUNDO. *Estrechándole la mano.* Que me mande usted es lo único que se me ocurre. *Mirando hacia la izquierda y haciendo tiempo para que llegue su señora.* Le daré a usted una tarjeta mía.

MARÍN. Yo siento no traer, pero es lo mismo: en el Hotel María me tiene usted a su disposición.

DON SEGISMUNDO. Tantas gracias. *Entregándole su tarjeta.* Ahí va mi nombre y las señas de la choza en que me puede usted mandar a toda hora.

MARÍN. Obligadísimo.

DON SEGISMUNDO. *Estrechándole nuevamente la mano.* Y nada más, sino que deseo que usted destierre pronto esas aprensiones... Pero aguarde un segundo: lo presentaré a mi esposa, que aquí llega, y que tendrá un gran placer en saludarlo.

MARÍN. Y yo a la vez.

Sale doña Elvira por la izquierda. La siguen Estrella y Pepín, Amalia y Tomás.

DON SEGISMUNDO. Elvira, te presento al señor...

ALFREDO. Marín: Leopoldo Marín.

DON SEGISMUNDO. Al señor don Leopoldo Marín, amigo íntimo de Alfredo.

DOÑA ELVIRA. ¡Oh!

MARÍN. Señora...

DOÑA ELVIRA. Basta que sea usted amigo suyo para que desde ahora lo sea nuestro.

DON SEGISMUNDO. Y va usted también a conocer a estas parejitas. Mi hija Estrella...

ESTRELLA. Servidora de usted.

MARÍN. ¿Cómo está usted? *Les va dando la mano a todos.*

ESTRELLA. Bien, ¿y usted?

MARÍN. Bien, mil gracias.

DON SEGISMUNDO. Mi hija Amalia...

MARÍN. Tengo mucho gusto...

AMALIA. El gusto es mío.

DON SEGISMUNDO. Don José Castrolejo...

MARÍN. Beso a usted la mano.

PEPÍN. Beso a usted la suya.

DON SEGISMUNDO. Don Tomás Menéndez...

MARÍN. Muy señor mío.

TOMÁS. ¿Sigue usted bien?

MARÍN. Bien, para servirle... Muchas gracias.

Hay una pausa, durante la cual todos se miran y a nadie se le ocurre nada.

DON SEGISMUNDO. Pues este señor es asturiano... y está de temporada en Madrid. *Mira hacia la derecha a ver si vienen las otras niñas.*

ALFREDO. Ya lo llevaré a casa alguna noche.

DOÑA ELVIRA. Nos veremos muy honrados con ello.

MARÍN. La honra será mía. Y con permiso de ustedes... *Dándoles sucesivamente otra vez la mano a todos.* Señora, a los pies de usted.

DOÑA ELVIRA. Adiós, Marín; beso a usted la mano.

MARÍN. Señorita, a los pies de usted.

ESTRELLA. Beso a usted la mano.

MARÍN. A los pies de usted, señorita.

AMALIA. Beso a usted la mano.

MARÍN. Leopoldo Marín, en el Hotel María...

PEPÍN. José Castrolejo, Velázquez, treinta y tres...

MARÍN. Lo mismo le digo: en el Hotel María...

TOMÁS. Gracias. Tomás Menéndez, Jacometrezo, veintiuno...

MARÍN. Señor Caín, he tenido un placer muy grande... Amigo Alfredo, lo dejo a usted aquí con su familia...

DON SEGISMUNDO. ¡Caramba, pues ya va usted a conocer al resto!...

MARÍN. ¿A qué resto?

DON SEGISMUNDO. ¡Al de la familia!

ALFREDO. ¡Es verdad!

Sale por la derecha Fifí.

DON SEGISMUNDO. Fifí. El señor Marín. Ésta es la menor de la casa.

MARÍN. Señorita...

FIFÍ. ¿Está usted bueno?

MARÍN. Bien, ¿y usted?

FIFÍ. Bien, gracias. ¿Su familia está buena?

MARÍN. Buena, gracias A la de usted ya la veo tan buena...

Sale Marucha. Marín se sorprende ligeramente.

DON SEGISMUNDO. Maruchita. El señor Marín; un amigo de Alfredo.

MARUCHA. ¡Ay! tanto gusto en conocerlo a usted...

MARÍN. El gusto es mío, señorita.

MARUCHA. ¿Cómo está usted?

MARÍN. Bien, gracias, ¿y usted?

MARUCHA. Yo, bien; muchas gracias. Mamá, ¿a quién se le parece en los ojos?

DOÑA ELVIRA. En los ojos... Eso estaba considerando yo... ¿Es a tu primo Poli?

MARUCHA. ¿Qué se ha de parecer a Poli? ¡Qué más quisiera Poli!

MARÍN. Usted me favorece, señorita.

MARUCHA. Es que usted no conoce a Poli.

MARÍN. No... no conozco a Poli... Y no molesto más.

DON SEGISMUNDO. Queda otra.

MARÍN. ¿Qué?

Sale Rosalía.

DON SEGISMUNDO. Que quedaba otra.

MARÍN. ¡Ah!

ALFREDO. Y esta presentación la hago yo. Rosalía.

ROSALÍA. ¡Hola!

ALFREDO. Mi amigo Leopoldo Marín. Mi futura.

MARÍN. Tanto honor...

ROSALÍA. Tanto gusto...

MARÍN. Para gusto, el de su novio de usted.

ROSALÍA. ¡Un millón de gracias!

MARUCHA. ¡Mira qué amable! Mamá, ¿has visto qué amable?

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!

MARÍN. Es cosa que salta a la vista. Y me marcho ya. *Despidiéndose muy aprisa.* Señorita,

la felicito a usted... Es decir, felicito... felicito a los dos.

ROSALÍA. Muchas gracias.

MARÍN. A los pies de usted, señorita.

MARUCHA. Beso a usted la mano.

MARÍN. A los pies de usted.

FIFÍ. Beso a usted la mano.

DOÑA ELVIRA. *Tendiéndole la diestra.* Adiós, Leopoldo.

MARÍN. Adiós, señora. *Un poco atolondrado ya, vuelve a darles la mano a los demás personajes.* Adiós, señorita.

ESTRELLA. Adiós.

MARÍN. Adiós, señorita.

AMALIA. Adiós.

MARÍN. Adiós, amigo.

PEPÍN. Adiós.

MARÍN. Adiós, amigo.

TOMÁS. Adiós.

MARÍN. Adiós, Alfredo.

ALFREDO. Hasta la vista.

MARÍN. Don Segismundo...

DON SEGISMUNDO. Repito...

MARÍN. Adiós a todos.

TODOS. Adiós, adiós.

Se quita Marín el sombrero y saluda. Al encaminarse hacia la izquierda del foro, lo detiene Caín con un grito.

DON SEGISMUNDO. Pero ¿qué es eso? Pero ¿se marcha usted por ahí?

MARÍN. Sí, señor. ¿Hay inconveniente?

DON SEGISMUNDO. ¡Haberlo dicho, hombre! ¡Si por ahí nos marchamos todos! ¡Si ese es nuestro camino!

DOÑA ELVIRA. ¡Es verdad! ¡Y la hora de marcharnos, ésta!

DON SEGISMUNDO. ¡Nos iremos juntos!

MARÍN. *Con la respiración entrecortada.* Yo lo celebro muy de veras... pero si lo llego a saber... no me despido tantas veces...

Grandes risas acogen la salida del nuevo amigo.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! ¡De muy buena ley; de muy buena ley!

DOÑA ELVIRA. ¿Vamos, Mundo?

DON SEGISMUNDO. Vamos, sí, vamos.

ALFREDO. Vamos, vamos.

ROSALÍA. Vamos.

Se dirigen todos hacia el foro, rodeando al pobre Marín, que no sabe a quién atender. Inmediatamente en torno suyo van don Segismundo, doña Elvira, Maruchа y Fifí. Detrás, por parejas, Alfredo y Rosalía, Estrella y Pepín, Amalia y Tomás. Hablan todos a un tiempo: gran algazara.

El Guarda asoma por el primer término, creyendo que se han echado a la calle los republicanos.

GUARDA. ¡Rediez, qué bullicio! ¡Paece que les ha tocao la lotería!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho en casa de Caín. Una puerta al foro y otra a la izquierda del actor, en primer término. A la derecha, un balcón. Una chimenea de chafián, entre las paredes del foro y de la izquierda. Cercana al balcón, la mesa de trabajo. Muebles modestos, con la huella de muchas mudanzas encima. Una anaquelería atestada de libros y papeles. En las paredes, dos o tres retratos al óleo, de esos que se trasmiten de padres a hijos, sin que haya una buena voluntad que los queme. Sobre la chimenea, una corona de laurel. En el pasillo, frente a la puerta del foro, un perchero. Es de noche. Luz en el centro de la habitación.

Rosalía, sentada a la mesa de trabajo, escribe lo que le dicta su señor padre. Don Segismundo traduce de un libro que tiene en la mano, y pasea. Está de batín y babuchas. Rosalía viste un trajecito de casa muy sencillo, y delantal. Como ella visten sus hermanas.

Don Segismundo. «El tren marchaba con vertiginosa rapidez. Allá lejos, cada vez más lejos, entre la espesa niebla, adivinábanse las luces de París, de aquel París dorado y brillante que fué primero su sueño, después su encanto, y

al cabo su ruina. A los ojos del viajero asomó una lágrima.»

ROSALÍA. *Acabando de escribir.* «...asomó una lágrima.»

DON SEGISMUNDO. Mira, pon dos lágrimas, porque a los dos ojos es muy difícil que asome una sola.

ROSALÍA. ¡Aunque el viajero fuese tuerto!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Pero ¡que esto se publique... y se venda... y tenga que traducirlo yo! En fin, ¡qué diablo! peor fuera no verlo... ser... aquello que dijimos, y tener las narices de corcho. Adelante.

Aparece Tomás por la derecha del foro en el pasillo. Deja su sombrero en el perchero, y, después de saludar, sigue por el mismo pasillo hacia la izquierda.

TOMÁS. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. Hola, Tomasito; buenas noches.

ROSALÍA. Se ha levantado mucho aire, ¿verdad?

TOMÁS. Mucho, sí. Aire de tormenta.

ROSALÍA. Ya lo he conocido yo en mis nervios.

TOMÁS. ¿Se labora?

DON SEGISMUNDO. Un poco. Ganarás el pan con el sudor de tus disparates.

ROSALÍA. Allá en el comedor están las chicas con la tía Mercedes.

TOMÁS. Pues hasta ahora; no quiero molestar.

DON SEGISMUNDO. Tú no molestas nunca, hijo mío. *A Rosalía, bajo.* Hijo mío: que digiera la frase. *Volviendo al libro.* «Capítulo décimosexto. La herencia de los Golber. Han pasado seis meses.» «*Le soleil clair et beau de le printemps divin...*» ¿Cómo, cómo? ¿A real el pliego y descripciones pintorescas? ¡No en mis días! *Leyendo a saltos para ver lo que va a tragarse.* «*Des fleurs... oiseaux... ruisseaux...*» ¡Bah, bah, bah! «*Fontaines... ombrages... vergers... les nénujars dorés...*» ¡Bah, bah, bah! Escribe: «Llegó la primavera.» Punto final. Hemos traducido medio capítulo con una sencillez lapidaria.

Asoma Pepín Castrolejo como Tomás, y hace lo propio.

PEPÍN. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. ¡Oh! ¡El gran Pepín!

PEPÍN. Hola, Rosalía.

ROSALÍA. Hola.

PEPÍN. Don Segismundo, dispense usted que lo distraiga un momento de su tarea; pero le traigo dedicado un *colmo.*

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

PEPÍN. Como le hacen a usted tanta gracia...

DON SEGISMUNDO. ¡Mucha me hacen!

PEPÍN. Oiga usted. ¿Cuál es el *colmo* del encuadernador?

DON SEGISMUNDO. ¿El *colmo* del encuadernador? Ya sabe usted que no doy nunca...

ROSALÍA. ¿El *colmo* del encuadernador? ¿Cuál es?

PEPÍN. ¡Tener hasta las muelas *empastadas*! ¡Jeeeee!

ROSALÍA. ¡Jesús!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! De muy buena ley. ¡Tener hasta las muelas *empastadas*! ¡Mucho; mucho!

PEPÍN. En el Círculo esta mañana me han querido acogotar porque lo dije. ¡Jeeeee!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

PEPÍN. Hasta luego.

DON SEGISMUNDO. ¡Adiós! *Se vuelve para mirar a Rosalía, que lo mira a él, a guisa de comentario.* Con los ojos nos lo decimos todo. Estrella lo espabilará.

Sale Marucha por la puerta de la izquierda.

MARUCHA. Pero ¿no ha venido mamá todavía?

DON SEGISMUNDO. No; todavía no ha venido.

MARUCHA. Me pareció oírla hablar. ¡Estoy más inquieta esta noche!... ¡Pobrecito Marín! Debe de estar peor.

DON SEGISMUNDO. ¿Por qué razón, muchacha?

MARUCHA. ¿A ti no te dice nada el corazón, Rosalía?

ROSALÍA. ¿De Marín? Sí. De Marín me dice una cosa... que yo no te digo.

MARUCHA. ¡Ay, qué mala eres!... Papá, ¿ves qué mala?... ¿Y a ti, qué te dice el corazón?

DON SEGISMUNDO. ¡El corazón a mí me habla muy pocas veces ya!... ¡Si vieras!...

MARUCHA. Pues a mí no para de hablarme.

DON SEGISMUNDO. ¡También lo creo!

MARUCHA. ¡Y me está diciendo desde anoche unas cosas más tristes!... ¡Pobrecito Marín! ¡Venir a distraerse a Madrid, caer enfermo de gravedad y encontrarse solito en la habitación de una fonda!... ¡Qué pena! ¡Sin tener a su alrededor ninguna persona querida!...

DON SEGISMUNDO. Mujer, mujer... a falta de las de su familia, tu madre desde el primer momento no abandona la cabecera de su cama.

ROSALÍA. Lo está tratando como a un hijo. Dos noches lo ha velado ya.

MARUCHA. ¡Ay! Me he quedado un poquito traspuesta en el comedor, ¡y he soñado una de horrores en dos minutos!...

DON SEGISMUNDO. Pues date ahora una vuelta por los pasillos, bébete un buen vaso de agua fresca, y desecha esas ideas terribles...

MARUCHA. Como me lo dices voy a hacerlo. Porque ¡estoy tan preocupada con Marín!... Rosalía, no te rías, no seas mala. Papá, dile que no sea mala... Ya veis que es un muchacho que no ha venido acá más que unas cuantas veces... y que ni se ha fijado en mí, ni muchísimo menos... pero ¡qué sé yo!... ¡Vaya usted a explicarse!...

DON SEGISMUNDO. Anda, anda; déjanos trabajar.

ROSALÍA. Y vete luego al comedor, no se duerma la tía Mercedes.

MARUCHA. La tía Mercedes no se duerme.

¡Sabe más!... Cierra un ojo, y los novios se creen que es el bueno, y que está dormida... Y el que cierra es el de cristal. ¡Ay, Jesús! ¡Quiera Dios que se me vayan estas ideas tan tristes!... *Éntrase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON SEGISMUNDO. Cómo me recuerda esta muñeca de Marucha a tu madre, cuando nos conocimos. Ténía el mismo dengue, el mismo dejillo de mosquita muerta... Y luego, ya ves: me dió ocho hijas, os ha criado a las ocho, y ha sido una mujer para todo en la vida.

ROSALÍA. *Barajando ideas.* ¡Pobrecillo Marín!... La verdad es que... Bueno, ¿seguimos traduciendo?

DON SEGISMUNDO. Seguiremos otro ratito... Llamándole a esto traducir. «Una mañana, el viejo Golber...»

Sale Brígida por la puerta del foro. Es una criada que habla siempre en voz baja y con cara de susto.

BRÍGIDA. Señor.

DON SEGISMUNDO. ¡Vaya! ¿Qué hay?

BRÍGIDA. Una señora pregunta por usted.

DON SEGISMUNDO. ¿Por mí?

ROSALÍA. ¿Quién es, no te ha dicho?

BRÍGIDA. Sí me lo ha dicho, sí; pero se me ha olvidado.

DON SEGISMUNDO. ¡Válgate Dios!

BRÍGIDA. Aguarde usted: doña... doña... ¡doña Jenara!

DON SEGISMUNDO. ¿Doña Jenara Izquierdo?

BRÍGIDA. ¡La misma!

ROSALÍA. ¿La madre de Tomás?

DON SEGISMUNDO. Seguramente. Que pase en seguida.

BRÍGIDA. ¿Cómo?

DON SEGISMUNDO. Que pase.

BRÍGIDA. ¿Que pase?

DON SEGISMUNDO. Sí; que entre.

BRÍGIDA. ¡Ah! Eso es otra cosa. *Se va.*

ROSALÍA. ¡Qué mujer! Parece que está siempre asustada.

Asoma Brígida de nuevo.

BRÍGIDA. ¿A la sala o aquí?

DON SEGISMUNDO. *Sobrecogido.* ¿Eh?

BRÍGIDA. ¿A la sala o aquí?

DON SEGISMUNDO. Aquí; aquí. *Vase Brígida.* Ahora soy yo el que se ha asustado.

ROSALÍA. Y yo. ¡Demonio de mujer!

DON SEGISMUNDO. ¡Le da a todo una importancia y un misterio!

ROSALÍA. ¿Se acabó el trabajo, verdad?

DON SEGISMUNDO. Se acabó. Digo, este trabajo: porque todo es trabajar, no te creas. Déjame solo con esa señora.

ROSALÍA. Y ¿le digo a Tomás que ha venido?

DON SEGISMUNDO. Ni una palabra, como yo no avise.

ROSALÍA. Descuida. *Se va por la puerta de la izquierda.*

DON SEGISMUNDO. *Preparándose a recibir a la dama.* ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! El mundo gira, el mundo rueda, y su vida está en su movimiento. *Doña Jenara aparece en la puerta del foro. Es una señora de buen ver. Viene de velo, y habla con cierto dejo popular madrileño.* ¡Oh, señora! ¿Para qué se ha molestado usted? ¿Cómo está usted?

DOÑA JENARA. Bien; para servirle.

DON SEGISMUNDO. Tenga la bondad de sentarse.

DOÑA JENARA. Muchas gracias.

Se sientan los dos.

DON SEGISMUNDO. Por lo visto, en mi carta me he expresado mal. Mi intención fué pedirle a usted hora para visitarla en su casa; en modo alguno...

DOÑA JENARA. No; si ya lo entendí; si era eso lo que usted me decía. Pero yó pensé: este señor está muy ocupado: ¿a qué voy a hacerle perder tiempo en ir y venir? Y como la cuestión es que hablemos, aquí estoy. Cuanto antes, mejor. No sabe usted las ganas que yo tenía de conocerlo a usted personalmente para decirle más de cuatro cosas.

DON SEGISMUNDO. Me alegro entonces de que las aguas hayan corrido por este cauce. Voy a cerrar las puertas, para que ni una sola palabra salga de aquí... mientras no nos pongamos de acuerdo. *Lo hace.*

DOÑA JENARA. ¿Y mi hijo, está ahí?

DON SEGISMUNDO. ¡Pues no! Hablando con mi hija, precisamente. Porque los hijos hablan allá, hablan aquí los padres.

DOÑA JENARA. Sí, señor: es mucha verdad. Y al oírlo a usted, con esa cara de bueno que tiene—usted disimule la confianza—, se me encienden los remordimientos que ya sentía. Porque esta visita la he debido yo hacer mucho antes. *Sofocándose por palabras.* ¡Sí, señor; sí, señor: mi hijo es un pillo; mi hijo hace muy mal en engreír a ninguna chica; mi hijo no se puede casar con su hija de usted!

DON SEGISMUNDO. *Alarmándose un punto.* ¿Por qué, señora?

DOÑA JENARA. ¡Porque en ley de Dios no se puede casar!

DON SEGISMUNDO. ¿Es casado?

DOÑA JENARA. ¡Qué ha de ser casado!

DON SEGISMUNDO. *Recobrando su aplomo.* ¡Entonces sí se puede casar!

DOÑA JENARA. Según y cómo, señor don don don... ¿Cómo se llama usted?

DON SEGISMUNDO. Segismundo, señora.

DOÑA JENARA. Pues según y cómo, señor don Segismundo. Yo soy muy franca y muy decente, y a mí no me gusta que mi hijo engañe a nadie. Porque mi marido, que esté en gloria, no engañó a nadie. ¡A nadie! ¡Ni a mí!—que eso lo cuentan muy pocas mujeres—. Y como él no ha podido

ver engaños en su casa, se me arde la sangre y me sofoco toda de ver lo que está haciendo. Yo le voy a decir a usted lo que es mi hijo, y luego, usted que es padre, verá si le rompe un hueso o lo que determina.

DON SEGISMUNDO. Cálmese; cálmese usted, señora...

DOÑA JENARA. ¡No puedo; no puedo! Mire usted: mi hijo es un vago; mi hijo se levanta a las doce; mi hijo no estudia; mi hijo bebe; mi hijo no sabe ganar una peseta; mi hijo trasnocha; mi hijo empeña los libros; mi hijo no confiesa; mi hijo no oye misa... ¡mi hijo es una condenación! Ese es mi hijo: ya sabe usted quién es mi hijo. Y me va usted a permitir que ponga derecho este cuadro, porque yo, en viendo que vea un cuadro torcido, no puedo hablar una palabra. ¡Manías! *Se levanta y lo hace.*

DON SEGISMUNDO. Señora, está usted en su casa... ¡Ja, ja! Y venga aquí, y sosiegue ese ánimo... Usted, en su buena fe, hace montes de granos de arena... ¡Donoso lance éste! La madre acusando... y el suegro defendiendo... ¡Ja, ja!

DOÑA JENARA. Lo que veo es que a usted lo ha engatusado, como a todo el mundo. Porque, eso sí: gatera, ya es gatera; y labia y gancho ya le ha dado Dios; y desparpajo y metimiento, no le faltan a él. ¡Como digo una cosa, digo otra! Pero ¡me va a matar!

DON SEGISMUNDO. Francamente, señora, a mí

bien hubiese podido engañarme, porque a mí me engaña una codorniz... pero es que, en rigor, los cargos que usted acumula contra él son pueriles, ¡fundamentalmente pueriles!... ¡Que no estudia! Y ¿quién estudia ya en este país, donde todo se debe al favoritismo? ¡Que se levanta a las doce! Y si no estudia, ¿para qué se ha de levantar más temprano? ¡Que empeña los libros! Y ¿para qué los quiere, si no estudia? ¡Que bebe! ¡Esa es una necesidad fisiológica! ¡Que no oye misa! Y ¿quién oye misa a la edad que tiene Tomás? A esa edad, si se va a la iglesia, es a ver a la novia; y su hijo de usted prefiere, con muy buen gusto, ver a la novia fuera de la iglesia. ¡El sacerdote más escrupuloso lo absolvería!

DOÑA JENARA. Vamos, señor: ¡si le parece a usted, lo pondremos en un altar con una palmita y un perro lamiéndole las llagas!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Pero ni tanto ni tan calvo, Gonzalvo. ¡A la cantera! ¡a la cantera! Dígame usted: el chico ¿es listo?

DOÑA JENARA. ¿Que si es listo? ¡Un rayo! ¡Anda, pues si él quisiera trabajar! ¡Corta un pelo en el aire!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! ¿Es bueno? ¿Tiene corazón?

DOÑA JENARA. ¡No le cabe en el pecho! Mentiría yo si lo negara. Ve una pena de otro, y le duele como si fuera propia.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Tenemos

hombre; tenemos hombre. Ya saldrá; ya saldrá... Así lo he apreciado yo desde el primer día, y por eso he consentido sus amores con mi hija Amalia. ¡Con Amalia! ¡Con Amalia! Luego conocerá usted a Amalia. Decir Amalia aquí, es decir la perla de esta casa. Y todas son mis hijas: ¡y tengo ocho! Pero la perla de la casa es ella.

DOÑA JENARA. Sí, señor; y yo me alegro mucho de que su elección haya sido tan acertada. Y quedamos en que la chica es una perla, y el chico, San Isidro Labrador, y en que se quieren a morir; pero ya sabe usted que los suspiros no alimentan; más bien debilitan; y mi hijo, sobre que no sabe ganarlo, no tiene dinero.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!

DOÑA JENARA. No, señor; lo que es en eso no me convence usted. ¡No tiene dos reales!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!

DOÑA JENARA. ¡Le digo a usted que ni dos reales!

DON SEGISMUNDO. ¡Si ya lo sé! «Mucho; mucho», en esta ocasión significa que estamos de acuerdo.

DOÑA JENARA. ¡Ah!

DON SEGISMUNDO. Ciertamente su hijo de usted no tiene dinero, ni mi hija tampoco; y claro está que para casarse lo necesitan...

DOÑA JENARA. ¡Mucho; mucho!

DON SEGISMUNDO. Mucho, no; una cosa prudente...

DOÑA JENARA. ¡Si es que yo también estoy de acuerdo ahora!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! ¡Muy bien; muy bien! De muy buena ley... Pues óigame usted cuatro palabras. Un pariente mío—pariente y protector—tiene por Tomasillo las más fervientes simpatías, y me ha ofrecido para él, viéndolo tan enamorado de Amalia, un destino que le permita realizar sus sueños. Mi opinión es que la salvación del chico está ahí: con la golosinilla de la boda, con la miel del te quiero y me quieres, se nos mete en trabajo, se acostumbra a él, y se hace un hombrecito. Usted ¿qué dice a esto?

DOÑA JENARA. *Un poco conmovida.* ¡Ay, señor don don don...!

DON SEGISMUNDO. Segismundo.

DOÑA JENARA. Don Segismundo, que nunca me acuerdo de su nombre: ¿qué quiere usted que diga yo? ¡Que el padre de mi hijo no haría más por él! Si ese es mi afán: que se arrime a buen árbol, que sea formalito, que se deje de gandulear, que trabaje, que mire al mañana...

DON SEGISMUNDO. ¡Oh! Pierda usted cuidado... Se va a casar con una hormiguita... Mi hija Amalia es una hormiguita... Va usted a conocerla.

DOÑA JENARA. Me veré muy favorecida, señor. Ya no deseo otra cosa.

Don Segismundo va a la puerta del foro a llamar a Brígida. Mientras tanto, doña Jenara coloca otros cuadros derechos.

DON SEGISMUNDO. ¡Brígida! ¡Brígida! *Asoma Brígida, siempre asustada, naturalmente, y don Segismundo le da un recadito en voz baja.* Ahora vendrá.

DOÑA JENARA. Muchas gracias, señor.

Vuelve a asomar Brígida.

BRÍGIDA. ¿La señorita Amalia sola?

DON SEGISMUNDO. Sí; sola, ella sola. *Se va Brígida.* Esta criada cree que tenemos siempre un enfermo grave. Pues bien, amiga mía: mañana a primera hora veré yo a Cayetano, mi pariente, le hablaré con entera seriedad del caso, y luego pasaré a saludar a usted para enterarla de todos los pormenores: índole del destino, sueldo, etc., etc.

DOÑA JENARA. Lo que usted guste, señor, lo que usted guste.

Sale Amalia por la puerta de la izquierda. Al ver a doña Jenara se sorprende ligeramente.

DON SEGISMUNDO. Aquí la tiene usted: ésta es Amalia.

AMALIA. Servidora.

DOÑA JENARA. Por muchos años. *Contempla encantada unos momentos a la muchachita.*

DON SEGISMUNDO. ¿Tú conoces a esta señora?

AMALIA. De vista... Una tarde tuve el gusto de encontrármela con Tomás... y luego él me dijo...

DOÑA JENARA. ¡Sí que ha sabido elegir el muy sinvergüenza! ¡Vaya si es bonita, señor! ¡Y tan

repulidita que ella parece! ¡Le digo a usted que es de lo más chulo! Bueno, todos los pillos tienen suerte... ¡Pillo, más que pillo! ¿De cuándo acá se va a merecer él este confite? ¡El muy granuja!... ¡el muy pendón!.. ¡el muy gandulazo!...

Don Segismundo. Yo no sé si tú sabrás que habla de tu novio.

Amalia. Ya lo he comprendido.. Pero no me hace mella.

Doña Jenara. ¡No la hace mella, dice! ¡Mira qué buen agrado tiene y qué gracia! ¡Es un regalo esta criatura! ¡un regalo!

Amalia. Usted me favorece.

Doña Jenara. *Yéndose de repente a la mocita, con efusión de suegra simpática.* ¡A ver si me lo metes en cintura, hija mía! ¡Lo que tú, con esa cara, no puedas con él, no ha de poderlo nadie! ¡Que arrime el hombro al trabajo! ¡que sude!

Don Segismundo. Sudará, sudará...

Doña Jenara. ¡Que no es hijo de ningunos príncipes! Está tan mimado, tan consentidote... ¡Ay, señor! Lo peor que puede pasarle a un matrimonio es no tener más que un hijo.

Don Segismundo. Con permiso de usted, amiga mía, puede pasarle algo peor. ¡Ja, ja!

Doña Jenara. Entiéndame usted por qué se lo digo. Pero ¡qué bonita eres, hija mía! ¡Dame un beso! ¡Te voy a querer más que a él! Y me voy, me voy, porque si no me voy, no dejo de hablar.

DON SEGISMUNDO. ¡Como ya están todos los cuadros derechos!

DOÑA JENARA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué sombra ha tenido! Quedamos en lo que quedamos, don don don...

DON SEGISMUNDO. Segismundo.

DOÑA JENARA. Don Segismundo. Ya sabe usted su casa. Dame tú otro beso, bonita. No se molesten, no se molesten... Buenas noches... *Al llegar a la puerta del foro apaga maquinalmente la luz.* ¡Ay! ¡Los dejaba a oscuras! La costumbre que tengo en casa.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

DOÑA JENARA. Disimulen ustedes. Buenas noches. No se moleste usted, señor.

DON SEGISMUNDO. No es molestia ninguna.

Doña Jenara se va por la puerta del foro, hacia la derecha. Don Segismundo la sigue. Amalia queda asomada a la puerta, despidiéndola.

AMALIA. Adiós... vaya usted con Dios.

Vuelve don Segismundo.

DON SEGISMUNDO. ¿Eh, qué tal? Dame tú un abrazo.

AMALIA. ¡Con toda el alma, papaíto! ¡Qué buenísimo eres! Y esta señora es muy campechana y muy agradable. ¿Quieres algo?

DON SEGISMUNDO. Que te vayas, que es lo que tú quieres.

AMALIA. Pues hasta luego. ¡Estoy más contenta que mi suegra! *Se marcha por donde salió.*

DON SEGISMUNDO. ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! ¿Hoy es trece, verdad? Porque se me está dando un buen día...

Aparece Alfredo por la derecha en el pasillo, y deja su sombrero.

ALFREDO. ¿Se puede, don Segis?

DON SEGISMUNDO. ¡Qué preguntas haces, Alfredo!

ALFREDO. Es que no vengo solo. Pasa, Emilio.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah!

Surge en el pasillo Emilio Vázquez, sombrero en mano. Es un autor cómico, envanecidillo con el triunfo de su primera obra, porque los críticos han dicho de él que es un «grano» para algunos autores famosos.

EMILIO. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. ¡Adelante, señor!

ALFREDO. *Presentándolos.* Don Segismundo Caín. Mi amigo Emilio Vázquez.

DON SEGISMUNDO. Tanto honor...

EMILIO. Tanto gusto...

ALFREDO. Autor cómico muy aplaudido.

DON SEGISMUNDO. ¿Hola?

EMILIO. ¡Psche!...

ALFREDO. Ha hecho sus primeras armas ahora en el Salón Martínez.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah, en el Salón Martínez! ¿Qué compañía trabaja en él?

EMILIO. Una muy modestita. Sí. La compañía Sánchez-Pérez-Bermúdez. Sí.

DON SEGISMUNDO. Tengo una idea de haber leído algo de eso... ¿Cómo se titula la obra de usted?

EMILIO. «*Castañas pilongas.*» Sí.

DON SEGISMUNDO. «*¡Castañas pilongas!*» Es gracioso el título, ¿verdad?

ALFREDO. Sí, señor. Y la obra. Ha gustado mucho. Yo estuve en el estreno.

EMILIO. Es un sainetito. Sí.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Cultiva usted el género que más me agrada: el sainete. Tan castizo, tan español... La gracia culta, la sátira burlona de las costumbres... «*Castigat ridendo mores...*» ¡No vaya usted a sacar un sainetito de esta casa! ¡Ja, ja! Pero, sentémonos. ¿O pasamos al comedor? ¿Qué te parece, Alfredo?

ALFREDO. Mejor será. Allí están las chicas...

DON SEGISMUNDO. Dices bien. Vamos, vamos al comedor.

ALFREDO. Yo le espero aquí, don Segismundo. Con permiso de Emilio, necesito hablarle a usted en seguida.

DON SEGISMUNDO. ¿Ah, sí? Pues en seguida vuelvo. Usted perdonará...

EMILIO. No hay de qué, señor mío.

DON SEGISMUNDO. *Llevándoselo del brazo.* ¿Conque tan joven y ya autor cómico aplaudido, eh?

EMILIO. Sí, señor, sí.

DON SEGISMUNDO. Es la misión más alta: la de divertir a los hombres... Lo dijo Schiller, como usted sabe mejor que yo.

EMILIO. Sí, señor, sí.

DON SEGISMUNDO. Pase usted.

EMILIO. Muchas gracias.

Se van por la puerta de la izquierda. Don Segismundo mira a Alfredo con gratitud.

ALFREDO. *Paseándose preocupado.* ¡Pobre don Segis! Le voy a dar la noche... Sí. Y es claro que debo decírselo. Sí. Porque sabe Dios adónde habrán llegado las cosas... Sí. Y si hace falta, obligaremos a ese joven... Sí. ¡Caramba! ¡Que se me ha pegado la muletilla del autor cómico!

Sale Rosalía por la puerta de la izquierda.

ROSALÍA. ¿Por qué no has ido al comedor?

ALFREDO. Porque quería que tú vinieras.

ROSALÍA. Pues aquí me tienes. En cuanto vi llegar a papá con un muchacho nuevo, pensé: «Alfredo está ahí.»

ALFREDO. Y aquí estoy, en efecto. ¿Te lo ha presentado tu padre?

ROSALÍA. *Remedando a Emilio.* Sí. Me lo ha presentado. Sí.

ALFREDO. Ya veo que te lo ha presentado. Es simpático, ¿eh?

ROSALÍA. Sí.

ALFREDO. Sí. *Se ríen.* ¡Burlona!

ROSALÍA. ¿Cuándo nos casamos?

ALFREDO. ¡Nunca!

ROSALÍA. ¡Ja, ja, ja!

ALFREDO. Vas a tener que pedírmelo en cruz.

ROSALÍA. Menos que en cruz.

ALFREDO. Y conste que no es de nobles vencedores divertirse así de los vencidos.

ROSALÍA. ¿Te declaras vencido?

ALFREDO. ¡Vencido y convencido! ¿No lo estás viendo? Al cabo triunfó lo que debía: se hizo la luz en mi mollera. Pero me he llevado más de un mes con unas dudas y unos recelos... que no los quiero para ti. La otra noche me daba de coscorrones en mi cuarto. «¡Animal! ¡zopenco! ¡que deberías estar tirando de una carreta! ¿De manera que cuando tu novia te demuestra en su cariño a los suyos todo lo que vale moralmente, es cuando a ti se te ocurre hacer de Otelo y ponerte en ridículo? ¡Eres un ser abominable!» Todo esto me decía.

ROSALÍA. Pues no te mereces más que la mitad.

ALFREDO. Y que tú me quieras, ¿me lo merezco?

ROSALÍA. *Después de bailar un rigodón con los ojos.* Sí.

ALFREDO. ¡Entonces pídeme... hasta que me tire por el balcón!

ROSALÍA. Tírate.

ALFREDO. Mira que me tiro.

ROSALÍA. Tírate. *Alfredo se dirige al balcón.* No te tires.

ALFREDO. ¿No me tiro?

ROSALÍA. ¿Para qué, si es un entresuelo y no vas a matarte?

ALFREDO. *Corriendo hacia ella y cogiéndole las manos apasionadamente.* ¡Bendita sea tu cara!

ROSALÍA. ¡Te quiero mucho, Alfredo!

ALFREDO. ¿Mucho?

ROSALÍA. Mucho. Pon todos los muchos que dice papá al cabo del día, y todavía son pocos.

ALFREDO. Pues multiplica esos muchos por mi cariño, y así te quiero yo.

Cogidos de las manos se miran unos momentos sin palabras.

ROSALÍA. ¡Ay, Alfredo!

ALFREDO. ¿Qué?

ROSALÍA. ¡Qué mal lo vamos a pasar como no se casen pronto las chicas!

ALFREDO. No lo dudo un instante. Ya en todo pienso como tú. ¡Hay que casarlas por la posta!

Óyese la tos de Caín detrás de la puerta del foro. Alfredo y Rosalía se sueltan las manos. La tos continúa, y entonces se separan. Se oyen dos o tres golpes más y se separan otro poco.

ROSALÍA. ¡Jesús! Pero ¿qué idea tiene papá de las distancias?

Sale don Segismundo con los residuos de la tos.

DON SEGISMUNDO. ¡Ay, ay, ay!

ROSALÍA. ¿Por qué no tomas unos vahos de brea?

DON SEGISMUNDO. ¡Esta tos no se cura con brea! *A Alfredo.* Oye, ¿sabes que me agrada bastante ese chico? Tiene labia, tiene despejo natural...

ALFREDO. Es compañero de mi nueva casa de huéspedes. Y sí parece listo, sí.

DON SEGISMUNDO. Sí. Y ¿era cierto que deseabas hablarme?

ALFREDO. ¡Ojalá no lo fuera, don Segismundo!

DON SEGISMUNDO. *Mirando alternativamente a los novios.* ¿Eh?

ALFREDO. Porque lo que tengo que decirle es, cuando menos, bastante desagradable, y pudiera ser grave además.

ROSALÍA. ¿Grave?... Y ¿por qué me lo has callado, Alfredo? ¿Es que estorbo yo?

ALFREDO. No; al contrario: quédate.

DON SEGISMUNDO. ¿Grave, dices? Pocas cosas hay graves en este mundo.

ALFREDO. Pues ésta, en mi concepto, lo es.

DON SEGISMUNDO. Habla.

ALFREDO. Ustedes me conocen y saben que yo no tengo pelos en la lengua, ni puedo decir las cosas con rodeos.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho!

ALFREDO. Pues bien: cuando anoche me fuí

de aquí, antes de recogerme, estuve dando vueltas por las calles tomando el fresco; y al pasar de nuevo por ésta, camino de mi casa ya, vi que del balcón del cuarto de Estrella se descolgaba un hombre.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué dices?

ROSALÍA. ¡Ah, vamos! *A don Segismundo.* No te alarmes; no es eso.

ALFREDO. ¿Cómo que no es eso? ¿Me vas a negar lo que yo vi?

ROSALÍA. Estoy enterada... Yo explicaré... Óyeme, papaíto.

DON SEGISMUNDO. Deja, deja que acabe éste. ¿Has dicho que se descolgaba un hombre del cuarto de mi hija?

ALFREDO. Sí, señor.

DON SEGISMUNDO. Y ¿quién era ese hombre? ¿Tú lo reconociste?

ALFREDO. Pepín Castrolejo.

DON SEGISMUNDO. ¡Pepín Castrolejo! ¡Ah, traidorzuelo sinvergüenza! No lo creí tan osado.

ROSALÍA. Papá, pero yo explicaré...

DON SEGISMUNDO. ¡Eso no es un hombre, como tú has dicho! ¡Es el novio de ella, que es peor!

ROSALÍA. ¿Quieres oírme?

DON SEGISMUNDO. Un hombre, un desconocido, puede ser un ladrón que entró por una alhaja; pero un novio que escala el balcón de su novia, aunque nada se lleve, se lleva algo más que pueda llevarse una partida de ladrones.

ROSALÍA. Papá, papá, no hagamos una escena de novela, que bastantes hay con las que tú traduces. Yo lo sé todo: ¿no me ves tranquila?

DON SEGISMUNDO. Por lo que hace a Estrella, lo estoy yo también, porque en ella tengo confianza; pero... En fin, dime tú: ¿qué diablos pasó?

ROSALÍA. Estrella misma me lo ha contado. Pasó que ese monigotillo, que le está buscando tres pies al gato desde el principio de las relaciones, le dijo anoche, entre burlas y veras, cuando ella salió al balcón a despedirlo, como de costumbre, que iba a subir a darle un beso... o qué sé yo qué. Tonterías.

DON SEGISMUNDO. Sigue, que no son tonterías.

ALFREDO. ¡Tonterías, don Segis!

DON SEGISMUNDO. Sigue.

ROSALÍA. Que no lo harás, que sí lo haré; que no te atreves; que subo, que no subes... Total: que, con unas y con otras, trepó como un gato por la reja de la taberna, y ganó el balcón. Entonces Estrella se puso por las nubes: cerró los cristales, cerró las maderas, y lo dejó allí como un tiesto. Esta es la historia.

ALFREDO. Que no desmiente en un ápice lo que yo he contado.

ROSALÍA. Pero que necesitaba explicarse, como comprenderás.

DON SEGISMUNDO. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Con cuantísima razón recelaba tu

madre de ese monicaco! Mal corresponde a nuestro noble afecto. Vivir para ver. *Silencio.* Repito que, por mi hija, estaba yo tranquilo, porque la conozco. Pero ¡ay! que la gente no la conoce como yo. Calumnia, que algo queda...

ALFREDO. ¡He ahí el gran peligro!

DON SEGISMUNDO. *¡Voilà!*

ROSALÍA. La calumnia... Es cierto.

DON SEGISMUNDO. Del mismo modo que éste ha visto bajar del balcón al señorito ése, han podido verlo otras personas que ignoran cuándo y a qué subió. Este es el caso — no hay que darle más vueltas —, y sabido es cómo estos casos se resuelven entre personas que guardan su buen nombre.

ALFREDO. ¡Sí, señor; dice usted muy bien!

ROSALÍA. ¿Un duelo?

DON SEGISMUNDO. ¡Quiá!

ALFREDO. ¡Mi primer impulso fué saltar sobre él, cogerlo por el cuello y ahogarlo!

DON SEGISMUNDO. ¡Nunca! ¡Hubieras hecho un gran desatino!

ROSALÍA. ¡Como que así no se remedia nada, señor!

DON SEGISMUNDO. ¡Nada absolutamente! Aquí la solución es clarísima; de una transparencia de cristal; y, por buenas o por malas, a ella hemos de ir. Yo espero que será por buenas.

ALFREDO. ¡O por malas! No se puede jugar impunemente con la reputación de una señorita.

Y si, en último término, fuera preciso romperle la cabeza a ese pollo...

ROSALÍA. ¡Y dale!

DON SEGISMUNDO. ¡Todo menos eso, hombre de Dios! ¡Déjale la cabeza quieta! Y ahora, ya que eres tan bueno, una súplica.

ALFREDO. Usted me manda.

DON SEGISMUNDO. Esta noche no sale de aquí ese mocito sin hablar conmigo seriamente. Yo quiero que se halle presente en la entrevista el tío Cayetano.

ROSALÍA. ¿El tío Cayetano?

DON SEGISMUNDO. Sí. Toma un coche, y llégate al Casino por él. Me basta y me sobra mi autoridad de padre; pero no me estorba la de un hombre de la representación de Cayetano.

ALFREDO. Ni una palabra más. Aquí estoy con él antes de diez minutos. ¿Tú quieres algo, Rosalía?

ROSALÍA. Nada; que vuelvas.

ALFREDO. Hasta ahora. ¿Supongo que no te quejarás de mí?

ROSALÍA. ¡Quejarme! Me tienes encantada...

Vase Alfredo precipitadamente por la puerta del foro.

DON SEGISMUNDO. Este chico vale un imperio. ¡Cómo colabora en nuestros afanes! ¿Verdad, Rosalía?

ROSALÍA. Es un bendito. *Mirando hacia dentro desde la puerta.* Ahí tenemos de vuelta a mamá. Al salir Alfredo, ha entrado ella.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah, mamá! Pues, oye: luego, tú, de la manera más discreta, a solas las dos, entérala de todas estas amargas novedades. Ahora, disimulemos.

Sale doña Elvira por la puerta del foro, un poco fatigada.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay! Ya estoy aquí; creí que no llegaba. Se ha levantado un vendaval horrible.

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo sigue ese pobre muchacho?

ROSALÍA. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Mejor; está mejor, a Dios gracias. Treinta y ocho y décimas ha tenido esta tarde. *A Rosalía, besándola.* Dame un beso, cielo. *A don Segis, besándolo también.* Ven acá tú, descastadote.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

ROSALÍA. De manera que está mejor, ¿eh? ¡Lo que se va a alegrar Marucha! *Llamando desde la puerta del foro.* ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Ya ha venido mamá!

DOÑA ELVIRA. *Con júbilo.* A propósito de Marucha, tengo que contaros...

ROSALÍA. ¿Qué?

DOÑA ELVIRA. Que es indudable: Marín está impresionadísimo.

DON SEGISMUNDO. ¿Sí?

DOÑA ELVIRA. ¡En el delirio de la fiebre la nombra con frecuencia!...

Sale Marucha por la puerta de la izquierda. Sus hermanas salen luego tambien por la misma puerta.

MARUCHA. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Está mejor, corazón mío.

MARUCHA. ¿Está mejor?

DON SEGISMUNDO. Sí, está mejor: treinta y siete...

DOÑA ELVIRA. Treinta y ocho y décimas. No te apures tú, palomita. *La besa.*

MARUCHA. ¡El pobre!... Si no fuera por ti, que eres tan buena, se hubiera muerto como un perro.

ROSALÍA. No tanto, mujer...

DOÑA ELVIRA. En los momentos en que se limpia más de fiebre, se deshace conmigo en palabras de gratitud.

MARUCHA. ¡Mira qué bueno!

DOÑA ELVIRA. Y por Dios me pide que no se les avise a sus padres, como no se agravara demasiado.

MARUCHA. ¡Pobrecito! ¡Qué bueno, qué bueno! Papá, si yo caigo mala algún día, muy mala, muy mala, y tú estás fuera, como no me vaya a morir no te aviso.

DON SEGISMUNDO. ¡Me parece muy acertado! ¡Ja, ja!

DOÑA ELVIRA. *Besando otra vez a Marucha.* Pero ¡qué rica eres!

ROSALÍA. Y qué previsora además.

MARUCHA. Y tú qué mala: siempre me estás pinchando.

Sale Estrella.

ESTRELLA. Hola, mamá. ¿Cómo has pasado el día?

DOÑA ELVIRA. Bien. Acordándome mucho de vosotras. *La besa.*

ESTRELLA. Y ¿cómo está Marín?

MARUCHA. Está mejor; está mejor, ¿sabes?

ROSALÍA. Treinta y ocho y décimas.

ESTRELLA. Vaya, me alegro. Que sea enhorabuena, Marucha.

MARUCHA. ¡Ay, qué tonta! Mamá, mira lo que me dice ésta.

ESTRELLA. Por supuesto, yo voy a reventar de risa. Viene Pepín esta noche desatado. ¡Qué de tonterías nos ha dicho! Y yo me temo, me temo cuando viene así desatado.

Sale Amalia.

AMALIA. Buenas noches, mamaíta. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Está mejor. *La besa.*

MARUCHA. Está mucho mejor. Treinta y ocho y décimas nada más.

DON SEGISMUNDO. Está mejor.

ROSALÍA. Está mejor.

ESTRELLA. Está mejor.

MARUCHA. *A Fifí, que sale.* ¿Sabes, Fifí? Marín está mejor.

FIFÍ. ¿Está mejor?

DOÑA ELVIRA. Sí; está mejor. *La besa.* ¡Reina del mundo!

ROSALÍA. Está mejor. Treinta y ocho y décimas.

DON SEGISMUNDO. Está mejor.

AMALIA. Está mejor.

ESTRELLA. Está mejor.

DOÑA ELVIRA. Por cierto—¿me oyes, Segis?—que hay que llevarle el caldo de aquí. Por humanidad. Hoy subió la camarera un caldo que era veneno.

MARUCHA. ¡Ay, qué mala! ¡Que metan a esa mujer en la cárcel!

ROSALÍA. ¡Jesús!

DOÑA ELVIRA. Mañana—¿sabes, Mundo?—aunque sea haciendo un sacrificio, mataremos un pollo.

DON SEGISMUNDO. *Humorísticamente.* ¡Baja la voz!

DOÑA ELVIRA. ¿Por qué?

DON SEGISMUNDO. ¡Porque en el comedor hay un pollo nuevo, y pudiera asustarse!

Grandes risas.

MARUCHA. ¡Ay, qué gracioso es mi papá! *Lo besa.*

DOÑA ELVIRA. ¿Qué me decís? ¿Hay un pollo nuevo en el comedor?

ROSALÍA. Alfredo lo ha traído.

DON SEGISMUNDO. Muy simpatiquillo, por cierto.

AMALIA. Y muy galante.

ESTRELLA. Y se ha enamorado de Fifí.

FIFÍ. No, no, no, no.

DOÑA ELVIRA. ¿Esas tenemos?

FIFÍ. No, no, no, no.

DOÑA ELVIRA. *Besándola.* Pero, simple, ¿qué mal hay en ello? Anda, vamos allá; que yo lo conozca.

ESTRELLA. Sí, sí; vámonos para allá.

AMALIA. Vámonos, vámonos.

ROSALÍA. Es autor cómico: ha estrenado las *«Castañas pilongas»*.

ESTRELLA. ¡Y también dice *colmos*, como Pepín! Pero sin tanta gracia.

MARUCHA. ¡Pues uno ha dicho muy salado!

AMALIA. Y a Fifí le ha echado muchas flores.

FIFÍ. No, no, no, no.

DOÑA ELVIRA. ¡Vaya, vaya, veo que ha caído bien, ha caído bien el recién llegado!

Hablándole a la madre todas a la vez se van por la puerta del foro, hacia la izquierda.

DON SEGISMUNDO. Ya iré yo ahora, ¿eh? No os curéis de mí, que he de corregir un poco unas cuartillas. *Cuando se queda solo, exclama:* La soledad es madre de la inspiración. *Pasea. Luego se asoma vigilante a una puerta y a otra, y las cierra. Se sienta a la mesa y busca entre los papeles un plieguecillo blanco para una carta. Después de desechar dos o tres distintos, elige uno pequeño. Toma la pluma para escribir, y se detiene. La deja*

y toma un lapicero. Va a escribir naturalmente con la mano derecha, y de pronto se detiene otra vez. Coge el lápiz con la izquierda y traza unos renglones. Lee lo que ha escrito, y arruga el pliego como llevado de la cólera. Por fin lo dobla y se lo guarda. Se levanta y vuelve a pasear. Y como expresión y resumen de cuanto ha pensado y ha hecho, dice:

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

Aparece por la puerta del foro el tío Cayetano. Alfredo lo sigue.

TÍO CAYETANO. ¡Chico, qué nochecita de aire!

DON SEGISMUNDO. ¡Cayetano!

TÍO CAYETANO. ¡Cómo sopla Febo!

ALFREDO. ¡Hay que echarse piedras en los bolsillos!

DON SEGISMUNDO. ¡Y yo que te he hecho venir en tal noche! ¿Por qué eres tan bueno, Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¿Quieres callarte, Segismundo? Si yo no te sirvo para ocasiones como la presente, ¿para qué he de servirte yo? Cuando yo vi entrar a éste, y éste me dijo a lo que iba, estaba yo tomando mi taza de café, mi copa de coñac y mi vaso de agua, y allí se quedó todo.

DON SEGISMUNDO. ¡Válgame el Señor! ¡Qué trastorno! ¿Quieres tomar aquí alguna cosa?

TÍO CAYETANO. No; si el café y el coñac ya me los había yo bebido. Quiero decir que ni le pagué al criado, ni me ocupé de nada más que de servirte.

DON SEGISMUNDO. Que Dios te lo premie. Alfredo te habrá dicho...

ALFREDO. Sí; ya sabe de lo que se trata.

TÍO CAYETANO. Sí: ya sé yo de lo que se trata. Y ¿qué piensas hacer, si has pensado algo?

DON SEGISMUNDO. Te diré: no he pensado más que una cosa: llamar aquí a ese joven—y de ahí que haya querido ampararme de tu apoyo moral—y pedirle primeramente, y después exigirle, si hiciera falta, que cumpla su deber de caballero. Y como el tiempo vuela, y tu tiempo es precioso, Cayetano, porque para ti no hay minuto perdido, vamos a afrontar la situación. Alfredo, ángel tutelar de esta casa, ten la bondad de ir al comedor y suplicarle a Pepín que venga; que le vamos a decir un *colmo.*

ALFREDO. Ahora mismo. *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON SEGISMUNDO. ¡A qué amargas consideraciones se presta la vida algunas veces, Cayetano!

TÍO CAYETANO. Eso se me estaba ocurriendo a mí.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! Hombre; y dispensa mi olvido. ¡Si no sé dónde tengo la cabeza! Enhora-

buena por la nueva encomienda con que han premiado tus relevantes méritos.

Tío Cayetano. ¡Psche! No tiene importancia... ¡Un botón más! Se empeñó el ministro... Si me alegro es porque me concede honores militares para mi entierro.

Don Segismundo. ¡Haga Dios que tarden mucho esos honores!

Tío Cayetano. Lo mismo estaba pensando yo.

Llega Alfredo por donde se fué.

Alfredo. Ya viene. ¿Me quedo o me marcho, don Segismundo?

Don Segismundo. ¡Te quedas! ¡Pues no faltaba más!

Alfredo. Como usted guste. Celebro quedarme; eso sí.

Tío Cayetano. ¡Ah, pues no faltaba más! ¡Usted se queda!

Don Segismundo. Y lo que os ruego a entrambos es que recibáis a ese bribonzuelo con el gesto más duro de que vuestro semblante disponga.

Alfredo. Ya, ya.

Caín se deja caer en un sillón, como abatido; Alfredo pasea con cara de vinagre, y el tío Cayetano se sienta con su aire de superioridad acostumbrado. Por la puerta del foro sale Pepín muerto de risa.

Pepín. ¡Señores, qué juerga! Buenas noches, don Cayetano. Ese chico autor nos ha puesto una

charada graciosísima. Figúrense ustedes que... *Reparando en las caras de todos.* Pero ¿es que pasa algo? Les encuentro las caras un poco tirantes.

DON SEGISMUNDO. Pues aún debieran estarlo más. *Se levanta.*

PEPÍN. ¿Cómo?

TÍO CAYETANO. Aún debieran estarlo más.

DON SEGISMUNDO. Alfredo, hazme el favor de cerrar las puertas.

Alfredo obedece.

PEPÍN. Me dejan ustedes atónito. ¿Se puede saber...?

DON SEGISMUNDO. Señor de Castrolejo.

PEPÍN. Señor de Caín.

DON SEGISMUNDO. *Mostrándole el plieguecillo de marras.* Yo he recibido esta carta anónima. *El tío Cayetano mira a Alfredo, Alfredo a don Segis, y éste pasa por alto las dos miradas.* Fíjese usted, por si se considera aludido.

PEPÍN. A ver...

DON SEGISMUNDO. *Lee.* «Anoche, a deshora, del balcón de una de tus hijas se descolgaba un hombre. Te lo advierto para que guardes más bien el honor de tu casa.—Un buen amigo.»

Pepín se pone lívido y traga toda la saliva que puede. Las miradas están fijas en él.

PEPÍN. No entiendo por qué me lee usted eso a mí.

DON SEGISMUNDO. ¿No tiene usted ninguna noticia del caso?

PEPÍN. Ninguna.

ALFREDO. ¿Ninguna?

PEPÍN. Ya he dicho que ninguna. Pero como usted tiene más de una hija con novio...

ALFREDO. ¡Alto allá! Amigo Pepín: usted, y sólo usted, fué quien se descolgó anoche de un balcón de esta casa. Yo lo vi.

PEPÍN. ¿Que usted lo vió?

ALFREDO. Que yo lo vi. Y por las trazas—y esto es lo más grave—no fuí yo sólo.

Pausa. Pepín vuelve a tragar saliva, cada vez más amarga.

PEPÍN. Bien... Yo he ocultado en un principio... porque... claro... como siempre estas cosas se abultan... Pero lo que ocurrió no tiene nada de particular... Fué que Estrella me dijo...

DON SEGISMUNDO. No se le ha llamado a usted aquí para que nos refiera el paso, que conocemos enteramente...

PEPÍN. Pues entonces no veo la tostada, y usted perdone.

DON SEGISMUNDO. Pues la va usted a ver en seguida, mi joven amigo. La fama de mi hija se ha puesto en tela de juicio; anda en lenguas... Bien claro lo prueba este papel. Usted es el responsable de ello. A usted, pues, toca, como cumplido caballero, detener en su camino a la calumnia. Arrestos me sobran para acometer cuanto mi honor exige; pero en este momento yo me olvido de mis fueros de padre, y quiero esperar-

lo todo de su nunca desmentida hidalguía, de su inmaculada honorabilidad. No se lleva en balde el apellido que usted lleva.

Pepín. *Alzando la vista por la nube que se le viene encima.* Pero, bueno... Pero, entendámonos... Pero, pregunto yo... Pero... ¿Qué me quiere usted decir, don Segismundo? Porque usted debe comprender... que una chiquillada...

Don Segismundo. ¡Mucho: mucho!... ¡Una chiquillada!... Califica usted el hecho perfectamente.. Yo también las hice, en mi abril... Pero hay chiquilladas de chiquilladas... y algunas que en chiquilladas empiezan, en hombradas tienen que acabar. Por mi parte, ya supe no comprometer en ninguna de mis chiquilladas el quebradizo honor de una doncella.

Alfredo. ¡Muy bien!

Pepín. ¿Muy bien?... ¿Quién ha dicho muy bien?

Alfredo. Yo.

Pepín. No... pues no tan bien... porque... Francamente, don Segismundo.. esa hombrada a que usted parece aludir... francamente.. Claro que yo quiero mucho a Estrellita... y que mis intenciones siempre fueron las de casarme... pero ¡carambal... así de golpe...

Don Segismundo. Pues ¿qué otro medio encuentra usted, así de golpe, como usted dice, para contener la calumnia que deshonra mi casa?

Pepín. Pero si yo creo que no hay tal calumnia...

DON SEGISMUNDO. *Mostrándole el anónimo.* ¡*Voilà!*

PEPÍN. Eso es un anónimo, señor...

DON SEGISMUNDO. Y ¿de cuándo acá necesitó firma la calumnia?

PEPÍN. Bueno, señor, pero... No es eso sólo... Son muchas consideraciones de otra índole... Yo necesito consultar con papá... que tiene un genio del diablo...

DON SEGISMUNDO. ¿Consultó usted con su papá para subir al balcón de mi hija?

ALFREDO. ¡Muy bien!

PEPÍN. ¿Otra vez?

TÍO CAYETANO. *Levantándose en alas de la inspiración.* No, pero si hay más; si yo estoy callado porque... vamos, porque estoy callado... Pero a mí se me ocurre preguntarle a este joven: se me ocurre a mí: ¿consultó usted con su papá para subir al balcón de Estrella? ¿Eh? ¿Eh, Segismundo? ¿Consultó con su papá para subir al balcón de tu hija? ¿No le parece a usted, Alfredo? ¿Consultó con su papá...?

PEPÍN. No, señor don Cayetano; no consulté... Aquí lo que hay... Llevadas las cosas así... Porque, es natural, ustedes están apasionados... Yo lo pensaré... Yo veré...

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! ¿luego vacila usted en darme la reparación que yo esperaba de su caballerosidad y de su nobleza?

PEPÍN. ¿Cómo he de vacilar?... Nada de eso...

Lo que es que hay cosas. . mi querido don Segismundo... ¡Ésta es una escena muy violenta!... Fíjese usted... fíjese usted...

ALFREDO. Usted es el que se ha de fijar en esto que yo voy a decirle; que ya me están a mí bailando los nervios al oír tantas evasivas intolerables. Yo soy en esta casa un hijo más: a usted le consta. Bueno: pues o nos da usted ahora mismo palabra de honor de que se casa con mi hermana, o le pego un tiro en la cabeza.

PEPÍN. ¡Hombre!

DON SEGISMUNDO. Alfredo, no te pongas así...

ALFREDO. Con quien no conoce su deber, así hay que ponerse.

PEPÍN. No... pues mire usted... lo que es con bravatas...

ALFREDO. ¡Si no son bravatas!

PEPÍN. Yo bien claro he manifestado mis intenciones... He dicho que me pienso casar... Pero yo soy soltero... yo soy un hijo de familia... Yo hablaré con papá.. Yo les prometo a ustedes formalmente...

DON SEGISMUNDO. ¡Basta, Pepín, basta! No necesito oír más de tus labios. Ni podía esperar otra cosa. ¡Este cascarrabias de Alfredo es un fuguillas! Dispénsalo. Y dame a mí un abrazo fuerte: dame un abrazo en señal de paz, porque para mí tus últimas palabras, que son las de un hombre de honor, tienen toda la fuerza de una escritura pública.

Pepín, anonadado, se deja abrazar.

Tío Cayetano. Yo no quiero ser menos, en vista de que su actitud es la que corresponde. *Lo abraza.*

Alfredo. Y yo uno a esos abrazos el mío, rogándole a usted, no sólo que me perdone, sino que me considere de hoy más como su hermano. *Lo abraza también.*

Pepín. Gracias, señores... gracias...

Don Segismundo. Y ahora abriré las puertas, no alarmemos a la familia. *Abre primeramente la del foro y luego la otra, detrás de la cual aparece, temblorosa y pálida, la noble figura de doña Elvira. Rosalía está con ella.* ¡Elvira! ¿Tú aquí?

Doña Elvira. *Sinceramente conmovida.* Sí... yo aquí... Ustedes me dispensarán... Soy una madre...

Don Segismundo. Vamos... vamos... yo que no quería...

Tío Cayetano. Éste que no quería...

Doña Elvira. Hola, Cayetano...

Don Segismundo. Siéntate, tranquilízate...

Tío Cayetano. Siéntate, tranquilízate ..

Alfredo. Beba usted un poco de agua.

Rosalía. Pídela tú, Alfredo.

Tío Cayetano. *A gritos.* ¡Agua! ¡Un poco de agua, en seguida! *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

ALFREDO. Deje usted; yo mismo voy por ella. *Se va por la puerta de la izquierda, corriendo.*

DOÑA ELVIRA. Deploro darles este mal rato... ustedes se harán cargo de mis sentimientos... Una cosa así... nunca había pasado en mi casa... Soy una madre que se mira en sus hijas...

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Ya no hay que hablar de ello siquiera... Ahora no hay más que estar todos contentos... ¡muy contentos!... ¿Verdad, Pepín?

PEPÍN. Sí, señor, sí... ¡contentísimos todos!

Por la puerta del foro van llegando, sucesiva y apresuradamente, y con cierta inquietud, Amalia, Fifí, Marucha, Estrella, Tomás y Emilio Vázquez. Detrás de todos, el tío Cayetano. Alfredo vuelve por donde se marchó con un vaso de agua, que ofrece a doña Elvira.

AMALIA. ¿Qué sucede? ¿Qué tiene mamá?

ROSALÍA. Nada, nada...

DON SEGISMUNDO. Nada; no os alarméis.

DOÑA ELVIRA. *Besándola.* Nada, corazón, nada.

FIFÍ. Mamaíta, ¿qué es eso?

DOÑA ELVIRA. Nada, nada, cara de gloria. *La besa.*

DON SEGISMUNDO. No es nada, no es nada...

MARUCHA. Pero ¿qué le ha pasado a mamá?

ROSALÍA. Nada, no le ha pasado nada...

DOÑA ELVIRA. Nada, tesoro mío, nada absolutamente.

La besa también.

ESTRELLA. ¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

DOÑA ELVIRA. ¡Estrella!

DON SEGISMUNDO. Nada, nada... ¿Cómo se ha de decir?

ROSALÍA. Nada, mujer, nada...

DOÑA ELVIRA ¡Ven acá, hija de mi sangre, ven acá! *La besa y la abraza con ardimiento.*

TOMÁS. ¿Se ha puesto mala doña Elvira?

EMILIO. ¿Se ha puesto mala?

DON SEGISMUNDO. No, señor... son los nervios... Gracias por su atención...

DOÑA ELVIRA. Muchas gracias.

TÍO CAYETANO. ¿Pasó? ¿Pasó ya?

ALFREDO. Ande usted, tome un poco de agua, señora.

MARUCHA. Pero ¿qué ha habido? ¡Porque algo ha tenido que haber para esto!...

DOÑA ELVIRA. Nada... no ha habido nada... Que yo soy muy tonta...

DON SEGISMUNDO. ¡Ha habido! ¡ha habido! ¡Yo diré lo que ha habido! ¡Esto es hijo de la emoción natural y de la alegría! Al enterarse vuestra madre de que el señor don José Castrolejo, que tanto nos honra con su amistad, quiere formalizar sus relaciones con Estrella para casarse en breve plazo, se ha conmovido profundamente...

General explosión de alegría. Todas las caras resplandecen, menos la de Pepín.

ROSALÍA. ¡Eso ha sido!

ALFREDO. ¡Eso ha sido!

ESTRELLA. *A Pepín.* ¡Tunante! ¡Mira qué callado me lo tenías!

MARUCHA. ¡Qué malo es usted! No nos había dicho una palabra.

AMALIA. ¡Dame un beso, Estrella!

MARUCHA. ¡Y otro a mí!

FIFÍ. ¡Y otro a mí!

ROSALÍA. ¡Y a mí otro!

DOÑA ELVIRA. ¡Y ciento a tu madre!

La besan todas.

TOMÁS. *Abrazando a Pepín.* ¡Que sea enhorabuena! ¿No se lo anuncié yo a usted hace tiempo?

PEPÍN. *Balando lo mismo que un borrego.* ¡Jeeeee!

EMILIO. Reciba usted mi felicitación. Sí.

PEPÍN. Sí. Tantas gracias.

TOMÁS. ¡Pues, señores, yo reviento si me lo callo!

DON SEGISMUNDO. ¿Qué hablas tú, buena pieza?

TOMÁS. ¡Que reviento si me lo callo! ¡Que esa boda no será sola en plazo breve!

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo?

DOÑA ELVIRA. ¿Qué?

TOMÁS. ¡Que Amalia y yo también nos vamos a casar muy pronto! *Nueva explosión de alegría.* ¿Verdad, don Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Verdad, Tomasillo! *Lo abraza.*

TOMÁS. ¿Verdad, don Segismundo?

DON SEGISMUNDO. *Abrazándolo.* ¡Verdad y muy verdad!

MARUCHA. ¡Mira Amalia también! ¡A la chita callando!

DOÑA ELVIRA. ¡Déjame que te coma, delirio de tu madre!

Besa efusivamente a Amalia. Todas sus hermanas la besan asimismo con gran júbilo.

ROSALÍA. *Aparte a Alfredo, radiante de satisfacción.* (¡Dos menos, Alfredo de mi alma! ¡Ya está más cerca nuestra dicha!

ALFREDO. *Lo mismo a ella.* ¿Cómo si está más cerca? ¡Este verano las casamos a todas!)

TÍO CAYETANO. ¡Pues yo digo otra cosa además! ¡Sí, señores! ¡Yo digo que esas dos bodas tienen ya padrino! ¿Eh? ¡Que esas dos bodas tienen ya padrino! ¡El tío Cayetano!

Aplausos.

DON SEGISMUNDO. ¡Cayetano! *Lo abraza.*

DOÑA ELVIRA. ¡Querido Cayetano! *Lo abraza también.* ¡El de siempre! ¡El de siempre!...

Extraordinaria alegría. La madre y las hijas se deshacen las caras a besos y los cuerpos a abrazos, chillando de dicha, y los caballeros se abrazan jovialmente. Pepín no se da cuenta de lo que le ocurre. Emilio Vázquez abre los brazos de cuando en cuando a ver si alguien cae en ellos, porque se considera en ridículo sin abrazar a nadie.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardincillo de una casita de recreo en un pueblo cercano a Madrid, en la Sierra. La casa está a la izquierda del actor. Una verja de madera, pintada de verde, limita por el foro el jardín, cuya entrada se supone a la derecha. Al fondo, a lo lejos, montes y pinares. Mecedoras de rejilla y butacas de mimbre. Un velador de hierro. Es a la caída de la tarde, en el mes de agosto.

Doña Elvira, sentada en una butaca, cose. Marín aparece tras la verja del foro y la llama.

MARÍN. ¡Sch... sch!... ¡Doña Elvira!

DOÑA ELVIRA. *Sin ver a quien la llama.* ¿Quién?

MARÍN. ¡Doña Elvira! Aquí: en la verja.

DOÑA ELVIRA. *Viendo a Marín y levantándose alborozada.* ¡Marín! ¡Querido Marín! ¡Qué sorpresa tan agradable!

MARÍN. ¿Dónde está la entrada?

DOÑA ELVIRA. Ahí abajo: a la vuelta.

MARÍN. Pues en seguida voy. *Desaparece hacia la derecha.*

DOÑA ELVIRA. ¡Cuánto me alegro! *Llamando a su colaborador.* ¡Segis! ¡Segis! ¡Mundito!

De la casa sale don Segismundo en traje de campo.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué quieres, Elvira?

DOÑA ELVIRA. ¿Sabes? Marín está ahí: ahora va a entrar a vernos.

DON SEGISMUNDO. ¿Hola?

DOÑA ELVIRA. ¡Consecuencias de la postalita de Maruchal ¡Qué talento tienes!

DON SEGISMUNDO. *Saliendo con los brazos abiertos al encuentro de Marín, que asoma por la derecha.* ¡Entre usted, perdido, entre usted; que no hay perro!

MARÍN. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué tal, don Segismundo?

DON SEGISMUNDO. Bien, ¿y usted, querido Marín?

MARÍN. ¡Como nuevo estoy! ¿Y usted, mi buena doña Elvira? Ya la veo tan simpática como siempre.

DOÑA ELVIRA. Gracias; muchas gracias.

DON SEGISMUNDO. *Ofreciéndole una butaca.* Siéntese usted.

MARÍN. ¡Lo que me ha costado dar con la casa!

Se sientan los tres.

DON SEGISMUNDO. Pero ¡qué bien se ha puesto! ¿Verdad, Elvira? Es otro, enteramente.

MARÍN. Dígaselo usted a ella. ¿Eh? Usted creyó que no lo contaba cuando la recaída.

DOÑA ELVIRA. El que lo creyó fué usted, grandísimo aprensivo.

MARÍN. La verdad es que no podré olvidar nunca las atenciones que conmigo han tenido ustedes. Ni mi madre tampoco.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! La madre... la madre...

DOÑA ELVIRA. Pues, a pesar de todo, tunante, confiéselo usted, si Marucha no le pone una postalita llamándolo al orden, aun estando esto a cuatro pasos de Madrid, se va usted a su tierra sin venir a vernos.

MARÍN. ¡Eso sí que no! Soy agradecido.

DON SEGISMUNDO. Pero ¿Marucha le ha puesto a usted una postal? ¡Diablo de chiquilla!

MARÍN. Sí, señor: insultándome. Bueno: como puede insultar Marucha.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Maruchita—ahora que no nos oye ninguna, y no se pueden encelar—, Maruchita es la perla de la casa.

MARÍN. Sí, señor sí. Y ¿qué noticias hay de los recién casados?

DON SEGISMUNDO. ¡Mieles y rosas! ¿Cuáles ha de haber?

DOÑA ELVIRA. Para Estrella y Amalia, Pepín y Tomás son los mejores hombres del mundo; y para cada uno de ellos, su mujer es la reina de la tierra. ¡Hijas de mis amores! ¡Qué felices son!

MARÍN. ¿Y las otras, andan de paseo?

DON SEGISMUNDO. Sí; de paseo andan... ¡Lo que ellas van a sentir no ver a usted!

DOÑA ELVIRA. Ya se esperará un poco, a ver si vuelven.

MARÍN. ¡No que no! Es bonita la casa. Y el jardín es muy amplio.

DOÑA ELVIRA. La entrada, como usted habrá visto, es hermosísima. Ahí a la parte de atrás tenemos también algo de gallinero, un corralillo...

DON SEGISMUNDO. No nos faltan comodidades. Todo ello debido a la mano pródiga que nos favorece de continuo. Cayetano vió a Marucha delicadilla...

MARÍN. ¿A Marucha?

DON SEGISMUNDO. A Fifí; ha sido un *lapsus linguæ*... Y se empeñó en tomarnos esta casita para que pasásemos en ella el mes de agosto. Aquí hay montes, hay pinos, hay aires puros, buenos alimentos, buena leche... A los ocho días se le conocía el cambio a la criatura.

MARÍN. ¿Y don Cayetano, está aquí con ustedes?

DON SEGISMUNDO. Sí, señor; aquí está. Fué condición que yo le impuse para aceptar su obsequio: que había de disfrutar de la casita ocho o diez días siquiera.

MARÍN. Leí en un periódico que lo habían nombrado presidente de no sé qué Centro...

DON SEGISMUNDO. De uno de estos Centros regionales de nueva creación. Ahora se entretiene en escribir el discurso de apertura. Muy bonito lo lleva.

MARÍN. ¿Se restableció fácilmente de aquel amago de congestión?

DOÑA ELVIRA. ¡En seguida! ¡No tuvo importancia!

DON SEGISMUNDO. Algo de bilis... unos gases... Sin embargo, él anda preocupado. *En voz más baja.* Cuando usted lo vea, no se canse de ponderarle lo bien que lo halla, lo ágil y lo joven que lo encuentra... ¡Por desimpresionarlo!

MARÍN. Descuide usted: yo sé lo que se agradecen esas cosas.

DOÑA ELVIRA. Y ¿va usted a pasar aquí algunos días?

MARÍN. No, señora; he venido sólo por despedirme de ustedes. Me marcho esta noche en el último tren, y mañana saldré al fin para Asturias.

DON SEGISMUNDO. ¡Carambal

DOÑA ELVIRA. ¡De verdad que lo siento! Pero es tan natural que sus padres tengan impaciencia por abrazarlo... Su madre sobre todo.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! La madre... la madre...

MARÍN. Yo no he querido parecer por allá hasta llevar cara de salud.

DOÑA ELVIRA. ¿Cenará usted con nosotros esta tarde?

DON SEGISMUNDO. ¡Ya lo creo! ¿Quién piensa en otra cosa?

MARÍN. Lo agradezco en el alma, pero...

DON SEGISMUNDO. Ese *pero* se lo guarda usted para merendar, como diría mi yerno Pepín, que es muy dado al chiste.

MARÍN. Es que en el tren me ha invitado un amigo.

DON SEGISMUNDO. ¡Pues que también venga ese muchacho!

MARÍN. No es un muchacho. Es un señor que tiene aquí a su mujer y a toda su familia...

DON SEGISMUNDO. ¡Ah!... Dígale usted que lo hemos comprometido en tales términos que no lo dejamos escapar.

DOÑA ELVIRA. ¿Quiere usted enviarle dos letras?

MARÍN. No, no hace falta: iré yo en persona. Ya lo convenceré. Porque, la verdad, me es más grato cenar en compañía de ustedes que en la suya.

DON SEGISMUNDO. Esa preferencia nos honra.

DOÑA ELVIRA. ¿Lo esperamos a usted, entonces?

MARÍN. Desde luego. Él vive aquí muy cerca. Me llego en un salto, cumplo con él y vuelvo en seguida.

DON SEGISMUNDO. ¡Ajajá! Pues hasta ahora.

MARÍN. Hasta ahora. *Se marcha por donde salió.*

Doña Elvira y don Segismundo lo saludan con la mano, despidiéndolo. Cuando se supone que ha salido ya del jardín, doña Elvira va a abrazar a su esposo, toda regocijada.

DOÑA ELVIRA. ¡Mundo! ¡Mundito!

DON SEGISMUNDO. *Deteniendola.* Quieta.

DOÑA ELVIRA. ¿Cómo?

DON SEGISMUNDO. Quieta.

Pasa Marín por detrás de la verja del foro, hacia la izquierda, y saluda.

MARÍN. Hasta ahora.

DON SEGISMUNDO. *Con extremada amabilidad.* ¡Adiós!

DOÑA ELVIRA. ¡Adiós!

DON SEGISMUNDO. Ya puedes abrazarme, Elvira.

Se abrazan, en efecto.

DOÑA ELVIRA. No acabas de sorprenderme, Mundo.

DON SEGISMUNDO. Pues estoy disgustado conmigo mismo. Decaigo, decaigo... Dos veces he querido decir una frase sobre el amor de madre, y no se me ha ocurrido nada feliz. Decaigo, decaigo...

DOÑA ELVIRA. Calla, Mundo: ¿qué has de decaer? Nuestras hijas van casándose todas a gusto nuestro, y ¿a quién sino a ti se debe el milagro?

DON SEGISMUNDO. El chispazo de la inspiración habrá sido mío, Elvira; pero la musa has sido tú.

DOÑA ELVIRA. *Enternecida.* ¿Yo?

DON SEGISMUNDO. Tú. Y el ideal lleva camino

de realizarse enteramente. ¡Lástima que el apellido Caín no se perpetúe!

DOÑA ELVIRA. *Discretamente ruborosa.* ¿Qué sabemos aún?

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo?

DOÑA ELVIRA. Que aún no sabemos...

DON SEGISMUNDO. ¿Qué?

DOÑA ELVIRA. ¿Recuerdas lo que te indiqué hace unos días en tono de chanza? Pues acaso resulte verdad.

DON SEGISMUNDO. ¿Sí?

DOÑA ELVIRA. Sí.

DON SEGISMUNDO. ¡En el nombre del Padre!

DOÑA ELVIRA. Nos ha rodeado tanta dicha estos últimos meses... hemos suspirado tanto por la felicidad de nuestras hijas... que Dios tal vez haya querido otorgarnos un nuevo premio...

DON SEGISMUNDO. *Mirando al cielo, humorísticamente.* ¡Gracias, Señor de las alturas! ¡Pero estabas cumplido con nosotros!

DOÑA ELVIRA. ¿Qué dices? Bien venga lo que sea.

DON SEGISMUNDO. ¡Oh, sí! Bien venga.

DOÑA ELVIRA. Me voy a prepararle a Marín un plato muy dulce.

DON SEGISMUNDO. Pues yo, hasta mañana ya, no vuelvo a mis cuartillas.

DOÑA ELVIRA. ¿A qué cuartillas? ¿Traduces aquí?

DON SEGISMUNDO. No. Aquí, creo. Te lo reve-

laré, ya que estamos de confidencias importantes, aun haciendo traición a mi temperamento, que ama la vida interna. Estoy escribiendo... el discurso que *está escribiendo* Cayetano.

DOÑA ELVIRA. ¿Ves? ¡Y hablas de decadencia!... ¡Cuando te digo que no acabas de sorprenderme!

DON SEGISMUNDO. Pues... ¿y tú a mí? *La mira de un modo indescriptible. Ella se va por detrás de la casa, mirándolo a él con una sonrisa tan dulce como el plato que piensa prepararle a Marín.* ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien!... ¡Mucho, señor, mucho! Ya saldrá, ya saldrá... *Pasea. Por detrás de la verja, de izquierda a derecha, atraviesa Marucha corriendo. Luego pasan Rosalía y Fifí.* ¿Adónde irá esa golondrina? ¡Ah! que también vienen las otras. Pero ¿y Alfredo? ¿No salió con ellas Alfredo?

MARUCHA. *Presentándose alborozada por la derecha.* No me lo digas, porque ya lo sé. Hemos encontrado a Marín. Va a cenar con nosotros. Alfredo se ha ido a acompañarlo para que no se pierda a la vuelta. ¿Y mamá? ¿Dónde está mamá?

DON SEGISMUNDO. Preparando un dulce para el convidado, precisamente.

MARUCHA. Allá voy yo a darle una idea. *Se marcha por detrás de la casa.*

DON SEGISMUNDO. *A Fifí, que llega muy cariacontecida con Rosalía.* Y a ti ¿qué te sucede, Fifí? ¿Qué gestillo es ese de disgusto?

ROSALÍA. Que la viene siguiendo un pollito... y ya sabes tú lo que eso la enfada. ¡Como si fuera una vieja pilonga!

FIFÍ. ¡Pues no quiero, no quiero, ¡ea! no quiero!...

DON SEGISMUNDO. Mujer, pero si le has gustado al chico...

FIFÍ. ¡Pues no quiero!...

ROSALÍA. Es tonta de remate.

FIFÍ. ¡No quiero, no quiero!...

ROSALÍA. Pues eres tonta, aunque no quieras. Fíjate, papá; ahí viene él.

Fifí se vuelve de espaldas a la verja. El Pollito pasa por el foro de izquierda a derecha. Don Segismundo y Rosalía lo observan. Nuestro hombre aparece de un color y se va de otro, porque no contaba con la expectación de la familia. Cuando ya no se le ve, suelta la risa Rosalía.

DON SEGISMUNDO. No te burles, no. Tiene una apostura muy gallarda... Yo jamás he visto una quisquilla tan esbelta.

FIFÍ. *Gimoteando.* ¡Pues no quiero, no quiero!... ¡Todos se ríen de mí!... ¡No quiero, no quiero!... *Éntrase en la casa.*

ROSALÍA. ¡Lo peor es que cada día está más tonta!

DON SEGISMUNDO. Puede que eso sea lo mejor.

ROSALÍA. Puede. Y ya ves que le salen partidos; porque ¡como es tan monal... Pero no se le

acerca un muchacho que no se vaya haciéndole ¡fu! ¡Jesús, qué chiquilla!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Dices perfectamente.

ROSALÍA. En Madrid, si ella pone un poco de gracia de su parte, entra en relaciones con aquel autor que llevó Alfredo.

DON SEGISMUNDO. Aquel autor tenía tanta gracia, que era muy difícil hacerle ninguna. Sí. La verdad en su punto.

ROSALÍA. ¿Y el hijo del juez, que le presentó Alfredo la otra mañana? ¡Desesperado se fué el chico! Es incasable; incasable. Convéncete, papá.

DON SEGISMUNDO. ¿Incasable has dicho? ¿Incasable? Es palabra que no enseño en ningún idioma. Ni la traduzco: le tengo guerra declarada.

ROSALÍA. Pues lo que es en esta ocasión...

DON SEGISMUNDO. Ya saldrá, ya saldrá...

ROSALÍA. *Mirándolo maliciosamente.* ¿Que ya saldrá?... ¿Sabes que estoy atando cabos y que me figuro tus planes?

DON SEGISMUNDO. ¿Tú... mis planes?

ROSALÍA. Sí. Yo... tus planes. ¡Vaya!...

DON SEGISMUNDO. *Sonriente.* No lo dudo... No en balde eres mi hija... Me alegro, me alegro... Sabes que aprecio en lo que vale tu colaboración... Ya saldrá, ya saldrá... *Sacando un libro del bolsillo.* Vamos a mi banquito, a conversar un rato con mi buen amigo Platón.

Retírase por la derecha.

Alfredo llega precipitadamente por la izquierda del foro, y desde detrás de la verja habla con Rosalía.

ALFREDO. ¡Rosalía!

ROSALÍA. ¿Eh? ¿Quién? Dios lo ampare, hermano.

ALFREDO. Óyeme una cosa.

ROSALÍA. Dios lo ampare.

ALFREDO. Vamos, mujer...

ROSALÍA. Espere un momento: voy a ver si han quedado mendrugos. ¡Brígida! ¿Hay mendrugos? Pues sabe usted que no hay mendrugos. Perdone usted por Dios.

ALFREDO. *Hechizado.* Bueno, y si no hay mendrugos, ¿no tiene usted un traguito de agua que darme, hermanita?

ROSALÍA. La contestación, este otoño.

ALFREDO. ¡Ja, ja, ja!

ROSALÍA. Oye: ¿a qué venías tan sofocado? ¿Qué has hecho de Marín?

ALFREDO. Eso me traía. Su amigo se ha empeñado, ya que no cenan juntos, en que tomemos una cerveza los tres.

ROSALÍA. Y ¿no tienes dinero?

ALFREDO. ¡Guasona! Tengo un tesoro, que eres tú.

ROSALÍA. A mí no me tienes.

ALFREDO. ¿No, verdad? La contestación, este otoño.

ROSALÍA. ¡Ja, ja, ja!

ALFREDO. En serio: dí a tus padres que no se impacienten si tardamos: que Marín corre de mi cuenta. Estoy convenciéndolo para que pierda el tren.

ROSALÍA. ¿Ah, sí? Bien hecho.

ALFREDO. ¡Y que se quejen de mí tus hermanitas!

ROSALÍA. De ti no se queja aquí nadie más que yo.

ALFREDO. Ya te quejarás con razón. ¡Te voy a dar muy mala vida!

ROSALÍA. ¿Muy mala?

ALFREDO. ¡Muy mala!

ROSALÍA. *Acercándose más a la verja, con zalamería.* ¿Muy mala, muy mala?... No será tanto, ¿eh?

ALFREDO. *Suspirando.* ¡Ay, Rosalía!

ROSALÍA. Mira; vete a tomar la cerveza.

ALFREDO. Es un buen consejo. Adiós.

ROSALÍA. Adiós. *Se queda junto a la verja viéndolo irse.*

ALFREDO. *Dentro ya.* Adiós.

ROSALÍA. Adiós. *Le sopla un beso que pone en la palma de su mano izquierda. Después recoge graciosamente en el aire otro que se supone que le manda Alfredo; vacila entre llevárselo a la boca o guardárselo, y al fin se lo guarda diciendo:* Para postre. *Márchase por detrás de la casa.*

Sale de ella el tío Cayetano, bostezando y desperezándose, en faz de haber dormido una siesta de cuatro horas.

Tío Cayetano. Pues, señor, no vuelvo a dormir más la siesta.

Don Segismundo. *Desde dentro.* ¡Hola!

Tío Cayetano. ¿Eh?

Don Segismundo. ¡Ven con Dios, hombre, ven con Dios! *Sale.* ¿Qué decías?

Tío Cayetano. Nada: que no vuelvo a dormir más la siesta. Me levanto de un humor de perros... con mal sabor de boca... se me corta la *indigestión*... ¡Bah!

Don Segismundo. A mí lo que me suele suceder es que se me paraliza el cerebro, y no puedo pensar en algunas horas.

Tío Cayetano. Igual me pasa a mí. Ahora yo no puedo pensar nada, no te creas.

Don Segismundo. Me lo explico, me lo explico perfectamente... Pero a bien que aquí no hemos venido a pensar mucho, ¿verdad, Cayetano? sino a darle al cuerpo y al espíritu un poco de expansión.

Tío Cayetano. Eso: un poco de expansión. *Bostezando.* ¡Aaaaah! Mientras más se duerme, más se quiere dormir. *Se sienta.*

Don Segismundo. Yo lo que deploraría, querido, sería que te aburrieses.

Tío Cayetano. ¡Quita allá!

Don Segismundo. Esta vida en familia, apar-

tada, serena, que para mí tiene tan grato perfume, quizás a ti, espíritu inquieto, voluntad independiente, te resulte empalagosa, sosilla... ¿No?

Tío Cayetano. ¡De ninguna manera! ¡Al revés! Pues si yo soy un hombre que... Yo... yo... Precisamente yo... A mí dame tú... Claro que uno... uno... No siempre las cosas... ¿eh? no siempre... Porque yo... yo...

Don Segismundo. ¡Es claro! Te comprendo muy bien: no porque tú hayas permanecido célibe...

Tío Cayetano. No, no; pero si eso de célibe... eso... eso es gana de murmurar que tienen algunos...

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! Hasta de Dios dijeron. Me refería yo a que nada tiene que ver que tú, por los azares de la vida, hayas dejado de constituir una familia, para que puedas comprender y apreciar los encantos de la vida doméstica; lo que la familia significa para el hombre; el ánimo que le presta en la adversidad... en la desgracia...

Tío Cayetano. Ahí va, ahí va... El ánimo... el... ¿eh?... La vida doméstica... la... ¿eh? Porque hay momentos... hay momentos...

Don Segismundo. No te canses: ya sé por dónde vas.

Tío Cayetano. ¿Eh? Hay momentos... ¿eh?

Don Segismundo. ¡Y dices que no se te ocu-

rre nada cuando duermes la siesta!... En la vida hay momentos que son toda la vida. ¡Qué bien lo has visto, Cayetano!

Tío Cayetano. ¡Eso: toda la vida!

Don Segismundo. Más de una vez he hablado yo con mi mujer, y con Fifí, que es muy sentadita, de tu amargura inmensa la noche aquella en que te dió el amaguillo cerebral.

Tío Cayetano. ¡Oh!

Don Segismundo. ¡Verte solo en tu casa, sin más asistencia que la de tus criados, que por fieles que sean no pasan de ser servidores; sin una mano querida que estrechar, sin unos ojos en que fijar los tuyos y que te miraran como sólo miran los de los hijos y los de las esposas!... Horrible, horrible.

Tío Cayetano. *Inquieto, nervioso, pálido.* Horrible... es muy cierto. Te juro que pasé un ratito... Horrible, Segismundo... No me quisiera ver en otra, no.

Don Segismundo. Ni hay que pensar en ello, tonto... Por fortuna, tu salud es de roble: tienes una energía juvenil que yo te envidio cordialmente... Pero ¿me permites que te haga una pregunta, hija de una idea que ahora mismo entra en mi cerebro, con la fuerza de la inspiración momentánea?

Tío Cayetano. Sí, hombre... ¿Por qué no? Pregunta lo que quieras.

Don Segismundo. Vas a perdonarme lo que

pueda haber en ella de impertinente o de indiscreto; pero tal como se me ha ocurrido, allá va. *Mirándolo con atención, y dándole un rápido golpecillo en un hombro.* ¿Por qué no te casas?

Tío Cayetano. *Riéndose como quien se siente lisonjeado por la pregunta.* ¡Ja, ja, ja!... Por qué no me caso... No está mal... no está mal... Por qué no me caso... Me ha hecho gracia la idea... ¡Ja, ja, ja!

Don Segismundo. Sí, señor, sí; y me atrevo a repetirte la pregunta: ¿por qué no te casas?

Tío Cayetano. No, si ya lo he pensado yo muchas veces... Yo ya... ¿eh?... ya yo... ¡Pero como siempre he sido un *turista*!...

Don Segismundo. ¡Anda con Dios!

Tío Cayetano. Sí, hombre, sí: un *turista*... ¡Siempre he sido un *turista*!...

Don Segismundo. *Jovialmente.* Mira, mira, no te me vengas a mí con historias... ¿Qué es eso de un *turista*?

Tío Cayetano. ¡Pues un *turista*! ¡La palabra lo dice, señor! Un hombre que come bien, bebe bien... y le gustan las buenas mujeres.

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! Y es verdad: ¡siempre has sido un *turista*! Pero aun así, a pesar de esas aficiones, me declaras que muchas veces has pensado en el matrimonio...

Tío Cayetano. ¡Ah! sí: he pensado... ya lo creo que he pensado... Antes, ¿eh? antes... ¿A mi edad ya quién...?

DON SEGISMUNDO. ¡A tu edad! ¡a tu edad! ¡Chistosa callejuela! ¡Ja, ja!

TÍO CAYETANO. *Halagaaísimo.* ¿Te ríes, eh?

DON SEGISMUNDO. ¿No me he de reír, grandísimo *turista?* ¿No me he de reír? Tú lo sabes mejor que yo: eso de la edad es el mayor de los convencionalismos. En rigor, no hay edades. Hay quien se muere a los seis meses y quien se muere a los noventa años... ¿Cuál era el más viejo? ¡El de los seis meses, que se murió antes!

TÍO CAYETANO. Eso sí: eso es una verdad muy profunda. Hay quien se muere a los seis meses.

DON SEGISMUNDO. ¡Más es! ¡Hay quien teniendo veinticinco años, tiene sesenta!...

TÍO CAYETANO. ¡Justo! ¡te lo iba yo a decir! ¡Como hay quien teniendo sesenta...! ¿eh?

DON SEGISMUNDO. ¡No tiene más que veinticinco!

TÍO CAYETANO. ¡Justo! ¡justo!

DON SEGISMUNDO. ¡En mi casa, sin ir más lejos, lo ves! Rosalía es mi hija mayor; Fifí es la más pequeña; ¡pues ahí están ellas dándole un mentís a la edad! La mayor es Fifí, y la más pequeña es Rosalía. ¿Por qué? ¡Porque Rosalía tiene la ligereza y la sangre de una chicuela de quince abriles, y Fifí tiene toda la cachaza y todo el sosiego de una mujer de cuarenta años!

TÍO CAYETANO. Sí, sí. Ya lo he notado yo.

DON SEGISMUNDO. *Riéndose.* ¡Pero has tenido

muchísima gracia! ¡La tapaderilla de la edad que se busca! ¡Ja, ja! Me voy, me voy... porque no quiero andar con viejos... no se me peguen los alifafes... ¡Está bien! ¡está bien!... ¡Lo que tú eres un empedernido *turista!*... ¡Eso es lo que tú eres! *¡Turista!* ¡Más que *turista!*... ¡Me ha hecho llorar el demonio del hombre!

Éntrase en la casa, llorando materialmente de risa. El tío Cayetano también ríe.

Tío Cayetano. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué Segismundo éste!... ¿Eh? ¡Cómo se ha reído!... ¡Clarol yo... yo...

Llegan por la derecha Alfredo y Marín.

Marín. ¡Caramba! ¡Señor don Cayetano!...

Tío Cayetano. ¡Oh, señores! Queridísimo Marín, ¿qué tal va ese valor?

Marín. Va parece que hemos echado la ruina fuera. Muchas gracias.

Tío Cayetano. ¡Vaya, hombre, vaya!

Marín. ¡A usted sí que lo encuentro al pelo! ¡Pero al pelo!

Tío Cayetano. ¿Sí, eh?

Marín. Sí, señor: unos colores envidiables; un aspecto de salud que da gozo. ¿Verdad, Alfredo?

Alfredo. Como que esto le está sentando muy bien.

Tío Cayetano. ¡Ah! sí: esto me está sentando muy bien.

Marín. Muy bien, es poco: ¡archibién! ¡Si pa-

rece usted un muchacho! ¡Qué fuego en la mirada! ¡qué lozanía! Yo, como le he visto las orejas al lobo, nada envidio ya como la salud.

Tío Cayetano. ¡Asomó el aprensivo! Porque éste es un aprensivo muy grande.

Alfredo. Incorregible.

Tío Cayetano. No sea usted aprensivo, hombre de Dios. La ciencia ha adelantado mucho. ¡Ya se muere muy poca gente!

Marín. Toda la que nace, don Cayetano. ¡Pero ni con usted ni conmigo va eso ahora!

Sale de la casa Fifí. En el delantal trae un poco de trigo.

Fifí. *Sorprendiaa.* ¡Ay! buenas tardes. No sabía que estaba usted aquí.

Alfredo. Avisaré yo a todos. *Éntrase en la casa.*

Marín. ¿Cómo sigue usted?

Fifí. Bien, ¿y usted?

Marín. Perfectamente ya; muchas gracias.

Tío Cayetano. ¿Adónde vas con ese trigo, Fifí?

Fifí. A echarles de comer a las gallinas. Con permiso de ustedes.

Tío Cayetano. Aguarda, mujer, aguarda un poco. Te acompañaré yo en la empresa ¡Ja, ja, ja! *A Marín.* Es una muchacha... ¡pero tiene cuarenta años! Hasta ahora, querido Marín; hasta ahora.

Fifí se va por detrás de la casa, y el tío Cayetano la sigue.

MARÍN. Adiós, don Cayetano, adiós. ¡Qué simpática es la familia ésta!

Sale Marucha de la casa.

MARUCHA. ¡Dichosos los ojos, amigo Marín!

MARÍN. ¡Oh, Maruchita! ¿Cómo va?

MARUCHA. Es usted muy malo, muy malo; el más malo de todos.

MARÍN. ¿Por qué soy tan malo?

MARUCHA. Siéntese usted y se lo diré. *Se sienta ella.* ¿O es que está usted ya rabiando por irse? ¿Nos va usted a hacer visita de médico?

MARÍN. Todo lo contrario: de enfermo.

MARUCHA. *Con interés mimoso.* ¿De enfermo?...

MARÍN. De enfermo... ya curado y agradecido.

MARUCHA. ¡Ah! Me asustó usted. Vamos, ¿no se sienta?

MARÍN. ¿Cómo no?

MARUCHA. ¡Ay, qué lejos! ¿Usted se cree que yo me como a los asturianos?

MARÍN. ¡Ojalá! *Se sienta cerca de ella.* Todos los asturianos, desde don Pelayo inclusive, se dejarían comer por usted.

MARUCHA. ¿Sí, verdad? ¡Mira qué malo ha salido de las calenturitas! ¡Pícaro! ¡Más que pícaro! Si no paso el bochorno de escribirle yo una postal, no viene usted a despedirse. ¡Malo! ¡Con los calditos que yo le preparaba!...

MARÍN. Pero, Maruchita, ¿de veras cree usted que iba yo a despedirme a la francesa?

MARUCHA. Y tan de veras como lo creo.

MARÍN. ¡Ah! pues no: modifique usted su juicio sobre mi persona, porque entre mis innumerables defectos, el de ser ingrato no cuenta. Se lo aseguro a usted.

MARUCHA. ¿Y el de ser hipócrita?

MARÍN. Ése, menos: no sé fingir. Por eso, a veces, paso por huraño y adusto; porque no sé fingir.

MARUCHA. ¡Anda! Se ha puesto serio.

MARÍN. Para que usted me crea. Y porque es bien serio lo que siento. La gratitud que me liga a ustedes durará lo que dure mi corazón.

MARUCHA. ¡Ay, lo que se me ocurre!...

MARÍN. ¿Qué?

MARUCHA. Nada; no se lo digo... Soy muy tonta. Siga usted hablando, Marín.

MARÍN. Yo no puedo olvidar que, en una crisis de mi vida, me he visto enfermo, lejos de mis padres, y de mi casa, y de mis montañas... y que su madre de usted, Marucha, velándome la fiebre a la cabecera, alguna vez llegó a parecerme la mía. Esto yo no puedo olvidarlo.

MARUCHA. ¡Qué bueno es usted, Marín! Pero ¡qué bueno, qué bueno! Aquello de malo que le dije antes era de broma. Yo no he visto nunca un hombre más bueno.

MARÍN. Bueno o malo, Marucha, ingrato es lo

que desde luego no soy. Puede usted creer que, si dejo a Madrid con pena, es sólo por ustedes.

MARUCHA. ¿Por ustedes? Y ¿quiénes son ustedes?

MARÍN. Ustedes: sus padres, sus hermanas, usted...

MARUCHA. Usted... no es ustedes.

MARÍN. ¡Claro! Usted es usted.

MARUCHA. Yo.

MARÍN. La firmante de la postalita, gracias a la cual estoy yo aquí.

MARUCHA. No sea usted malo, que ya le he dicho a usted que es bueno. Y no finja usted: que lo que menos le importa de Madrid es la firmante de la postalita.

MARÍN. Le repito a usted que no finjo. Cuando no siento una cosa, no la digo jamás.

MARUCHA. Entonces, yo no sé qué pensar de usted... ¡Ay, qué hombre más malo!

MARÍN. Pero veo que otorga usted títulos de bondad y de maldad con gran ligereza.

MARUCHA. No, señor; sino que si usted se va de Madrid apenado porque me ha conocido y siente dejarme... pues usted es muy malo, Marín.

MARÍN. ¿Malo porque siento dejarla a usted? Pues ¿no era malo porque me iba tan fresco, según usted creía?

MARUCHA. Sí, es verdad; y es usted muy bueno.

MARÍN. ¿Muy bueno?

MARUCHA. Muy bueno. Pero... francamente... me mira usted de un modo, que es usted muy malo.

MARÍN. ¿Vamos a dejarlo en regular?

MARUCHA. Eso es: regular de malo y regular de bueno. Con unos granitos más de malo.

MARÍN. ¡Ja, ja, ja!

MARUCHA. ¿Y yo, cómo le parezco a usted? ¿Mala o buena?

MARÍN. Muy mala.

MARUCHA. ¡Qué pronto lo ha dicho! Pero eso es broma; es usted muy malo; porque si le pareciese tan mala... no le importaría a usted dejarme. Ya lo cogí.

MARÍN. Efectivamente; me cogió. No hay réplica.

MARUCHA. No; de verdad. En serio, como se puso usted antes, Marín: ¿qué le parezco a usted?

MARÍN. ¡Preciosa!

MARUCHA. ¡Ay, qué malo!

MARÍN. Tan preciosa, Marucha, tan atractiva...

MARUCHA. Por Dios, Leopoldo... no me vaya usted a decir una cosa muy mala que le estoy leyendo a usted detrás de los ojos...

MARÍN. Y ¿es muy mala esa cosa, Marucha?

MARUCHA. No... muy mala, no; regular de mala también.

MARÍN. Como yo, entonces; eso le probará a usted que es sincera.

MARUCHA. Pero, de todos modos, no me la diga usted ahora... que me va a dar muchísimo *pavo*...

MARÍN. Si usted ya la ha leído, ¿para qué tengo yo que decírsela?

MARUCHA. ¿Y si me he equivocado en la lectura, Marín?

MARÍN. No; no se ha equivocado usted, Maruchita.

MARUCHA. ¡Ay, qué malo! Digo, no; ¡ay, qué bueno!... ¡Jesús bendito! El tío Cayetano viene ahí... Y nos va a ver juntos... y se va a pensar cualquier cosa muy mala... Yo me marcho... Leopoldo... Hacia allá, ¿sabe usted?... Voy a sentarme en aquel banquito... Usted haga lo que quiera... Cogeré mientras una flor y le preguntaré una cosa... *Se retira por la derecha, sin dejar de mirar a Marín.*

MARÍN. ¡Es encantadora esta chica! ¡Qué atractivo tiene! Me da el corazón que he hecho un viaje completo.

Sale el tío Cayetano por donde se marchó.

TÍO CAYETANO. ¿Qué es eso, hombre? Pero ¿aún está usted aquí solo?

MARÍN. No, señor, no; estaba bien acompañado. Hablaba con Marucha, que se ha ido allá... a coger unas flores...

TÍO CAYETANO. ¡Ah, vamos, con Maruchal Es verdad, sí; allá la veo. A coger flores, ¿eh?

MARÍN. Ocupación de jóvenes, don Cayetano.

Tío CAYETANO. Justo, sí; eso iba yo a decirle: los jóvenes, ¿eh? a coger flores. ¿Eh? ¡A coger flores!

MARÍN. Pues todavía puede usted coger alguna. ¡Porque usted se conserva que es un gusto!...

Tío CAYETANO. ¿Sí, eh?... Hombre, yo... la verdad... Oiga usted, yo siempre he pensado que eso de la edad no existe...

Marín no quita ojo al sitio por donde Marucha se fué.

MARÍN. ¿Que no existe la edad?

Tío CAYETANO. No existe, no... porque... Usted vea: hay quien se muere a los seis meses y quien se muere a los noventa años... ¿eh? ¿Cuál es el más joven? ¡Pues el de noventa años... porque el otro se muere antes! ¿Eh? ¿eh?

MARÍN. Sí, señor, sí. Temo que Maruchita se aburra. Voy allá.

Tío CAYETANO. En esta casa misma está el ejemplo: la mayor de las muchachas es Rosalía, y Fifí es la menor. Bueno, pues... ¿usted no lo ha notado? ¡Fifí parece que tiene cuarenta años, y Rosalía diez y seis!... ¿Eh? ¿eh? ¿eh?

MARÍN. ¡Ah! justo, sí: esa observación es muy buena.

Tío CAYETANO. ¿Eh? Rosalía...

MARÍN. Que sí, que sí: Rosalía es la menor siendo la mayor, y Fifí la mayor siendo la menor. Entendido. Pero Maruchita es el término

medio, que es el mío por ahora. Dispénseme usted, querido amigo. *Se va con Marucha.*

Tío Cayetano. ¡El término medio! ¡Qué gracioso! Ya yo se lo iba a decir... pero él se anticipó

Salen de la casa Alfredo y Rosalía.

Rosalía. Aquí te pillo, aquí te cojo.

Tío Cayetano. ¿Eso es a mí?

Alfredo. A usted, a usted mismito.

Rosalía. Prepárese usted: se trata de un tiro a quemarropa.

Tío Cayetano. ¿De un tiro?

Alfredo. Sí, señor.

Rosalía. Verá usted el asunto: Alfredo me quiere un disparate.

Alfredo. La quiero un disparate.

Rosalía. Yo lo quiero a él otro disparate.

Alfredo. Ella me quiere a mí otro disparate.

Rosalía. Y otro disparate que pensamos hacer este otoño...

Alfredo. Son tres disparates.

Rosalía. ¿Usted apadrina tantos disparates?

Tío Cayetano. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una pregun tita salada! ¡Eso no había ni que tratarlo!

Rosalía. ¡Ole mi tío, qué retebueno es! Deme usted un abrazo muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte.

Tío CAYETANO. *Abrazándola.* ¿No se enfadará Alfredo?

ALFREDO. No, señor; porque después de abrazarla a ella me abraza usted a mí, y yo me quedo con los dos abrazos.

Tío CAYETANO. *Abrazándolo.* ¡Ja, ja, ja! ¿Conque para el otoño, ¿eh?... para el otoño?

ROSALÍA. Para el otoño, sí.

ALFREDO. ¡Gracias a Dios que voy a casarme!

ROSALÍA. Que vamos a casarnos; no me dejes fuera en las gracias a Dios.

ALFREDO. ¡Como que los dos soñamos con ese día!

Tío CAYETANO. Sí; realmente... ¿eh?

ALFREDO. Realmente, tío Cayetano, dadas nuestras costumbres y la sociedad en que vivimos, es el único estado en que se puede pasar bien.

ROSALÍA. Se suele pasar mal: pero es el único en que se puede pasar bien.

Tío CAYETANO. Sí, es el único... sí... Ya... yo...

ALFREDO. La soltería, sobre todo para los hombres, está erizada de peligros.

ROSALÍA. ¡Erizada!

Tío CAYETANO. Sí... sí está erizada.

ALFREDO. La vida entre criados o de hotel en hotel, es aburridísima, fastidiosa...

ROSALÍA. Y lo peor no es eso: sino que a última hora se encapricha usted con una fregona de buen palmito... o con una lagarta...

ALFREDO. Y acaba por hacer viejo mal lo que joven pudo hacer bien.

TÍO CAYETANO. Sí... eso lo he dicho yo mil veces: de viejo se hace mal lo que de joven se hace bien.

ALFREDO. Como otros peligros inevitables y tremendos. Ya ha visto usted ese pobre señor de que ayer hablaban los papeles.

ROSALÍA. Una cosa horrible: ¡le han cortado el pescuezo entre el ayuda de cámara y el pinche de cocina!

ALFREDO. ¡Por vivir solo como un hongo! ¿No lo ha leído usted?

TÍO CAYETANO. ¡Ni lo leo! Luego en la siesta es ella: se me representa todo junto... y no duermo tranquilo.

ALFREDO. Por eso yo, tío Cayetano, este otoño, al pueblo con mi mujercita. A trabajar allí como un hombre... y a vivir contento y en paz.

ROSALÍA. ¡Y el que quiera más felicidad, que la pinte!

TÍO CAYETANO. Que la pinte, ¿eh?... que la pinte.

Sale Fifí por detrás de la casa y atraviesa hacia la derecha.

ALFREDO. Que la pinte. ¿Adónde vas, Fifí?

TÍO CAYETANO. ¡Fifí! ¿Adónde vas?

FIFÍ. Allí con Marucha.

TÍO CAYETANO. Ven acá, mujer.

ROSALÍA. Ven acá.

FIFÍ. No, que está ahí Alfredo y se burla de mí.

Vase.

ALFREDO. ¡Qué chiquilla!

TÍO CAYETANO. Es una chiquilla; ¡pero tiene cuarenta años!

ALFREDO. Tiene más.

TÍO CAYETANO. ¿Tiene más, eh?

ALFREDO. En bondad y en sentido práctico de la vida y de las cosas, tiene más.

ROSALÍA. ¡Es una señora mayor!

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¡Dice que es una señora mayor!...

ALFREDO. Mire usted, tío Cayetano: a mí me han derretido los sesos los ojos de mi novia, pero no por eso dejo de comprender que la perla de la casa es Fifí.

TÍO CAYETANO. Fifí... ¿eh?... Fifí... ¿Vamos allá a enredar un rato?

ALFREDO. Vamos allá.

TÍO CAYETANO. *Del brazo de Alfredo.* ¡Niñas! ¡niñas! ¿Hay sitio para este par de mozos?

Se van por la derecha los dos. Rosalía, que va a seguirlos, se detiene al ver salir a don Segismundo de la casa, y se acerca a él.

ROSALÍA. Papá.

DON SEGISMUNDO. Hola, secretaria. ¿Qué quieres?

ROSALÍA. Haces muy bien en no enseñar en ningún idioma la palabra incasable. Eres un

genio, aunque yo sea tu hija. Y Alfredo te ha salido un discípulo que ya, ya. Acaba de decirle al tío Cayetano que Fifí es la perla de la casa.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja, ja!

ROSALÍA. Como tengamos hijas, lo que es a ése no se le quedarán solteras. Voy con él. *Márchase por la derecha.*

DON SEGISMUNDO. ¡Bien; muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Mucho, señor, mucho!... Ya salió, ya salió... *Asomándose por detrás de la casa.* ¡Elvira! ¡Elvira!

Sale doña Elvira.

DOÑA ELVIRA. ¿Qué quieres, Segis?

DON SEGISMUNDO. Echa la vista hacia aquel banco, pero sin mirar... Como si tuvieses puestas las gafas negras.

DOÑA ELVIRA. ¡Todos allí!

DON SEGISMUNDO. ¡Todos! ¡Por parejas, Elvira!

Los dos miran disimuladamente.

DOÑA ELVIRA. Fifí, el ángel mío, con Cayetano... ¿verdad?

DON SEGISMUNDO. Y Maruchita, el otro ángel tuyo, con Marín.

DOÑA ELVIRA. Pero ¿será posible, Mundo?

DON SEGISMUNDO. Pues ¿no lo ves claro, mujer?

DOÑA ELVIRA. ¡Lo de Cayetano sería demasiada ventura! ¡Un hombre de su posición y de sus prendas!

DON SEGISMUNDO. Pues dalo por hecho. Cayetano no piensa más que lo que a mí se me antoja que piense. ¿Tú te haces cargo?... Todas las mañanas, hasta que se case, como quien le da la ropa interior, le daré las ideas que hayan de llevarlo a la Vicaría... Ese es mi cuidado. Y no creas sino que le hacemos un gran servicio. A él y a Fifí.

DOÑA ELVIRA. ¡Hija de mi alma!

DON SEGISMUNDO. Serán felices.. serán felices... Y si Dios les concede algún hijo, no será tonto. Porque como fuerzas iguales se destruyen...

DOÑA ELVIRA. No te entiendo, Segis.

DON SEGISMUNDO. En este punto, basta con que me entienda yo.

DOÑA ELVIRA. ¿Te parece que los llamemos para ir hacia la mesa?

DON SEGISMUNDO. ¿Todo está listo ya?

DOÑA ELVIRA. Todo.

DON SEGISMUNDO. Pues a la mesa entonces, que en la mesa se fortifica el amor: se alimenta... y bebe. *Llamando.* ¡Jóvenes!

DOÑA ELVIRA. Llama también a Cayetano.

DON SEGISMUNDO. ¡Si por él he dicho lo de jóvenes!

DOÑA ELVIRA. Ya.

DON SEGISMUNDO. ¡Jóvenes!

TÍO CAYETANO. *Dentro.* ¿Qué pasa?

DON SEGISMUNDO. *A doña Elvira.* ¿Ves? *A los otros.* ¡Que la mesa espera! ¡Que no se vive sólo

de ilusiones! ¡Que los viejos, por lo menos los viejos, tenemos apetito!

Se oyen dentro grandes carcajadas de todos y algunos aplausos.

DOÑA ELVIRA. ¡Andad, andad hacia la mesa!

DON SEGISMUNDO. Son dichosos, Elvira. No hay que dudarlo.

Aparecen Marín y Marucha.

MARÍN. En esta casa, don Segismundo, las horas se vuelven minutos.

DON SEGISMUNDO. Eso quiero yo, eso quiero yo.

MARUCHA. Venga usted, Marín, que lo voy a sentar a mi lado.

MARÍN. ¡Aunque me cuelgue usted del techo estaré contentísimo!

Entran en la casa. Don Segismundo y doña Elvira, que los contemplan hechizados, se miran luego sonrientes, con veinticinco comentarios en cada ojo. Salen el tío Cayetano y Fifí.

TÍO CAYETANO. ¿Eh, Fifí? ¿Lo apruebas, Fifí? Oye, Segismundo, le digo yo a Fifí que si ese muchacho Marín se quedara un día más, haríamos mañana una excursión en burro. ¡Se me ha ocurrido eso! ¿Eh? ¡Una excursión en burro!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Una excursión en burro... Muy oportuna idea...

FIFÍ. ¿Iremos a las peñas, tío Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Iremos adonde tú guíes! Y ahora... ahora... ¡a hacer por la vida!

Éntrase en la casa con Fifí. Los esposos vuelven a mirarse como antes. Salen Alfredo y Rosalía.

ROSALÍA. Papá; mamá: dice Alfredo que esta noche pierde Marín el tren; y digo yo que mañana se cae el tío Cayetano de su burro.

Risas generales.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley.

ALFREDO. Don Segismundo: doña Elvira...

DOÑA ELVIRA. ¿Qué?

ALFREDO. Ya pueden ustedes decir lo que gusten... y yo también; pero el que se lleva la perla de la casa, soy yo.

Nuevas risas. Éntrase en la casa con Rosalía.

DON SEGISMUNDO. Está bien... está bien...

DOÑA ELVIRA. ¡Mundo!

DON SEGISMUNDO. ¡Elvira!

DOÑA ELVIRA. ¡Conseguido nuestro ideal!

DON SEGISMUNDO. ¡Que se lo doy yo a los conquistadores de América!

DOÑA ELVIRA. ¿Le pides algo a Dios en este momento?

DON SEGISMUNDO. ¡Sí! Que sean tan felices como nosotros... y que *eso*... ¡sea varón!

Se cogen del brazo y se encaminan hacia la casa.

FIN DE LA COMEDIA

Santander, agosto, 1908.

SIN PALABRAS

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el Teatro de la Comedia el 24 de mayo de 1913.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUSTINA.....	María Palou.
ALONSA.....	Irene Alba.
LORENZO.....	Manuel González.
DON JESÚS.....	Pedro Zorrilla.

SIN PALABRAS

Gabinete en una casita de campo cerca de Guadalema. Puertas a la derecha y a la izquierda, y mirador al foro. Muebles bonitos. Es por la mañana en un buen día del florido mayo.

Don Jesús, administrador del dueño de la casa y hombre apocado y tímido, lee tranquilamente un periódico. Óyese luego la sonora campana de la verja de entrada, y don Jesús suspende su lectura y rompe a hablar.

DON JESÚS. *Llamando.* ¿Alonsa?

ALONSA. *Dentro.* ¡Ya, ya he oído!

DON JESÚS. ¿Va usted a ver quién es?

ALONSA. ¡Ha ido Roque! *Don Jesús, que a lo sumo cree que el que llama es uno que viene a ofrecer conejos y gallinas, sigue leyendo. Poco después asoma en la puerta de la derecha del actor la tal Alonsa, activa y diligente ama de llaves, y dice:* Don Jesús.

DON JESÚS. ¿Qué hay?

ALONSA. Una visita.

DON JESÚS. *Incorporándose sobresaltado.* ¿Una visita?

ALONSA. Sí, señor. *Al recién llegado, que aún está dentro.* Pase usted, caballero.

Y pasa Lorenzo, nuestro héroe. Es un buen mozo, que viene en guisa de jinete.

Durante su breve visita, don Jesús, perplejo y aturdido, casi no acierta a hablar. Alonsa, en cambio, trata constantemente de resolver o salvar la situación, que sin duda es comprometida.

LORENZO. Buenos días.

DON JESÚS. Bue... buenos días.

LORENZO. ¿La señorita Estela Murillo?

DON JESÚS. ¿La... la señorita... Estela Murillo...?

ALONSA. ¡Ah! ¿viene usted en busca de la señorita?

LORENZO. Sí, señora.

ALONSA. Pues en este momento no está.

LORENZO. ¿No está?

DON JESÚS. En este momento... no está.

LORENZO. Pero ¿volverá pronto?

DON JESÚS. No, señor, no...

ALONSA. ¿Cómo que no?

DON JESÚS. Sí, señor, sí...

ALONSA. Volverá en seguida, caballero. ¡Si tiene que venir a almorzar y ya son las doce! Es que gusta mucho de salir en la mañana a pasear por estos campos, que son tan hermosos.

LORENZO. Sí lo son.

ALONSA. Si usted quiere esperarla...

DON JESÚS. *Aterrado.* ¿Esperarla?

ALONSA. *Confundiéndolo con un gesto.* ¡Claro, señor!

LORENZO. No; mil gracias. Prefiero dar una vuelta en mi caballo por estos contornos. No conocía el sitio y me ha cautivado realmente.

ALONSA. Y a todo el que lo ve.

DON JESÚS. A todo el que lo ve.

LORENZO. ¡Bien situada está la casita! ¡Delicioso recreo se ha buscado el bueno de don Avelino!

DON JESÚS. *Con la nuez fuera de su sitio.* ¡Ah! pero... ¿usted conoce a don Avelino?

LORENZO. En su nombre vengo.

DON JESÚS. En su nombre vengo... en su nombre viene...

LORENZO. ¿Qué?

ALONSA. Según eso, ¿viene usted de Madrid?

LORENZO. Justo. Y traigo esta carta de don Avelino para la señorita Estela.

ALONSA. Ya.

LORENZO. Háganme el favor de entregársela, y así, cuando yo vuelva, ya estará advertida...

DON JESÚS. ¿Ella sabe... ella no sabe... ella tiene... ella no tiene... ella...?

ALONSA. ¿Usted conoce a la señorita, caballero?

LORENZO. No, señora; no tengo ese gusto.

ALONSA. ¿No?

LORENZO. Me ha hablado de ella don Avelino, y me ha interesado grandemente su desgracia.

ALONSA. Don Avelino la quiere como un padre.

LORENZO. Sí, por cierto. Pone en sus palabras, al nombrarla y al referirse a ella, una compasión que conmueve. De ahí que yo le ofreciera, a mi paso para Guadalema, hacerle esta visita.

ALONSA. Mire usted que es lástima, la pobre. Ya verá usted qué pena da. Tan linda, tan simpática, tan inteligente... y mudita.

DON JESÚS. Mudita.

LORENZO. Sí que es gran tristeza.

ALONSA. A nosotros ya no nos impresiona. Usted calcule: acostumbrados de toda la vida... Y nos entendemos con ella como si hablara. Pero al que por primera vez la ve, sí le causa dolor.

LORENZO. Es natural. Pues yo volveré por aquí dentro de un buen rato, a ver si ya la encuentro.

ALONSA. ¡De seguro!

DON JESÚS. ¿Eh?

LORENZO. Hasta luego, entonces.

DON JESÚS. ¿No quiere usted sentarse?

ALONSA. ¡A buena hora se lo dice usted! ¡Cuando ya se marcha! ¡Ha debido usted decírselo al entrar!

LORENZO. Es lo mismo. ¿Usted es don Jesús, el administrador?

DON JESÚS. Servidor de usted. Y esta señora es Alonsa, el ama de llaves.

LORENZO. Ya, ya lo he comprendido.

ALONSA. Servidora.

LORENZO. También de ustedes se hace lenguas don Avelino; de su honradez, de su fidelidad... Tan seguro está él de que a su sobrina no ha de faltarle nada con ustedes, como si él estuviera aquí.

Don Jesús fija la vista en una butaca.

ALONSA. Bien puede estarlo, sí, señor. Se le sirve como él se merece.

LORENZO. Hasta luego. ¿Es por aquí?

ALONSA. Por aquí, sí: yo lo guiaré. ¡Don Jesús!

DON JESÚS. ¿Eh?

ALONSA. Que se marcha este caballero.

DON JESÚS. ¡Ah!

LORENZO. No me despido: como he de volver pronto...

DON JESÚS. Beso a usted la mano.

LORENZO. Adiós.

Se va, seguido de Alonsa, por la puerta de la derecha. Don Jesús se lleva las manos a la cabeza y principia a dar paseos por el gabinete con muestras de grandísimo apuro.

DON JESÚS. ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Qué conflicto! ¡Esta sí que es gorda! ¡Nos va a costar la casa a Alonsa y a mí! ¡Ay, ay, ay!... ¡Y esa condenada mujer, con qué descaro miente! No sé, no sé, no sé por dónde escaparemos... *Encarándose con Alonsa, que llega.* ¿Y ahora, señora mía? ¿Y ahora?

ALONSA. ¿Qué?

DON JESÚS. ¿Y ahora? ¿Quién tenía la razón, usted o yo?

ALONSA. Entre usted y yo, la razón la tengo yo siempre.

DON JESÚS. ¿También en este caso?

ALONSA. Sí, señor; también. ¡El demonio del hombre, que por poco lo descubre todo con la cara de ajusticiado que puso! ¿Sabe usted lo que me ha preguntado ese caballero? ¡Que si le pasaba a usted algo!

DON JESÚS. Y usted ¿qué le ha dicho?

ALONSA. ¡Que sí: que lo había cogido a usted con dos sinapismos en las pantorrillas! ¡Cualquier cosa! ¡Usted no se ha dado cuenta del temblor de piernas que ha traído!

DON JESÚS. Pues los sinapismos, señora Alonsa, los tengo, en efecto, pero no en las pantorrillas, sino en la conciencia.

ALONSA. ¡Bah, bah!

DON JESÚS. ¿Ah, bah, bah? ¿La de usted está tranquila, después de los elogios que ha oído que hace el señor de nuestra gran fidelidad?

ALONSA. ¡Por lo mismo!

DON JESÚS. ¡Es usted un portento de frescura!

ALONSA. ¡Y usted el hombre más tonto que he conocido!

DON JESÚS. Muy tonto, sí; pero cuando vuelva ese caballero y haya que decirle que la seño-

rita Estela se ha ido a Guadalema a pasar el día, acompañada de la viudita de Villa Felisa, que es una loca, a ver a un novio como una casa que tiene la señorita Estela, sin que lo sepa don Avelino, ¡bonito pelo vamos a echar el administrador y el ama de llaves!

ALONSA. Sí; ¡como que le vamos a contar la verdad a ese caballero! ¡Cuando digo que es usted tonto!

DON JESÚS. ¡Pues a ver por dónde sale usted, que es tan lista!

ALONSA. ¡Por los cerros de Úbeda, señor mío! ¡Todo menos cantar la gallina! Y si se descubre la verdad, yo le echo a usted la culpa.

DON JESÚS. ¿A mí? Pues ¿no fué usted quien consintió en ello?

ALONSA. ¡Sí, señor!

DON JESÚS. ¿Quien alentó a la señorita?

ALONSA. ¡Sí, señor! ¡Pero a don Avelino le diría que fué usted!

DON JESÚS. ¡Y yo iba a callarme!

ALONSA. Bueno, bueno, basta de disputas, no lleguen los perros mientras se averigua si son podencos o son galgos. ¿Qué hacemos?

DON JESÚS. ¿Cómo que qué hacemos? Usted dirá. Yo estoy aturdido, avergonzado, confuso. Me duele la cabeza. Al fin de cuentas va a resultar verdad lo de los sinapismos, porque voy a tener que ponérmelos. *Suena la campana de la verja. Don Jesús se estremece.* ¿Quién es?

ALONSA. ¡Ay, San Blas, qué castigo de hombre! *Se asoma al mirador.* ¡Es la señorita Justina! ¡Oiga usted: a ésta le podemos pedir consejo!

Se oye cantar en el jardín, acercándose, a la señorita Justina.

DON JESÚS. ¡Al instante!

ALONSA. ¿Por qué no? ¡Usted verá cómo ella nos salva! ¡Usted verá cómo piensa algo bueno!

DON JESÚS. ¡Pero si discurre menos que un mosquito!

ALONSA. ¿Quiere usted callar? ¡Si tiene una imaginación que es una llama!

DON JESÚS. ¡Para los disparates! ¡Lo único que me faltaba a mí era el torbellino de la vecinita a estas horas!

ALONSA. ¡Ave María, qué hombre! ¡Se ahoga usted en un buche de agua!

Preséntase Justina, también por la puerta de la derecha, cantando todavía. Viene de pintar al aire libre y trae la caja de pinturas. Es irreflexiva y locuaz.

JUSTINA. Aquí estoy yo, que no he querido pasar de largo.

ALONSA. Buenos días, señorita.

DON JESÚS. Buenos días.

JUSTINA. Van ustedes a ver el mejor paisaje que se ha pintado en los tiempos modernos. Es

indudable: la inspiración existe Esta mañana, al saltar de la cama, sentí un temblor nuevo: era el paisaje que me temblaba en el espíritu. Van ustedes a verlo. La modestia es un mito: es una flor con que se quieren adornar los tontos. Cada artista tiene clara conciencia de su valer. *Abre la caja y muestra en una tablita o cartón su obra maestra.* Vea usted, don Jesús, usted que dice que entiende de pintura. Vea usted, Alonsa, usted que dice que no entiende. El vulgo comprende, por lo general, las obras de arte bastante mejor que los eruditos. ¿Eh, qué tal? Mire usted qué yerba; parece que tiene rocío. Mire usted qué monte; mire usted qué almendro; mire usted qué nube; mire usted qué vaca; mire usted qué gallo; mire usted qué perro.

ALONSA. ¡Sí que está propio todo, señorita! Pero... ¡mire usted qué cara!

JUSTINA. ¿Qué le sucede a don Jesús? *Deja la caja de pinturas.* Entusiasmada con mi perro y con mi gallo, no había parado mientes en él. Esto ocurre mucho: una en su cosa, en su pensamiento, en su vida interior, en su idea, y no hace caso de lo demás. ¿Qué tiene usted, don Jesusito? Ya sabe usted que yo lo quiero. ¿*Aquello*... otra vez? ¿Le ha salido *aquello* otra vez?

DON JESÚS. No, señorita, no; no hay nada de *aquello*. Hay algo bastante peor.

JUSTINA. ¿Sí? Pues ¿qué hay?

ALONSA. Ya lo conoce usted, señorita Justi-

na: se apura de todo. No hay nada de particular. Yo la he visto entrar a usted y me he alegrado, porque espero que usted nos dé la solución.

JUSTINA. A ver, a ver... ¿De qué se trata? ¿De usted, de Alonsa, de Roque, de don Avelino? ¿De qué se trata?

DON JESÚS. Se trata de la señorita Estela.

JUSTINA. ¡Ah, vamos! Ya sé que esta mañana se ha ido a Guadalema con doña Felisa a ver al novio, lo cual he aplaudido yo fervientemente.

DON JESÚS. ¿Es posible?

ALONSA. ¿Lo está usted viendo, don Jesús?

JUSTINA. Sólo en la cabeza de don Avelino—bueno, ya saben ustedes que don Avelino no me pasa de aquí—*Señalándose la garganta*—se puede cocer el disparate de que la pobrecita Estela, porque tiene la desgracia de ser muda, haya de tener mudo también el corazón.

DON JESÚS. Don Avelino no piensa tal cosa.

JUSTINA. ¡Sí lo piensa! Y el corazón de Estela ha dicho de pronto «aquí estoy yo», y ha empezado a gritar, a cantar, a alborotar, a no callarse... Yo sé la historia: primero fué como un piar de pájaro que quiere aire libre; después como una canción que se canta lejos y se oye cerca, o que se canta cerca y se oye lejos—es igual—y últimamente como un himno de vida, vibrante y revolucionario, capaz de trastornar todo lo existente. «¡No le hagas caso a nadie más que a mí!», le ha gritado su corazón a Estela; y Estela lo ha

obedecido con la venda del amor en los ojos, y ya tiene un novio, y se ha escapado a verlo, y ha hecho bien, y yo la aplaudo aunque don Avelino la silbe. *Vuelve al canto con que llegó.*

DON JESÚS. Un poco de orden y de seriedad, señorita, y menos discursos, que el caso es urgente.

JUSTINA. ¿Urgente?

DON JESÚS. Urgente, sí. Piense lo que quiera don Avelino, ¿por qué la señorita Estela no le ha dicho que tiene ese novio, que tiene esos amores?

JUSTINA. ¡Señor, porque es muda! En ella es mucho más disculpable que en otra culquiera. Somos las que charlamos a troche y moche, y nos callamos por lo general esas cosas...

DON JESÚS. Bien; si usted quiere enterarse del caso, hágame el favor. No me interrumpa a cada momento.

JUSTINA. Usted dirá.

DON JESÚS. Don Avelino está en Madrid.

JUSTINA. Y yo me alegro mucho. No me pasa de aquí; ya lo he dicho antes.

DON JESÚS. Ha ido a sus negocios de Bolsa...

JUSTINA. Sí, sí: ¡de Bolsa! ¡No están malos negocios! Se sabe todo.

DON JESÚS. ¡Como usted quiera! Y a la cuenta, en casa de su hermana la Condesa del Pino...

JUSTINA. Que tampoco me pasa de aquí...

DON JESÚS. ¡Señorita, de ahí es muy difícil

que le pase a usted nada, porque siempre hay palabras que están saliendo y que lo estorban! ¡Yo no puedo contar esto así!

ALONSA. ¡Pues déjeme usted a mí, señor, que yo se lo explicaré en un instante! Lo que sucede, señorita Justina...

JUSTINA. Ya me voy figurando algo.

ALONSA. Es que acaba de estar aquí un caballero...

JUSTINA. ¿Joven, viejo o maduro?

ALONSA. Joven: y muy bien parecido.

JUSTINA. Eso me gusta. ¿Tiene barba?

ALONSA. No.

JUSTINA. Me alegro.

DON JESÚS. ¡En un instante lo iba usted a explicar!

JUSTINA. Calle usted ahora.

ALONSA. Y ese caballero trae una visita de Madrid.

JUSTINA. ¿De don Avelino?

ALONSA. De don Avelino.

JUSTINA. ¿Para la señorita Estela?

ALONSA. Eso es.

DON JESÚS. Con esta carta de presentación.

JUSTINA. ¡Ajajá!

ALONSA. Y va a volver dentro de un rato.

JUSTINA. Y Estela, de Guadalema no vuelve hasta la noche.

ALONSA. Justo.

JUSTINA. Y ustedes no le quieren decir a ese

caballero que Estela se ha ido a Guadalema con la viudita.

DON JESÚS. ¡Claro está!

JUSTINA. Y menos que se ha ido a ver al novio.

ALONSA. ¡Naturalmente!

DON JESÚS. ¡Naturalmente!

JUSTINA. ¡Naturalmente!

Baila de júbilo, desconcertando a don Jesús. Lo mismo puede salir bailando la rumba cubana que unas seguidillas rondeñas.

ALONSA. ¡Ay, qué graciosa! ¡Se pone a bailar!

DON JESÚS. Mucho; muy graciosa. El baile es la mejor solución para este conflicto en que estamos.

JUSTINA. Pero ¿quién habla de conflicto, señor? Traiga usted la carta ahora mismo. Vamos a enterarnos de lo que dice; de quién es ese joven sin barba; de qué objeto trae... ¡Y usted verá como no tiemblan las esferas, ni se para el curso del sol!

ALONSA. Tiene razón la señorita. ¿No le dije yo a usted que ella nos sacaría adelante?

JUSTINA. *Empezando la lectura de la carta, que interrumpe constantemente con espontáneos comentarios, los cuales ponen a don Jesús más nervioso de lo que ya está.* «Idolatrada sobrina.» Sí, sí; idolatrada, desde que se murió su madre, y la niña heredó y nos pusimos a comer a dos carri-

llos. ¡Idolatrada! Sí, sí. ¡Idolatrada! Ya, ya. ¡Idolatrada!

DON JESÚS. Señorita Justina...

JUSTINA. Déjeme usted leer. «El portador de la presente...» ¡Qué bonita frase! ¡El portador de la presente! Este señor, con el mismo estilo presenta un muchacho a una señorita, que manda un poco de embutido a un amigote. ¡El portador de la presente! Mire usted que es prosaico. ¡Vamos, que el portador de la presente!

DON JESÚS. El portador de la presente va a volver antes de que llegue usted a la firma.

JUSTINA. Como dé usted en interrumpirme, sí, señor.

DON JESÚS. ¡Ah! ¿soy yo el que interrumpe?

ALONSA. ¿Tiene usted más que callar y dejarla?

JUSTINA. *Leyendo.* «El portador de la presente...»—es que me hace daño la frase—«mi amigo don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdova...» ¿Córdoba con v? ¡Qué bonito! Este hombre no sabe ortografía. Córdoba es con b. ¿No ha pasado nunca por la estación? Verdad que la ortografía de los apellidos suele ser caprichosa. Como verá usted, me pongo en todo. ¡Don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdova! Sonar suena bien. *A Alonsa.* Y ¿dice usted que no tiene barba?

DON JESÚS. No la tiene; pero le nacerá durante la lectura de la cartita.

JUSTINA. ¡Ja, ja! ¡Qué chusco! Está usted hoy de muy buen humor.

DON JESÚS. Sí, muy bueno. Pero quisiera mañana tener otro.

JUSTINA. «El portador de la presente, mi amigo don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdova...»

DON JESÚS. ¿Otra vez?

JUSTINA. Hay que coger el hilo. «... joven de distinguida familia y carrera brillante...» Y no dice ni qué familia ni qué carrera. ¡Qué talento de hombre! «... desea tener el gusto de conocerte a su paso para Guadalema.» ¡Conocerla al paso! ¡Se cae de galante este señor! «De modo y manera...» ¡También es un giro cervantesco! ¡El portador de la presente! «De modo y manera, que recíbelo tú en unión de mi fiel don Jesús...» ¡Jesús me valga! «... y ya me darás cuenta de tus impresiones y de las suyas.» La carta de un quinto del pelotón de los torpes. Y se calla lo más interesante: si es soltero. No quiero leer más. Tome usted. Por supuesto, se me ocurren cien, mil, cincuenta mil, un millón de soluciones para el lance.

ALONSA. ¿Eh? ¿Qué dije yo?

DON JESÚS. ¡Con una que sea aceptable nos basta, señorita!

JUSTINA. La mejor y la más sencilla es ésta.

DON JESÚS. ¿Cuál?

JUSTINA. ¡Que le digan ustedes a ese caballero que yo soy la muda!

DON JESÚS. ¡Vamos!

ALONSA. *Riéndose.* ¡La muda ella!

DON JESÚS. *Paseando inquietísimo.* No es cosa de broma, como comprenderá.

JUSTINA. ¿Cómo broma? ¿Broma, por qué? Estela es delgada, yo soy delgada; Estela es morena, yo soy morena; Estela tiene muy buenos ojos, yo no los tengo malos; Estela no habla, yo sí, pero me callo y punto concluído.

DON JESÚS. ¿Usted qué ha de callarse, y perdone usted que se lo diga?

ALONSA. ¡Don Jesús!

JUSTINA. Nada, nada: yo no me pico. Rechazada esa solución. Otra: decirle que ha venido una razón de mi casa advirtiéndoles a ustedes que la señorita se queda hoy a almorzar y a comer allí. Y no decirle dónde está mi casa. Otra: decirle que la señorita ha vuelto del paseo con dolor de cabeza y se ha tenido que meter en la cama. Y que cuando le da la jaqueca, lo menos se queda en cama dos días. Otra: que hoy es veintitrés, aniversario de la muerte de su chacha, y que en este día no recibe a nadie, porque tiene que hacer una novena.

DON JESÚS. ¿Una novena en un día, señorita?

JUSTINA. Otra...

DON JESÚS. No, por Dios; si va a ser como las anteriores, omítala usted.

Suena de nuevo la campana de la verja.

ALONSA. ¡Chist! Calle.

DON JESÚS. ¿Qué es eso? ¿Está ahí?

ALONSA. Ahí está.

JUSTINA. *Asomándose al mirador.* ¡Sí que es un buen mozo! Tiene cara de artista.

DON JESÚS. ¡Dios crucificado!

JUSTINA. No se apure usted. No se apuren ustedes. Yo lo recibo. Yo los dejo a ustedes en su lugar. Se irá como loco.

DON JESÚS. Eso sí que lo creo.

JUSTINA. Alonsa, páselo usted aquí sin hablarle palabra.

ALONSA. Sí, señorita, sí: ahora mismo. *Vase.*

DON JESÚS. ¡Por Dios, señorita Justina, que nos va el pan! ¿Qué va usted a decirle?

JUSTINA. Lo primero que se me ocurra. De lo que él me diga dependerá lo que le diga yo. La verdadera inspiración no es lenta, como creen algunos machacones, sino muy al contrario. ¡Pafl

DON JESÚS. ¡P'afl ¡Me estoy jugando el sosiego de mi vejez!

JUSTINA. ¿Quiere usted no ser agonía?

DON JESÚS. *Maquinalmente.* ¡P'atl

JUSTINA. ¡Silencio! Y alegre ese semblante, hombre de Dios, o va a echarlo todo a rodar. No, no; lo prudente es que se quite de en medio. Váyase de aquí.

DON JESÚS. Sí, sí; es lo prudente: es lo más acertado. Dios la ilumine a usted. *Yéndose por la puerta de la izquierda.* ¡Pafl... ¡P'afl... No me llega la camisa al cuerpo.

Justina se retoca la persona con aire resuelto y se apercibe a recibir al caballero de la carta.

Vuelve Lorenzo por la puerta de la derecha, precedido de Alonsa.

ALONSA. Pase usted.

LORENZO. *Apenas ve a Justina, a quien hace una reverencia, se detiene admirado y exclama:* Ciertamente... Algo había de negarle Dios... Es encantadora. *En los ojos de Justina brilla la inspiración y le hace un guiño a Alonsa. Ha decidido en aquel punto sustituir a Estela. Lorenzo le tiende la mano.* Señorita... *Justina le tiende la suya, sin palabras. Luego le muestra la carta de don Avelino, dándole a entender que le complace mucho la visita, y le señala una silla para que se siente*

ALONSA. (¡Va a hacerle creer que es la señorita! Cuando se entere don Jesús se mete en la cama.) Con permiso.

Éntrase por la puerta de la izquierda haciéndose cruces.

Justina se sienta y vuelve a indicarle a Lorenzo que lo haga. Éste la obedece encantado.

LORENZO. *Alzando la voz.* No me hubiera perdonado jamás pasar por aquí y no detenerme a conocerla. *Justina le indica que no tiene por qué gritarle.* ¡Ah! ¿no necesito levantar la voz? *Justina niega.* ¡Caso más extraño! ¿Oye usted bien? *Jus-*

tina afirma. ¡Sí que es particular! Pues su tío de usted no dejó de advertirme... Y aun me aconsejó que acentuara mucho el movimiento de los labios. *Justina hace un gesto de desdén para don Avelino y luego se barrena la sien con un dedo.* ¿Está loco su tío?

De aquí en adelante, para mejor comprensión de la actriz, escribiremos, subrayándolo, todo lo que se le ocurre a Justina, como si lo hablara. Ella, es claro, en su papel de muda, lo expresa ante Lorenzo valiéndose siempre de gestos y ademanes significativos y de tal cual sonido inarticulado.

JUSTINA. *Completamente.*

LORENZO. ¡Ja, ja, ja!

JUSTINA. *Y yo también, por de contado.*

LORENZO. ¿Usted también? Eso me resisto a creerlo.

JUSTINA. *Usted lo verá.*

LORENZO. Pues no eran esas mis noticias. Me han engañado.

JUSTINA. *Estirándose hacia las sienes los dos ojos: como a un chino.*

LORENZO. ¿Como a un chino?

JUSTINA. *Precisamente.*

LORENZO. ¡Ja, ja, ja!

JUSTINA. *Tiempo al tiempo.*

Pausa. Entre que no puede callar mucho rato y que se le ocurren mil cosas y no sabe cómo expresarlas, pasa unos instantes de gracioso desasosiego, que Lorenzo advierte.

LORENZO. ¿Qué le ocurre? ¿Qué quiere usted decirme?

JUSTINA. *¿Conoce usted el lenguaje de las manos?*

LORENZO. ¿El lenguaje de las manos?

JUSTINA. *Sí. ¿Lo conoce usted?*

LORENZO. Poco. Algo sé. ¿Cómo son las letras que usted hace?

JUSTINA. *Fíjese usted.*

Empieza a hacer el abecedario de las manos, despacio primero, para que Lorenzo se fije, y precipitándose maquinalmente a medida que avanza en él.

Lorenzo va nombrando todas las letras, siguiendo embelesado los movimientos de Justina.

LORENZO. A B C D E F G H I J L LI M N Ñ O P Q R S T U V X Y Z.

JUSTINA. *Aplaudiendo. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Las sabe usted todas!*

LORENZO. No es que las sé, no: es que sé el orden del alfabeto. Tiene usted una letra lindísima.

JUSTINA. *Sonriendo y mirándose la mano. ¡Psch!*

LORENZO. Pregúnteme usted alguna cosa, a ver si comprendo.

JUSTINA. *Obedeciendo rápidamente. ¿Esperaba usted que yo fuera así?*

LORENZO. No entiendo jota. Escribe usted demasiado aprisa. O será que me marean a mí los rasgos de las letras.

JUSTINA. *Es usted muy galante. Le preguntaré lo mismo más despacio.*

LORENZO. ¿Más despacio? Bueno.

JUSTINA. *Repitiendo la misma frase con gran lentitud.* ¿*Es-pe-ra-ba-us-ted-que-yo-fue-ra-a-sí?*

LORENZO. *Deletrando la pregunta.* ¿Es-pe-ra-ba-us-ted-que-yo-fue-ra-a-sí?

JUSTINA. *¡Magnífico!*

LORENZO. No, por cierto; ésta es la verdad. Bella e interesante la suponía a usted, pero no tanto, Estela.

JUSTINA. *¡Por Dios!...*

LORENZO. Conocía su desgracia, y presumía, yo no sé con qué fundamento, que sería usted una mujer melancólica. Bella, pero triste: una noche de luna. Y llego a verla a usted, y me hallo con una mañana de primavera.

JUSTINA. *¡Jesús, María y José!*

Se santigua como sorprendida del piropo. Luego mira a Lorenzo con interés.

LORENZO. ¡Tener sobre sí ese tormento de no poder hablar!...

JUSTINA. *¡Que es más grande de lo que usted se figura!*

LORENZO. Muy grande, ¿verdad?

JUSTINA. *¡Uf!*

LORENZO. Tener sobre sí ese tormento, digo, y conservar en el espíritu esa alegría que inunda su persona, es ser dos veces bella.

JUSTINA. *Mil gracias.*

LORENZO. No hay de qué.

JUSTINA. *Por medio de las manos de nuevo: usted es dos veces simpático.*

LORENZO. ¿Dos veces simpático? Fortuna mía es el parecérselo a usted.

JUSTINA. *Siempre galante.*

LORENZO. Y después de todo, amiga mía, bien comprendo al verla esta su alegre resignación. Usted no necesita de las palabras para hablar. Sus manos hablan, y no porque sepan fingir letras, sino porque con su vuelo de mariposas expresan y pintan... Hablan sus piececitos, asomando al borde de la falda, inquietos y graciosos... *Justina los esconde.* ¡No los oculte usted, que me gustaba la conversación que traían!

JUSTINA. *Sonriendo. ¡Fel...*

LORENZO. Habla también su boca linda, tal vez elegida para no hablar como las demás, sino con su sonrisa suave... Hablan sus ojos... más que sus pies y que sus manos y que su sonrisa... Usted, callada, habla.

JUSTINA. *Pues ahora no sé qué decir.*

LORENZO. Además, es usted modesta. Otro encanto. Las palabras, Estela, importan en la vida, no por ser palabras, sino porque son como las flores de un alma que nos interese... Conociendo el alma, admirándola, las palabras no nos importan, porque sin oírlas las oímos. En cambio, cuando el alma que tenemos frente a la nuestra nada vale ni nos inspira ningún interés, sus palabras no son más que vano ruido. *Justina*

se pone un poquito seria. Si yo no temiera que usted fuese a tomarlo a lisonja, que en este caso por mi parte sería de mal gusto, quizás me aventuraría a decirle a usted que su mutismo me es profundamente simpático; porque lo que más detesto en este mundo es una mujer habladora. *Justina se levanta.* ¿Qué le pasa? *Justina no puede disimular su inquietud.* ¿Qué tiene usted? ¿Soy yo culpable de esa alteración que le noto?

JUSTINA. *No, señor, no.*

LORENZO. ¿He dicho alguna inconveniencia?

JUSTINA. *No, no. Mira aquí y allá como buscando algo.*

LORENZO. ¿Qué busca usted?

JUSTINA. *Encontrando y cogiendo una pizarrita y un lápiz del uso de Estela. Esto buscaba.*

LORENZO. ¡Ah! vamos; para entenderse conmigo por escrito.

JUSTINA. *Sí, señor.*

LORENZO. Mejor es. Ahora me explico su impaciencia, y se la agradezco: quería usted responderme algo a cuanto le he dicho.

JUSTINA. *Ni más ni menos.*

Escribe nerviosamente, tachando palabras y volviendo a escribirlas después. Al cabo le muestra la pizarrita a Lorenzo, que lee en ella.

LORENZO. «¿De veras odia usted a las mujeres charlatanas?» De veras, sí, de veras: no es gana de halagarla a usted. ¡Las odio con mis cinco sentidos!

JUSTINA. *Sin poder contenerse.* ¡Pues la hemos hecho buena!

LORENZO. *Atónito, desconcertado.* ¿Eh? ¿Qué?

JUSTINA. ¡Jesús!

LORENZO. ¿Ha hablado usted, Estela? ¿Qué es esto?

JUSTINA. ¡Esto es, señor mío, que no puedo más, que no puedo más, y que no puedo más! ¡Ay! ¡ay! ¡Me ahogaba, me ahogaba enteramente! ¡Ni yo soy Estela, ni mucho menos muda, ni Dios me mande jamás ese castigo! ¡Ay! ¡ay! ¡Qué veinte minutos! ¡Ay! ¡Creí que me moría!

LORENZO. Pero... pero... Yo estoy sin sangre... yo no sé lo que veo... yo no sé lo que oigo... ¿Me quiere usted explicar, señorita...?

JUSTINA. Sí, señor, sí; con muchísimo gusto; mucho mejor que por las manos o por la pizarrita; le interese a usted mi alma o no le interese, y le parezcan mis palabras flores o ruido. ¡Ay! ¡Esto ya es vivir! Mire usted, señor mío: Estela, la sobrina de don Avelino, tiene un novio secretamente y se ha marchado a Guadalema a verlo; Alonsa y don Jesús estaban aterrados con la inesperada visita de usted; yo les ofrecí salvarlos del apuro; llegó usted en esto, me tomó por Estela, a mí me hizo gracia la confusión, y, sin pensarlo, ¡paf! me encargué de su papel en el lance. Y esto es todo. Mi nombre es Justina; estoy de temporada en la casita de enfrente, con mamá; dicen que tengo un tornillo flojo; invento nove-

las; toco el arpa; pinto tablitas... y no necesito para nada hablar por las manos, porque hablo por los codos, como usted ve.

LORENZO. *Un tanto arrepentido de sus declaraciones sobre la charla.* Bien... bien... está muy bien, señorita. Por salvar a una amiga se ha impuesto usted el sacrificio de callar un rato... Y dice usted que tiene un novio...

JUSTINA. No; yo, no.

LORENZO. Su amiguita de usted: Estela.

JUSTINA. ¡Ah! Estela, sí. Por causa del dichoso novio me he visto yo en el caso de oírle decir a usted que aborrece a las habladoras.

LORENZO. No, no, no... usted dispense... Yo he dicho eso porque... Usted debe hacerse cargo de las circunstancias...

JUSTINA. Mire usted, no le dé usted vueltas, Lorenzo; eso que me ha dicho usted a mí, ¡a mí, que hablo por veinticinco! eso... no tiene arreglo. Por lo menos hoy.

LORENZO. Menos mal si usted me concede que pueda tenerlo otro día. Pero hoy, ya que no arreglarlo del todo, quiero que me permita usted decirle algo en descargo mío.

JUSTINA. Sí, señor, sí: permitido está. Trabajillo va a costarle a usted buscar la callejuela. Y cuenta que me ha parecido usted un poco ingenioso. Y un poco poeta. Y muy galante. Y muy... Bueno, hable usted.

LORENZO. Muchas gracias. En primer lugar,

amable Justina, y en la suposición de que yo hubiera sido sincero al asegurar que detesto a las mujeres habladoras, nada hay tan sabroso como la excepción de la regla. Bien podía detestarlas a todas, y usted encantarme.

JUSTINA. ¡Je!...

LORENZO. Luego, ¡es tan humano, tan natural, tan disculpable, cuando una persona nos cautiva, que nuestra simpatía convierta en gracias y atractivos lo que no son, en suma, sino defectos para cualquier observador desapasionado! *Justina lo mira.* Y, en último caso, yo soy un hombre de corazón. Yo le suplico a usted que sólo vea en lo que dije la intención de un consuelo piadoso para quien creía que era usted: para la desventurada muchacha mudita. *Justina palidece.* Y no hablo más por hoy, ya que por hoy, según usted misma, es inútil que pretenda justificarme.

JUSTINA. No, no... Sin embargo... La verdad en su punto: debo confesarle que me han sonado a sinceras estas palabras suyas.

LORENZO. Y lo son: podían no serlo, mientras la piedad y el respeto a una desgracia irremediable lo pedían de mí. Pero ahora que esa consideración ha desaparecido, todo cuanto le digo a usted es sincero. Como lo fué también cuanto le dije de sus encantos: de sus pies, de sus manos, de su boca, de sus ojos, de su alegría... *Silencio.* ¿Me cree usted? *Justina no sabé qué contestar y le sonríe.* Ya veo que sí. *Nuevo silencio.*

Y la dejo, que no quiero importunarla demasiado. Yo estoy en el Tomillar, en casa de un amigo, y esta noche pensaba seguir para Guadalema, ciudad que no conozco. Pues bien: me vuelvo al Tomillar, y mañana, si usted me autoriza, vendré aquí o iré a su casa de usted a visitarla. *Justina se sorprende.* ¿Quiere usted que paseemos juntos un rato por estos campos pintorescos, cuyas bellezas usted de seguro me sabrá mostrar mejor que nadie? *Justina se turba.* ¿Quiere usted que este gracioso modo como nos hemos conocido sea el origen y fundamento de una amistad que, para mí al menos, no puede ser más grata? ¿Quiere usted? *Con suave emoción.* ¿Nos vemos mañana, Justina? ¿Es atrevimiento en mí lo que le pido? *Justina trata de responder, pero ahora tampoco da con las palabras.* ¡Oh! ¡Ha vuelto usted a enmudecer!... Bien: no se esfuerce. No me pesa, porque sé que habla. He creído leer una respuesta afirmativa en sus ojos... y no quiero desengañarme. Hasta mañana. *Justina, emocionada, lo ve irse sin decirle esta boca es mía. Lorenzo se vuelve a saludarla en la puerta y le pregunta:* ¿Hasta mañana?

JUSTINA. *Con la mano, graciosamente: sí.*

LORENZO. ¿Sí? Muchas gracias. *Vase.*

Justina, como sugestionada, se asoma a la puerta tras un instante de vacilación. En seguida corre al mirador y desde allí observa el paso de Lorenzo por el jardín. De improviso esconde el rostro ruborosa, como si Lorenzo la hubiera sorprendido. Luego se aparta del mirador un momento y torna a él. Entonces responde con una inclinación de cabeza a un saludo que Lorenzo le dirige. Después le dice adiós con la mano. Inmediatamente coge su sombrero y se lo pone.

Salen en esto por la puerta de la izquierda Alonsa y don Jesús, inquietos y curiosos.

ALONSA. ¿Qué es eso? ¿Se va usted?

JUSTINA. *Sobrecogida.* ¿Eh? ¿Qué?

ALONSA. ¿Se marchó ya ese caballero?

DON JESÚS. ¿Qué ha pasado?

ALONSA. ¿Qué ha pasado?

JUSTINA. *Volviendo a ser quien era.* ¿Que qué ha pasado? *Rompe a bailar llena de alegría.*

DON JESÚS. ¿El baile otra vez? ¿Qué ha pasado, por Dios bendito?

JUSTINA. ¡Tranquilícese usted, don Jesús! ¡No le ocurre a usted nada! ¡Hasta van a subirle a usted el sueldo! ¡Don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdova sabe lo que es el amor y se pone en todo! ¡Está usted absuelto completamente!

DON JESÚS. ¡Ay, Dios mío!

ALONSA. ¿Lo ve usted? Y ¿volverá luego?

JUSTINA. Volverá mañana.

DON JESÚS. ¿Mañana?

ALONSA. ¿A conocer a la señorita Estela?

JUSTINA. ¡Y a seguir conociéndome a mí! ¡Yo no he visto nunca un hombre más simpático! ¡Me ha comparado a una mañana de primavera!

DON JESÚS. Pero ¿usted se fingió muda, como me ha dicho Alonsa?

JUSTINA. Sí, señor, sí; me fingí muda, y muda estuve un rato, y luego volví a hablar y después enmudecí otra vez sin proponérmelo... ¿Qué fué? Lo que fué, bien claro me lo está cantando a mí mi corazón, como el suyo se lo ha cantado a Estela. Y por lo que he sentido yo en un momento, les aseguro a ustedes que si Estela se pasa el día de hoy junto a su novio, vuelve hablando esta noche.

ALONSA. *Riéndose.* ¡Que vuelve hablando, dice!

DON JESÚS. Sí, pero no concreta nada; no aclara nada; no sabemos a qué atenernos.

ALONSA. ¡Qué pesado es usted, señor! ¿No le ha dicho ya que esté usted tranquilo?

JUSTINA. ¡Y que le van a subir el sueldo! ¡Y a usted también! Y no hablo más ahora, y me voy a mi casa, que me espera mi madre, que estará sorda sin oírme. Hasta después; hasta la tarde; hasta la noche; hasta mañana; hasta cuando sea. Buenos días. *Volviéndose desde la puerta.* Lo dijo el poeta:

El amor es un algo indefinible,
que conmueve y altera lo que toca
a su paso callado e invisible;
que da y quita palabras a la boca;
que saca el agua de la estéril roca,
y funde lo imposible en lo posible.

¡Salud! *Vase.*

ALONSA. Vaya usted con Dios, señorita.

DON JESÚS. Vaya usted con Dios.

ALONSA. *Encarándosele.* ¿Y ahora? ¿Qué me dice usted a mí ahora?

DON JESÚS. ¿Ahora?... Yo, nada... ¡Por lo visto, tiene la palabra el poeta!

Se oye a Justina cantar jardín adelante, mientras cae el telón. Alonsa se asoma al mirador. Don Jesús se santigua.

FIN

Madrid, abril, 1913.

ÍNDICE

PÁGINAS

La escondida senda..... 5
El último capítulo..... 91
Las de Caín..... 117
Sin palabras..... 245

TEATRO COMPLETO
DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACION

Tomo I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo. — Esgrima y amor. — Belén, 12, principal. — Gilito. — La media naranja. — El tío de la flauta. — El peregrino. — Las casas de cartón. —La reja. —Apéndice.

Tomo II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima. — El patio. —Los Galeotes.

Tomo III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena. — La azotea. — El nido. — Las flores.

Tomo IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra. — Los borrachos. — El traje de luces. —El motete. —El estreno. — Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

Tomo V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena. —Pepita Reyes. —Mañana de sol.

Tomo VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala. — Amor a oscuras. — La casa de García. —A la luz de la luna.

Tomo VII.—PIEZAS BREVES

El ojito derecho. — El chiquillo. — Los piropos. — El flechazo. — El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata. — El nuevo servidor.—La aventura de los Galeotes.

Tomo VIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

Tomo IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre. — El niño prodigio.— La vida que vuelve.

Tomo X. — SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo. — La reina mora. — Zaragatas. — El mal de amores. — El amor en solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda. — El último capítulo.—Las de Caín.— Sin palabras.

Tomo XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos. — ¿A quién me recuerda usted? — Doña Clarines. — Los ojos de luto.

Tomo XIII.—PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.— Nanita, nana... — La zancadilla.—La bella Lucerito. — Las buñoleras. — Cuatro palabras. —Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas. El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Teruel.

Tomo XVIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES.

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de El.—El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

Tomo XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia. — Anita la risueña. El amor bandolero. — Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias. — Becqueriana. — Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

Tomo XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona. — Pedro López.—La calumniada.

Tomo XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

Tomo XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América.—La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel. El cuartito de hora. — Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—Y otras.

Tomo XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

Tomo XXVII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

Tomo XXVIII.—SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.— Los marchosos. — La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

El orden de publicación de los tomos se alterará siempre que la última edición particular de alguna de las obras este agotada y se considere conveniente su pronta reimpresión.

PUBLICADOS:

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII.

EN PRENSA:

Tomo XIII.

PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS